3 1761 09546583 7

12,9/10 a p 230

Se compran grandes y pequeñas bibliotecas, toda clase de música, libros de texto y libros sueltos, pagándolo muy bien.

Se reciben avisos en la administración de esta biblioteca.

d
0
1,29

LS
P7787m

# LOS MAYOS

NOVELA ORIGINAL DE

COSTUMBRES POPULARES

DE LA

# SIERRA DE ALBARRACIN,

POR EL

DR. D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN,

CATEDRÁTICO, ABOGADO,
Y CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA
DE LA HISTORIA,

**CON UN PRÓLOGO**

DEL

DR. D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO,

Catedrático de Literatura Española en la Universidad Central.

---

Segunda edicion.

---

318594 35
8
8

MADRID
IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RIOS,
calle de Sombrerería, núm. 6.
1879

Es propiedad del Autor.

Á SU HERMANO QUERIDÍSIMO

DON FLORENTINO POLO Y PEYROLON,

DEDICA ESTE POBRE CUENTO

El Autor.

El presente libro ha sido adquirido por haber sido puesto a la venta la biblioteca circulante "Celtiberia"

BIBLIOTECA CELTIBERA
PROHIBIDA LA VENTA DE ESTE LIBRO
N.º 3535
MADRID

# PRÓLOGO.

Creo que á mis lectores no ha de serles peregrino el nombre del simpático y regocijado autor de este libro. Por grandes que sean la injusticia y el desden con que la flamante generacion literaria trata á los escritores católicos y tradicionalistas, el mérito del Sr. Polo y Peyrolon es de aquellos que saltan á la vista y por sí mismos se imponen. No ha sido obstáculo para la fama de sus libros el versar sobre costumbres locales, ni el ser escritos desde el fondo de una provincia, ni el aparecer inspirados por el más sano criterio moral y religioso, cosa que en estos tiempos (¡miseria grande!) antes daña que favorece. Nada ménos que tres ediciones se han agotado de las *Costumbres populares de la Sierra de Albarracin*, y en el corto espacio de dos ó tres meses han desaparecido de la circulacion todos los ejemplares de Los Mayos, preciosa novela que hoy se reimprime. La Academia Española ha cubierto estas obras con la egída de su veneranda autoridad, dando sobre ellas un informe escrito con verdadero *amore*, y no por

fórmula oficial. Italianos y alemanes han traducido los *Cuadros de la Sierra de Albarracin* á sus respectivas lenguas, y no será aventurado esperar que en breve tiempo logre el Sr. Polo la misma ó parecida fama que ultra-puertos disfrutan Trueba y Fernan Caballero.

Siempre me ha llamado la atencion el privilegio que estos autores y otros pocos más disfrutan, de ser trasladados y leidos en todas las naciones de allende. ¿Es por sus intrínsecos méritos literarios? A decir verdad, y sin hacerles ofensa, yo no lo creo. Conozco novelistas españoles modernos que en la contextura y trabazon de la fábula, en el vigor é individualidad de los caractéres, en la soltura y gracia del diálogo, vencen ó igualan á los citados. El interés del asunto en las novelas de Fernan Caballero, suele ser bien escaso; el estilo es flojo y descosido: cuando el novelista diserta, lo hace bastante mal... ¿En qué estriba, pues, su mérito y nombradía? En que la hija de Bolh de Faber era española de alma (á pesar de su oriundez alemana), y como española, católica, y de tal manera supo trasladar á sus cuadros, por otra parte desiguales é incorrectos, el espíritu, el color y el sabor de nuestro pueblo, y tan fiel fué á su esencia íntima y á su vida tradicional, que los extranjeros, amantes, sobre todo, de lo nacional y castizo en las literaturas, no pueden ménos de asombrarse de libros tan *nacionales* y ponerlos sobre su cabeza. Algo de esto acontece

asimismo con Trueba, á pesar de su falso idealismo y de su amaneramiento.

¿Y cómo no ha de suceder lo mismo con los escritos del Sr. Polo, que á las buenas cualidades de sus modelos añade otras propias y peculiares suyas, y un desembarazo y una gracia por todo extremo dignos de loa? Rebosan los cuadros del autor que presento al público (aunque él no necesita de mí ni de nadie para ser bien recibido y admirado en todas partes) de sabor español, y sobre español *aragonés*, aunque de aquella parte de Aragon que participa un tanto de las costumbres valencianas. No falsifica, por empeño de idealizarlos, los usos populares, ni introduce arcádicos pastores, sino rústicos de carne y hueso. Los mismos tipos que por su delicadeza y elevacion moral parecerian inverosímiles si pluma ménos diestra los trazara, cual acontece, por ejemplo, con *La tia Levítico* (heroina del mejor cuento del Sr. Polo), tienen entera y perfecta vida en la fantasía de los lectores, gracias á la habilidad del narrador.

El Sr. Polo hace gala en sus cuentos de la más extricta, severa y pudibunda moralidad, y si en estas cosas pudiera pecarse por carta de más (¡Dios me libre de sostenerlo!), diria yo que en algunos casos quisiera ver al Sr. Polo y Peyrolon un poco más alegre, sin tocar, por supuesto, en desenfadado y pecaminoso. Ahí está (y con este ejemplo daré á entender más clara la idea), mi paisano el Sr. D. José María de Pereda,

eminentísimo novelista, que con ser católico á macha-martillo, y de sanas tendencias en todo, no deja por eso de ser uno de los escritores más alegres, regocijados y amenos que conozco.

Volvamos á Los Mayos del Sr. Polo y Peyrolon; novelita de oro, á la cual sirve de motivo aquella poética costumbre heredada de griegos y romanos (como tantas otras cosas buenas) de enramar los novios las puertas de sus amadas, y cantar á la alborada en ritmo más ó ménos armonioso, pero siempre grato á los virginales oidos. Costumbre es esta muchas veces recordada por nuestros clásicos, puesta en escena por Cervántes, en su comedia *Pedro de Urdemalas;* pero en estos tiempos olvidada ya en muchas de las comarcas españolas, aunque por testimonio de Fernan Caballero, sabemos que se conserva en Andalucía, y por el cuento del Sr. Polo, se vé que dura asimismo en la sierra albarracinense, con muy raros y curiosos pormenores.

Seria necedad grande que yo me pusiera á referir el argumento de Los Mayos, cuando el lector va á leerlos á continuacion; y cuando por otra parte, el interés de esta novelilla no está (ni ha querido el autor que estuviera) en lo complicado y sorprendente de la fábula, sino en la fidelidad de la pintura y en las galas del estilo. Excuso decir, que Los Mayos es una historia de amor: *Cui non dictus* Hylas *puer?* y el señor Polo, con ser tan timorato, no rechaza este tan

natural recurso artístico. Pero los amores de su libro son tan castos y ajustados á la ley de Dios, que por sabido y evidente debiéramos callar aquí aquello de *la mère en permettra la lecture á sa fille*, etiqueta, por otra parte, gastada y hasta sospechosa.

Digo, pues, que de amores trata el libro, como que andan en él un muchacho y una garrida moza, que se perecen el uno por el otro, aunque los padres tienen allá sus enemistades, ni más ni ménos que Castelvinos y Monteses en la tragedia de Shakespeare. Ya calculará el lector si habrá interés dramático en el libro del señor Polo, á pesar de su sencillez.

Si cuadros de costumbres quiere admirar el prógimo en cuyas manos caiga este volúmen, abra el libro por el capítulo IV y solácese con el *juicio de faltas*, que es de lo bueno en su clase, y trae á la memoria otra escena parecida que describe Pereda en el *Suum cuique*. O siga leyendo y encontrará el sorteo de las Mayas, ó dará de manos á boca con lozanas y floridísimas descripciones de regocijos y festejos; á todo lo cual se une la viveza, animacion y soltura de los diálogos. El Sr. Polo maneja la lengua con envidiable maestría, no es incorrecto como Fernan Caballero, y cuando se atreve á ser intencionado y malicioso lo hace de perlas.

Lean, pues, mis lectores este libro, y no les digo más, porque estoy seguro que antes de acabarle procurarán adquirir las *Costumbres popu-*

*lares de la Sierra de Albarracin* y los demás libros que el Sr. Polo y Peyrolon irá escribiendo y dando á la estampa, alentado, como debe estarlo, por el feliz éxito de los primeros.

Este libro es de los que inspiran, no sólo estimacion, sino cariño hácia su autor. Y para que mis lectores acaben de conocerle, se le presentaré en toda forma, como es uso de buena sociedad, diciendo v. g.:

«El Sr. D. Manuel Polo y Peyrolon es un jóven catedrático del Instituto de Teruel, acérrimo defensor de la filosofía cristiana y grande enemigo de la barbárie krausista, como lo demostró en solemnes y decisivas circunstancias. Alterna los honestos ejercicios literarios con graves tareas científicas, y ahora ha publicado una notable impugnacion del darwinismo.»

Dicho esto, me retiro, dejando al lector mano á mano con el Sr. Polo, seguro de que no ha de desagradarle su sabrosa plática.

M. Menendez Pelayo.

# INFORME

DE LA

# REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CITADO POR EL PROLOGUISTA

## y publicado en la «Gaceta» del 22 de Julio de 1878.

«Ilustrísimo señor: El libro escrito por D. Manuel Polo y Peyrolon, con el título de *Costumbres populares de la Sierra de Albarracin*, que V. I. se sirvió remitir á informe de la Real Academia Española, con oficio de 19 de Junio último, justifica, en concepto de esta Corporacion, la fama de que goza y los elogios que le han tributado los periódicos más graves é imparciales de España.

»Este precioso libro, coleccion de cuentos ó novelitas en que se pintan con el hermoso colorido de la verdad cuadros de la vida de nuestro pueblo, es, con efecto, por sus tendencias religiosas y morales, por la sencillez de su estilo, por la animacion de sus diálogos, tan ejemplar como deleitoso, y digno de la proteccion oficial que para él se ha solicitado.

»Cumple, por otra parte, al Gobierno contribuir á acreditar las publicaciones llamadas, como

la de que ahora se trata, á ejercer en la sociedad una influencia beneficiosa.

»Habrá tal vez padres de familia que no hayan adquirido las *Costumbres populares de la Sierra de Albarracin*, por ignorar que este libro, como los de Walter Scott, puede ser el más honrado y seguro amigo de la casa, y sin duda habrá literatos de tanto mérito y tan buena intencion como el Sr. Polo que no se dediquen á componer obras de esta clase, ó no publiquen las que tengan escritas, por considerarlas desnudas de atractivo en la actualidad, é incapaces de obtener legítima recompensa.

»La Academia, pues, cree deber aconsejar al Gobierno de S. M. que adquiera el mayor número posible de ejemplares del citado libro, humilde por su precio y tamaño, pero muy recomendable por sus bellezas literarias y por su importancia moral.

»Lo que en cumplimiento del acuerdo que esta Corporacion tomó en junta celebrada anoche, tengo la honra de comunicar á V. I., cuya vida guarde Dios muchos años.

»Madrid, 19 de Octubre de 1877.—El Secretario, Manuel Tamayo y Baus.—Ilustrísimo señor Director general de Instruccion pública.»

PROVISORATO

DE LA

# DIÓCESIS DE TERUEL.

*Damos nuestra licencia para que pueda publicarse el librito intitulado* **LOS MAYOS**, *costumbres populares de la* SIERRA DE ALBARRACIN, *escrito por D. Manuel Polo y Peyrolon, que lejos de contener cosa alguna contraria á los dogmas ó á la moral de la Religion católica, se halla informado de su espíritu.*

*Teruel* 17 *de Octubre de* 1878.

Tiburcio Báguena.

# CAPÍTULO PRELIMINAR.

## Apuntes históricos.

### I.

En la carta dedicatoria de *La Tia Levítico* [1] al insigne Fernan Caballero, escribí yo lo siguiente: «Conocidos son en toda esta serranía [2] los Mayos, especie de romance en el que el galan poéticamente describe las facciones de su amada. La tradicion se ha encargado de conservarle. Persuadido de que yo era el primero que recogia esta perla preciosa de la poesía popular, llamé al único mozo que recuerda aquí por completo el largo romance, lo recitó, y con fruicion lo copié en mi prontuario. Algun tiempo despues, leyendo la ingeniosa relacion de Fernan Caballero, *Callar en vida y perdonar en muerte*, topé en su pág. 22 con el *Retrato*, que, con ligerísimas diferencias, no es ni más ni ménos que los Mayos de mi país.» El romance ha

---

[1] *Costumbres populares de la Sierra de Albarracin*, cuentos originales.—Un tomo en 8.°, de 426 páginas.—Barcelona, Tipografía Católica, Pino, 5, bajos, 1876.

[2] La de Albarracin.

visto, por lo tanto, la luz de la publicidad; mas no la poética costumbre en que tiene natural cabida, y la idea de darla á conocer hace años revolotea sin cesar por mi mente.

A los que tenemos la manía de esgrimir la pluma, nos sucede con las ideas como á la luz con las mariposas nocturnas; lo cual no quiere decir que nosotros seamos luz ni antorcha que ilumine á la humanidad en su majestuosa carrera: nada de esto. Al ménos, por la infinitesimal parte que me toca, renuncio al papel de farol ó fósforo; no pretendo iluminar á nadie, sino entretenerte, hermano mio, y distraerme escribiendo lo que me venga en gusto. Pues volviendo á mi tema, la idea mencionada se ha empeñado en revolotear en torno de mi pluma; y tan grande es su insistencia, que al fin manchará sus blanquísimas alas en mi negra tinta, pereciendo á la postre, no quemada, pues de luz carezco, sino hecha trizas entre mis manos toscas. ¿Es responsable la luz de la muerte del lepidóptero incauto? De ninguna manera. Aquella permanece inmóvil: revolotea este insensato con agitacion febril, de su perdicion en busca. ¿Soy yo culpable acaso de que la idea me importune, persiga y sin cesar me acose? En mi concepto, no: de mis tiendas no salgo y en mi profesion me ocupo. ¿A qué, pues, tentarme? ¿Querrá morir á mis manos? Sea; que nada sobre gustos hay escrito.

Tengo además otras razones para consignar de una manera estable esta popular costumbre. El progreso y la *nouveauté*, semejante al sucio polvo que por la más delgada rendija se introduce, continúan difundiéndose por el mundo todo,

y hasta invaden países como este, enemigos de los adelantos modernos, y partidarios entusiastas de las rancias rutinas españolas.

Insensiblemente se van perdiendo en Vallehermoso [1] las inocentes y poéticas costumbres de antaño, antiguallas que tienen el defecto enorme de ser viejas, para ser reemplazadas poco á poco con la *lógia*, el *club*, el *casino*, el *cómite* (como allí dicen) y el celebérrimo *can-can*, personificacion típica del culto siglo XIX. Por la misericordia de Dios, el último no ha logrado aún carta de naturaleza en la Sierra de Albarracin. Corre, sin embargo, el rumor de que la francmasonería sentó ya su inmunda planta en cierto pueblo fundado al abrigo de un santuario célebre, y cuyo nombre lleva. ¡Nuestra Señora del Tremedal cobije bajo su manto y de la heregía é impiedad preserve á su hijo predilecto el pueblo dicho, y á la sierra toda!

Lo cierto es que hasta el elegante traje del serrano albarracinense va cediendo el puesto á prendas de vestir de procedencia extranjera, tan sin gracia como el pantalon y la blusa. Algunos de los más apuestos serranos visten ya, en vez del ajustado calzon y de la graciosa chaqueta, pantalon de pana y una gran blusa de algodon, como la que usan los obreros franceses, llena de trencillas, botones, terciopelos y adornos de mal gusto, que no marcan las formas, ni dejan lucir la fornida pierna, la media de lana azul, la blanca camisa, ni el chaleco de seda.

¿Quién me responde, pues, de que los poéti-

---

[1] Seudónimo.

cos Mayos no serán reemplazados con el tiempo por el pudoroso *can-can*? ¡Cuántas bellezas populares yacen, tal vez por incuria de quien pudo describirlas, envueltas en el olvido impenetrable de los tiempos!

## II.

Costumbre añeja entre los que manejan la pluma es remontarse hasta nuestro primer padre para dilucidar el orígen histórico de un hecho cualquiera. Esto por una parte indica erudicion, y sirve admirablemente, por otra, para emborronar cuartillas. Cojer las cosas en Adan, y paso tras paso seguirlas en su desarrollo histórico será indudablemente socorrido; pero no siempre son posibles, ni ménos convenientes, tan largas como peligrosas excursiones. No obstante, hay casos en los cuales tan íntimamente relacionado se ve lo actual con lo antiguo, lo presente con lo pasado, que no apuntar esta relacion, conduciendo como por la mano al lector para que la vea, seria cuando ménos pecado de ignorancia y de sano criterio. ¡Líbreme el cielo de cometer con los Mayos ni siquiera pecado venial!

Observo, además, que por sus venas no circula sangre de cristiano viejo, ni es su abolengo tan puro que no vaya mezclado con ciertos resabios de paganismo; y esto exige cumplida explicacion.

Para la debida claridad, conste, ante todo, que en la Sierra de Albarracin con el nombre *Mayo* se designan cosas diferentes. Llaman *Mayos* al romance que Fernan Caballero titula el *Re-*

*trato*, así como á la série de galanterías entre mozos y mozas en que voy á ocuparme; dan los nombres de *Mayo* y *Maya* al galan y á la dama; califican tambien de *Mayos* á los enhiestos y resbaladizos troncos de álamo que colocan en la plaza del lugar, de cuya punta superior cuelgan prendas de comer y vestir, destinadas al atrevido que ascienda y las coja [1]; denominan tambien *Mayo*, por último, á uno de los meses del año, tercero del calendario romano y quinto del gregoriano.

*Cuentan* que Rómulo bautizó este mes, derivando su nombre de *a majoribus* para conmemorar la division del pueblo en *mayores* y menores, ó sea en patricios y plebeyos, hecha en esta época del año; *cuentan* otros que se llamó así porque los romanos lo consagraban á los ancianos *(majores)*, por oposicion al de Junio, dedicado á los jóvenes *(juniores)*; y no falta, por último, quien *cuenta* que recibió aquel nombre en honor de la diosa Maya, madre de Mercurio. Empero, fuera de muy *contados* casos, en que el abolengo etimológico está más claro que la luz, en los demás (dicho sea con perdon de los sábios filólogos) todas las cuestiones etimológicas me parecen verdaderos *cuentos*.

Es indudable que la diosa Maya desempeña un papel importante en las teogonias más anti-

---

[1] Cucañas se llaman en otras partes.

En Francia se plantaba, hasta en las ciudades, y en señal de regocijo, el 1.º de Mayo. En París, los curiales lo cultivaban en el patio del Palacio de Justicia, que recibió el nombre de *Patio del Mayo*. Se daba tambien el nombre de *Mayo* al cuadro que la corporacion de los plateros de París ofrecia el 1.º de Mayo á la iglesia de Nuestra Señora. Se encargaba su ejecucion á un pintor distinguido. Esta costumbre cayó en desuso hácia 1706.

guas. Entre los indios, Maya es la madre de la naturaleza y de los dioses de segundo órden. Probablemente los fenicios veneraron tambien á esta divinidad; la palabra *mayumea*, con que nombraban una de sus fiestas, parece derivarse de Maya. Pozzoli, en su *Diccionario de la Mitología*, afirma, no obstante, que *mayumea* se deriva de *mayuma*, nombre de uno de los puertos de Gaza, y ambas de la palabra fenicia *maim*, las aguas.

Los griegos que, como todos los gentiles, rara vez levantaban los ojos de la tierra para elevarlos sobre su Parnaso y Olimpo, por sus dioses y ninfas habitados, celebraban con grandes regocijos y fiestas el advenimiento de las estaciones. Ninguna más á propósito para excitar los sentidos que la primera, cuando la naturaleza despierta de su letargo con las florecillas y brisas cálidas de Abril. Durante esta época de transicion desde una estacion casi muerta á otra llena de vida, la sangre circula con más rapidez en las venas, la imaginacion se extasía contemplando las galas vegetales, y el corazon renace vigoroso á la vida del sentimiento. Arrastrados los griegos por la general agitacion y por la exuberancia de vida que por todas partes les rodeaba, celebraron sus fiestas en los floridos dias, regocijándose con la primavera y abandonándose por completo á las impresiones que produce.

Tomándolas de los fenicios, llamaron tambien Mayuma ó Mayumea á las fiestas celebradas en honor de Maya ó Flora, diosa de las flores y de la primavera, y mujer de Céfiro. En un principio consistieron estas fiestas en honestas y sencillas

diversiones, que, semejantes á nuestras modernas *regatas*, tenian los pescadores y barqueros sobre las aguas del mar. Con el tiempo se convirtieron en fiestas regulares, ofrecidas al pueblo por los magistrados, mas degeneraron en licenciosas é indecentes. Orillada la sensualidad que, como todos saben, era el carácter distintivo del paganismo, religion de los sentidos, es forzoso reconocer que los griegos eran un pueblo galante. Verdad es que la galantería es tan antigua como el hombre. Todos los pueblos de la tierra han rendido siempre homenaje más ó ménos entusiasta á la hermosura de la mujer, exceptuando los lacedemonios, entre los cuales era un vicio reprensible y hasta criminal obsequiar á las damas.

Los atenienses, por el contrario, galanteaban á sus queridas, adornando durante la noche sus puertas y ventanas con coronas y guirnaldas de mirto y flores; fijaban en las calles carteles en verso, haciendo pública ostentacion de la hermosura de sus damas y del amor que habian inspirado sus encantos; al romper el dia entonaban junto á sus puertas ó bajo sus ventanas canciones amorosas, acompañándose con la lira, ó haciéndolo sus amigos al son de dulces flautas. Cubiertos con perfumados mantos de púrpura y adornados con coronas de yerbas y flores, paseaban durante el dia por las calles de sus amadas, llevando en la mano un torneado y rico baston; los más opulentos iban con gran séquito de esclavos con ramilletes para regalarlos, y con una silla de tijera para sentarse y descansar. «Los amantes, dice Atheneo, antiguo autor griego, adornaban

con flores las puertas de sus amadas, como si fuesen puertas de un templo.» De allí viene sin duda la costumbre de los griegos actuales. El dia primero de Mayo orlan de flores las puertas de sus casas y las de las personas queridas, cantan y pasean delante de las habitaciones de sus amadas, á fin de atraerlas á los balcones; las jóvenes adornan sus cabellos coronándolos con flores naturales; y otro tanto hacen los amantes delicados. Tales eran los festejos que se celebraban tambien en tiempo de Horacio.

Los griegos, no sólo conmemoraban con flores y enramadas sus alegrías, sino sus penas. Cubrian los cadáveres con rosas y yerbas odoríferas; sembraban de flores sus sepulturas; y anualmente colocaban encima coronas frescas. En los triunfos de los héroes alfombraban con flores la carrera y cubrian con ellas su carro. Las enramadas griegas consistian en yerbas y ramas entretejidas y adornadas con guirnaldas de flores. Tan contínua y galantemente las usaban, que á todos era habitual el lenguaje de las flores, clasificadas préviamente, segun vemos en los sueños de Artemidoro y en muchos epígramas de la Antología. Algunos médicos de la antigüedad recomiendan el uso de las coronas de flores. Por eso, sin duda, los jóvenes griegos las llevaban durante el banquete en la cabeza y cuello. Al concluir deshojaban las flores de las guirnaldas en la última copa, brindando por despedida, y los hombres cambiaban las coronas de sus cabezas por las del cuello de las señoras, que los amantes destrozaban ó conservaban cuidadosamente á fin de presentarlas en señal de felicidad el dia del himeneo.

Los romanos celebraban tambien la Mayumea en honor de Flora, el primer dia de Mayo. Fueron instituidas estas fiestas por el emperador Cláudio, que las tomó probablemente de los griegos. Duraban siete dias y tenian lugar en Ostia, sobre la playa del mar, aunque en el siglo III se celebraban ya en toda la provincia. Varron y Macrobio aseguran que sobre todo los mercaderes solemnizaban tales fiestas con juegos y sacrificios. Los jóvenes se coronaban de flores y adornaban las puertas con enramadas cargadas de frutas. Como sucede con toda fiesta donde predomina el placer, la Mayumea duró largo tiempo, áun despues de los emperadores cristianos. Al terminar la Mayumea (segun Noel, lo mismo se verifica aún en las provincias meridionales de Francia), los jóvenes plantaban, el dia primero de Mayo, arbustos cargados de flores delante de las puertas de sus amadas.

Los romanos perfumaban con flores hasta sus más ordinarias bebidas y viandas; adornaban con enramadas los templos de sus divinidades, las carreras de sus procesiones públicas, las casas de sus queridas y hasta sus mismas habitaciones. No fueron tan galantes como los griegos; pero tambien hubo en Roma, como en Atenas, enramadas, cantos amorosos, banquetes, guirnaldas, flores y finos amantes.

Los israelitas adornaban con flores y ramos las entradas del Tabernáculo y la casa del sacerdote Aaron, cuya florida vara se guardaba en el *Sancta Sanctorum*.

De unos y otros copiaron los primitivos cristianos las flores y enramadas para sus iglesias.

Conocidas son de todos las galanterías de los caballeros de la Edad Media.

Y celebérrimas las enramadas de los árabes españoles de Córdoba, Toledo, Sevilla y Granada.

La tradicion respecto á tan galantes costumbres no ha sido, por lo tanto, interrumpida.

Notoria es además la parte activa que con sus colonias tomaron los griegos en la poblacion de nuestra Península. No hay datos históricos ni arqueológicos, que yo sepa, para suponer que colonizaron en estos montes. El nombre de Griegos, lugarejo sepultado en el corazon de la sierra, parece indicar, no obstante, alguna relacion entre la culta Grecia y este país. Con todo, ningun resto de civilizacion helénica confirma mis sospechas.

No sucede lo mismo relativamente á la civilizacion romana. Sus lápidas, ánforas y monedas, burlándose de la accion destructora de los siglos, se presentan alguna que otra vez á los ciegos ojos del cavador serrano, que las reduce á polvo con la azada, ó si la configuracion de la lápida le choca, la guarda para embutirla, con la inscripcion hácia dentro, en la esquina de alguno de sus edificios.

Oí decir á un anciano de Calomarde [1] que cuando se edificó la actual iglesia del pueblo, para utilizar la mucha piedra labrada que contenia, destruyeron *un hermoso peiron*, *terminado en punta*, *á manera de torre*, existente en una era próxima al lugar. De su descripcion y de dos lá-

---

[1] Pueblo distante unos siete kilómetros de Albarracin.

pidas cuyas inscripciones cayeron casualmente hácia fuera al colocarlas en el muro del templo, y que áun pueden medio leerse, se deduce que aquel *peiron* [1] era un sepulcro romano.

Parece, pues, inferirse de todo lo dicho que la fiesta conocida actualmente en Vallehermoso y demás pueblos de la Sierra de Albarracin con el nombre de los Mayos, es la misma Mayumea de los griegos y romanos, que tradicionalmente ha venido trasmitiéndose de padres á hijos, con las modificaciones consiguientes al trascurso de muchos siglos, á las nuevas costumbres y á la diferente religion. La semejanza entre los nombres es además evidente.

Como veremos, la galante costumbre de las enramadas es uno de los más bellos episodios de los Mayos ; segun el erudito D. Basilio Sebastian Castellanos, el orígen de las enramadas se encuentra en Grecia, de donde las tomaron los romanos, y de éstos los españoles, distinguiéndose sobremanera en tales galanterías los árabes.

El mismo autor, en el *Bibliotecario*, semanario de escritos antiguos, dice de los Mayos: «No hace muchos años (1841) que áun se acostumbraba en algunos pueblos de esta provincia (Madrid) *á echar los Mayos*, que no era otra cosa que un tronco de álamo muy alto, al fin del cual se ponian guirnaldas de flores y prendas de vestir, como pañuelos, etc. El Mayo se ponia antes del primero de Mayo, y despues, el dia de la Cruz, en la plaza de los pueblos, y á su lado las Mayas

---

[1] Llaman *peirones* á los pilares colocados á orillas de los caminos, dónde, en una capilla, se venera, pintada ó de bulto, alguna sagrada imágen.

ó Maya. La Maya era una niña ó jóven de quince años, la más hermosa que hubiese en el pueblo, la que, vestida ricamente, se sentaba sobre el tablado cubierto de verdura y flores, estando ella coronada de flores. Alrededor del tablado se reunian las jóvenes, y al son de graciosos cantares, acompañados por ligeros panderillos, bailaban toda la tarde y parte de la noche, habiendo pueblos donde no se admitia á los hombres en el baile. La Maya recibia este dia el premio de su hermosura en las bendiciones de los jóvenes y en el triunfo de sus compañeras.»

En algunas aldeas de Alemania la autoridad municipal depone sus poderes, durante la fiesta, en la hermosa Maya; de la misma manera que en las saturnales romanas los esclavos ocupaban un dia los tribunales, ejerciendo jurisdiccion sobre sus amos [1].

En Italia, entre los lugareños toscanos, se solemniza tambien el *Mayo* de los amantes, que van alrededor de sus amadas, por lo cual se les llama *Maggianti*. Debo esta noticia al ilustre novelista P. Franco, S. J.

Pero basta, basta ya de excursion histórica, y entremos en materia.

---

1 *La Maya* de Hurtado.

# LOS MAYOS.

---

Si pues de algun modo alcanzara que la leccion de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera á algun mal deseo ó pensamiento, ántes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en público.

(CERVÁNTES.)

## CAPÍTULO I.

**De cómo á veces los hijos no se parecen á sus padres.**

Situado Vallehermoso sobre dos lomas y un barranco, en la falda de los desnudos montes que el valle cierran, no todas las casas del lugar tienen vistas pintorescas ni dominan el hermoso valle. En compensacion, construidas están las del barranco entre pequeños pero frondosos huertos, que fertiliza un hilo de agua trasparente como el cristal.

Allí, pegadas á una pared comun, como la ostra á la roca, con las puertas de entrada casi juntas al Norte, y los huertos, por un seto separados, al Mediodía, elévanse las casas del tio Tejeringo y de la tia Moñohueco, ilustres vástagos de linajes todavía más ilustres, antiquísimos en

el lugar, aunque desconocidos en el resto de España. No me he tomado la molestia de aspirar el polvo de sus archivos, registrando los pergaminos de tales familias; pero es casi seguro que algun ascendiente de los Tejeringos debió ganar honradamente el pan, fabricando *teja*, ó manejaria tal vez á maravilla cierto instrumento indispensable á veces para la regular marcha del aparato digestivo, como tambien que alguna abuela de las Moñohuecos seria aficionada en sus mocedades á los mullidos que permiten lucir el moño en forma de protuberancia: timbres ambos no ménos gloriosos que los de muchos nobles de nuevo cuño.

Si toda palabra es siempre fiel traduccion de una idea, y toda idea representacion mental de un objeto, para conocer á un indivíduo cualquiera debiera ser suficiente nombrarle. Segun esta teoría, tú, lector malévolo (no siempre habeis de ser benévolos los lectores), debes conocer lo mismo que yo al tio Tejeringo y á la tia Moñohueco. Con todo, me parece que estos nombres, sin duda por ser apodos, no te satisfacen, y á reemplazarlos voy por los de pila, bosquejando á la vez física y moralmente á los que los llevan.

Roque Garfella (a) *Tejeringo*, hombrecillo imperceptible, por lo bajo y seco, de voz atiplada y genio endemoniado, hablador, virulento é inflamable como la yesca, de unos cincuenta años de edad y viudo de dos mujeres, sólo tuvo un hijo de la primera, llamado José, mozo á la sazon de recomendables prendas.

Engracia Manzano (a) *Moñohueco*, mujer varonil, activa y emprendedora, que así manejaba

el hacha ó la azada como la lengua, y cuyo desparpajo y malicioso buen humor hacíanla temible, despues de haber pasado los mejores años de su vida trabajando como un cavador en una masía, apénas enviudó, recogió sus ahorros para mejorar con ellos su pequeña hacienda de Vallehermoso, y con su hija única llamada María, se instaló en la antigua casa de sus padres, sita en el barranco, junto á la de los Tejeringos.

Nada, en apariencia, más semejante que los genios de los dos viudos; pero nada en realidad más contrario. Coincidian, sin embargo, en una cualidad comun que, si empezaba por atraerlos, concluia por separarlos más y más. Gustaban ambos de mover la sin hueso, sin prudencia ni medida, y como buenos vecinos reuníanse de vez en cuando para satisfacer su gusto. Tolerábanse al principio su charlatanería mútua, y se cedian deferentes la palabra; entraban poco á poco en calor, y las deferencias cedian insensiblemente el puesto á las groserías, entablándose entre los interlocutores un verdadero pugilato de palabras, que terminaba á gritos y retirándose los contendientes á sus tiendas.

La tia Moñohueco tenia más aplomo y dominio sobre sí misma que su compadre Tejeringo; ventaja inmensa que no dejaba de utilizar en sus vecinales luchas. La flemática ironía de aquella desconcertaba é irritaba á éste; sus fuerzas hercúleas le aterraban, y áun siendo como era provocativo, al llegar á las manos, huia á todo correr hecho un valiente. La ociosidad era para la tia Moñohueco un verdadero crímen. En cambio el tio Tejeringo, aunque iba, y venia y se agita-

ba sin cesar como una hormiga, era un verdadero zángano de la colmena social, cuya ocupacion única habia sido durante su vida, y continuaba siendo, hablar y encolerizarse.

Hay un adagio vulgar que dice: *Cual el padre tal el hijo*. Es cierto que expresan verdades como templos muchos de estos evangelios chicos; pero tambien lo es que otros contienen falsedades notorias y sandeces mayúsculas. Prueba patente del anterior aserto es José, tipo completamente opuesto al de su padre el tio Tejeringo. Buen mozo, fornido, apuesto, trabajador, callado, religioso y prudente, no habia moza en el lugar que no le mirara con buenos ojos, ni madre que no aspirase á convertirle en yerno.

Nada se sabia, sin embargo, respecto á sus aficiones amorosas, aunque no faltaban habladoras que daban por seguro que tenia los ojos puestos en María Moñohueco, su vecina, angelical criatura algo más jóven que él, tan gentil de cuerpo y hermosa de rostro, como pobre de espíritu y suave y amorosa de genio.

La vecindad es en las aldeas casi un parentesco, que dulcemente une á las familias razonables y de sentimientos delicados. La causa es óbvia: el hombre se aficiona á todo lo que le es habitual, y el hábito del trato engendra cariño. Empero, si los vecinos, por carácter ó conducta, se repelen, la vecindad es fuente copiosa de disgustos y discordias.

Existen entre los hombres psicológicas y orgánicas armonías, mil veces más misteriosas que las descubiertas por el genio musical entre las notas de la escala. Dos séres que simpatizan son,

para mí, como dos cuerdas templadas para producir sonidos armónicos; si se aman, la armonía se concentra identificándose, y, aunque distintas, la cuerdas vibran melodiosamente al unísono.

Nunca los genios del tio Tejeringo y de la tia Moñohueco fueron armónicos. Reunidas estas notas musicales, concluian por producir siempre chirridos estridentes é insufribles.. La antipatía mútua que se profesaban, y que anidaba en el fondo de sus corazones, no les hizo, sin embargo, prudentes.

Juntos se criaron sus hijos, y fueron desarrollándose juntos aquellos tiernos corazones, sin que jamás encontrasen en sus padres el más ligero obstáculo. ¡Ceguedad inconcebible! No podian verse, y permitian, no obstante, que aquellos juveniles pechos latiesen en el mismo tono y fuesen poco á poco confundiéndose en una vibracion idéntica y dulcísima. Odiábanse, en una palabra, el tio Tejeringo y la tia Moñohueco; pero, en cambio, José y María, sin saber por qué ni cómo, se amaban, siendo el secreto uno de los más deliciosos encantos de su inocente amor.

## CAPÍTULO II.

### Duo amoroso y conato de riña entre vecinos.

La situacion respectiva de las casas y huertos de las Moñohuecos y Tejeringos proporcionaba á los novios, hasta en presencia de sus padres, ocasiones contínuas de alimentar su pasion con ingeniosas y poéticas travesuras.

Se baja á los dos huertos por rústicas escalerillas, que empalman con balcones de madera, situados en el primer piso de las casas. Desde el uno no se ve el otro; pero cada cual, donde el follaje de los árboles lo permite, domina su huerto y parte del vecino. Un hilo de agua atraviesa el de los Tejeringos para regar el de las Moñohuecos, al cuidado de José aquel y éste al de María, la más graciosa hortelana que se vió jamás entre coles y lechugas.

Con su zagalejo recogido, el nevado pié desnudo de zapato y media, entre cristales, y el «escavillo» en la mano, regaba María las eras de su huerto cierta tarde de Julio al ponerse el sol, miéntras José arrancaba las yerbas nocivas en el huerto inmediato. La tia Moñohueco hilaba á rueca en un balcon una «pella» de cáñamo. Nin-

guno de los hortelanos parecia pensar en el otro; sus almas, no obstante, estaban en íntima correspondencia por medio de canciones, sin sentido para los demás, significativas para ellos.

Quiero dar una idea al lector de tales diálogos.

Cantó José:

¿Qué me importa que te tenga
Cara á cara, frente á frente,
Si no te puedo decir
Lo que mi corazon siente?

Despues de algunos minutos de silencio, contestó María:

No te empeñes en seguirme
Ni por hablarme te mates,
Que leo yo en tu mirada
Como no sabe leer nadie.

Cesó el canto. El murmurio que producia el agua recorriendo mansamente las regueras, y la brisa al agitar las hojas de los árboles, era lo único que interrumpia el silencio de la naturaleza, entónces en calma. Hay escenas que encantan los sentidos, despertando nuestros más puros sentimientos, y que predisponen al hombre á la benevolencia, á la piedad y al amor. Nuestros jóvenes hortelanos se amaban más entre la verdura de la vegetacion y bajo la bóveda del cielo azul, que encerrados entre cuatro paredes bajo los mezquinos techos del hogar. «El mundo, dice un autor, murmura, ridiculiza una pasion que apénas co-

noce. Su agitacion, sus intereses distraen el espíritu, depravan el gusto y corrompen el corazon: el amor no puede existir en él sin la dignidad de la inocencia. La virtud y el gusto son casi la misma cosa, y las más delicadas afecciones de dos corazones forman juntas el verdadero amor. ¿Cómo se ha de buscar éste en el centro de las grandes ciudades? La frivolidad, el interés, la disipacion y la falsedad reemplazan en ellas contínuamente á la sencillez, la ternura y la franqueza.»

José arrancó el más hermoso capullo del rosal inmediato, y lo echó en la reguera. Nadando sobre la corriente voló á depositar á los piés de María los sentimientos del que lo enviaba. Como la hija de Faraon, salvó María al náufrago de las aguas del Nilo, lo llevó á sus lábios, y sujetándole con un alfiler, adornó con él su pecho.

Y cantando de nuevo, reanudaron el interrumpido diálogo.

José:

Más estimo una mirada
De tus luceros divinos,
Que todo el oro y diamantes
De los moros argelinos.

María:

La hermosura se marchita
Y las miradas se apagan:
Lo que jamás pierde el brillo
Es la hermosura del alma.

José:

No te quiero por hermosa,
Ni me enamora tu talle:
Te quiero porque te quiero,
Sin que el por qué sepa nadie.

Se asomó el tio Tejeringo al balcon, echó una mirada á cada huerto, y gritó de repente:

—María, ¿quién te ha dado ese capullo?

Incapaz la jóven de mentir, se ruborizó sin saber qué contestar á la pregunta, cuando su madre, que ni siquiera habia visto la flor, acudió diciendo:

—Tejeringo, ¿á tí que te importa?

—Moñohueco, y á tí, ¿quién te da vela en este entierro?

—Cuando se trata de mi hija, si no me la dan, me la tomo. Lo que no hago nunca es meterme, como tú, en camisa de once varas.

—Moñohueco, no me enciendas la sangre. Tú sí que te metes donde no te llaman. Ese capullo que lleva tu hija es de mi rosal.

—Bueno, ¿y qué?

—Que lo ha debido coger contra la voluntad de su dueño.

—¿Y qué más?

—Que quien tal hace es.....

José adivinó lo que su padre callaba, y le interrumpió diciéndole:

—Padre, se lo he regalado yo.

—¡Con que esas tenemos (gritó el hombrecillo poniéndose en jarras y echando por aquella boca sapos y culebras). ¡Moñohueco, Moñohueco, nadie tiene de esto la culpa más que tú!

—No chilles, cascarrabias, no chilles, que áun has de venir á cortejarme.

Y se puso á cantar impávida, sin dejar de mover el huso, por supuesto:

Eres más alto que un pino,
Y más fornido que un roble;
No te admire, Tejeringo,
Que tu gracia me enamore.

Por más esfuerzos que hizo, no pudo impedir José que se asomase á sus lábios una sonrisa; su padre se metió en casa bufando; María lloraba, y la tia Moñohueco reia á mandíbula batiente.

La jóven hortelana, no pudiendo dominar la tristeza que se habia apoderado de su alma, terminado el riego, cerró los «aguateles» y subió á su casa.

Al verla partir, cantó su novio:

Dueño mio, si te vas
Cierra mi pecho con llave,
Que miéntras tú estés ausente
Mi pecho no se abre á nadie.

La felicidad de nuestros novios hubiese sido completa con padres más prudentes y ménos irascibles. Cada uno de sus altercados causaba á sus hijos un disgusto; pero en vez de separarlos, los unia más y más con lazos moralmente indisolubles. Era, no obstante, tanta la veneracion y tan grande el respeto que profesaban á los autores de sus dias, que sólo en casos rarísimos osaba José hacer ménos ruidoso el escándalo con su in-

tervencion respetuosa y moderada, en tanto que María se retiraba á llorar del campo de la lucha.

Poco á poco, la noche habia ido tendiendo, sobre huertos y casas, su negro manto. Brillaban ya millares de estrellas en el firmamento. Recogió José su azada y «escavillo» y al retirarse, como respondiendo á los sentimientos de su corazon y á las ideas que preocupaban su mente, semientonó la siguiente copla:

Aunque tu madre no quiera
Y mi padre diga no,
Si tú quieres y yo quiero
Nos casaremos los dos.

Fuera del huerto, y junto á la pared, canturriaba, entre tanto, al pasar, cierta voz desentonada y temblona como arpa vieja:

A un mulo cargado de oro
No hay castillo que resista,
Ni corazon tan valiente
Que al fin el oro no rinda.

—¿Quién es ese que berrea? (preguntó la tia Moñohueco á su hija).

—No lo sé, madre (contestó María), pero parece el Cojo.

## CAPÍTULO III.

**Que trata de la ruidosa pendencia que el tio Tejeringo tuvo con su vecina la tia Moñohueco.**

Sorprendidas por el tio Tejeringo las relaciones amorosas de José y María, pronto se hizo público lo que hasta entónces habia sido secreto impenetrable para los vecinos de Vallehermoso. Esta imprudente publicidad favoreció en parte los deseos de los novios, cuyos padres convinieron en olvidar sus naturales antipatías y disensiones para ocuparse de un modo sério en el porvenir de sus hijos únicos. Se admiraban estos de cambio tan repentino, sin tener en cuenta que no hay aficion que un padre no sacrifique en aras de su amor. Por otra parte, la general aprobacion, las condiciones personales de los jóvenes, y las económicas de sus respectivas familias, pedian á voz en grito matrimonio; y ni el tio Tejeringo ni la tia Moñohueco se obcecaban tanto, que desconociesen sus verdaderos intereses y el fundamento de la felicidad de sus hijos.

Es lo cierto que concertaron el matrimonio de los jóvenes, comprometiéndose formalmente, aunque de palabra, á efectuarlo cuanto ántes.

José empezó á entrar en casa de María, no en calidad de novio, sino de prometido esposo; convinieron en las condiciones económicas del contrato, que, con ligeras modificaciones, fueron aceptadas por ambas partes; otorgaron su consentimiento oficial los padres, y se preparó, por último, el casamiento, publicando las proclamas ó amonestaciones en tres consecutivos dias festivos, durante la misa conventual, en cumplimiento de las prescripciones del sagrado Concilio de Trento.

Aunque ninguna nubecilla empañaba el sonriente cielo azul del porvenir de nuestros enamorados, la voz pública (no el pregonero) aseguraba con tenacidad sorprendente que no se casarian. Si en esta ocasion fué ó no de Dios la voz del pueblo, y si nuestros jóvenes prometidos desmintieron ó no el popular pronóstico, lo verá el curioso que leyendo siga.

La cuádruple alianza entre Moñohuecos y Tejeringos, de suyo quebradiza, quedó bastante malparada cierta tarde por la siguiente escena tragi-cómica que paso á referir.

Entre otros muchos frutales, da sombra y frescura al huerto del tio Tejeringo un hermoso moral. Este árbol inofensivo, que si bien mancha al que come su fruto, le provee con bondad sin límites del medio más eficaz para que desaparezca el bello color con que tiñe cuanto toca, como lo atestiguan los siguientes versos de una popular cancion:

«Que la mancha de la mora
con otra verde se quita»,

fué la causa ocasional del rompimiento.

La más curiosa é imprudente de sus ramas tuvo la desfachatez de acercarse poquito á poco á un ventanillo, y alentada con la impunidad, viendo que nadie notaba sus estratégicos movimientos, llevó su impudencia hasta violar el domicilio de la tia Moñohueco, introduciéndose, con fractura de un encerado de papel (circunstancia agravante), en la cocina de su casa. Verdad es que todo en el mundo tiene sus ventajas é inconvenientes: si la rama susodicha dejaba casi á oscuras en pleno dia á la tia Moñohueco, en cambio cubria su mesa de negras y dulces moras, postre tan rico por su calidad como por su baratura. La enérgica vieja no se conformó, sin embargo, nunca con tener que recurrir al candil estando el sol sobre el horizonte. Por esto, valiéndose de la insinuacion, medio el más poderoso de que disponen las mujeres para el logro de sus fines, convenció á su casi yerno José, decidiéndole á que cortase la atrevida rama. El bendito, creyendo de buena fé que podia cometer aquel ramicidio, sin encomendarse á Dios ni al diablo, tomó un serrucho, hizo cabalgadura del moral, y dió principio á su aérea operacion, á la vez que su padre entraba en el huerto.

¡Quién podrá describir la impresion que produjo en el tio Tejeringo aquel acto de insubordinacion de su heredero! ¡Oh pluma mia! ¡Si te pudiera colocar entre los hábiles dedos de Miguel de Cervántes Saavedra, para que retratases fielmente el asombro, la rabia y el furor que se pintaron en aquellas diminutas facciones, de seguro participabas de la inmortalidad, que es la recompensa del genio! Mas no siendo posible, renun-

cio generosamente, como D. Simplicio, á la mano de Leonor; y me limito á decir, con la vulgaridad que me caracteriza, que ante la feroz expresion de aquella aparicion inesperada, José dejó caer el serrucho, y la tia Moñohueco escondió instintivamente la cabeza que asomaba entre el follaje del moral, como si le apuntaran desde el huerto con arma mortífera.

Y en efecto, no fué descarga, sino andanada la que el tio Tejeringo disparó á boca de jarro sobre su hijo y cosuegra futura. Empezó por coger al primero de una pierna, y tiró con tal rabia, que dió con su hijo en el suelo.

Encaróse incontinenti con la ventana, y ¡allí fué Troya.....! Despues de llamar bruja y víbora á la tia Moñohueco, viendo que no daba señales de vida, disponíase á reforzar sus argumentos con no ménos honestas razones, cuando apareciendo repentinamente en la ventana un robusto brazo, armado de un enorme puchero, cayó sobre el tio Tejeringo un chorro de agua tan certeramente dirigido, que le obligó á cerrar la boca y á interrumpir, por lo tanto, sus improperios. Era de suponer que aquel baño tan oportuno seria suficiente para calmar la irritacion del hombrecillo; mas sucedió todo lo contrario. Así como en los incendios el agua en pequeña cantidad aviva el fuego en vez de apagarlo, aquel remojon inesperado encendió en ira hasta tal extremo al tio Tejeringo, que su hijo, repuesto ya del aturdimiento del golpe, lo sujetó y le quiso obligar á retirarse.

—¡Suéltame, suéltame! (decia forcejando por desasirse) que voy á matar á esa bruja.

—Sosiéguese V., padre (contestaba el prudente mozo); está V. acalorado y no sabe lo que hace.

—¡Cómo que no! Es bien sencillo: subo á su casa, la cojo del moño y le retuerzo el pescuezo como á una gallina.

—Déjale José (dijo la tia Moñohueco desde la ventana), deja á ese cascarrabias que suba, y lo meteré en mi alfiletero.

—¡Cascarrabias yo.....! Mujer *asoluta,* si subo te echo por la ventana.

—Mira, Tejeringo, no me insultes. Acuérdate de aquella vez que me embalsaste las judías y te molí á palos.

—¡Palos tú á mí! ¿Habrase visto desvergüenza como la suya.....? ¡Voto á brios-baco-balillo, que esto no se puede sufrir! Ahora mismo voy á dar parte al juez municipal.

—Anda listo, no sea que te tome la delantera; la rama se cortará, mal que te pese.

—Lo veremos: al que la toque, lo mato.

—Padre, y V., tia Engracia, vamos dentro, que están dando VV. un escándalo.

—¿Y quién tiene la culpa sino el rabietas de tu padre? (contestó la tia Moñohueco). ¿Te parece una rama de moral motivo bastante para que riñan dos familias que van á emparentar?

—¡Emparentar contigo! (exclamó el tio Tejeringo). Primero con el demonio: no hay nada de lo dicho.

—Calla, bobo, calla; si no tuvieras en el cuerpo tanto vinagre, habíamos de hacer dos bodas, en vez de una.

—¡Yo casarme contigo! ¿Crees que no recuerdo que mataste á disgustos á tu marido?

—¡Tejeringo, Tejeringo, no volvamos á las andadas!

—¡Moñohueco, Moñohueco, es la pura verdad; pero las verdades amargan!

—Tejeringo, Tejeringo, mira que se me va calentando la sangre. No me insultes, porque si quieres guerra, guerra tendrás.

—Moñohueco, Moñohueco, que se te caliente ó se te deje de calentar, me importa un pepino, y, quieras ó no, no te faltará guerra.

—Corriente: empecemos dando parte al juez.

—No serás tú la primera.

Salió el tio Tejeringo en busca del juez municipal como un cohete; retiróse la tia Moñohueco de la ventana, tomó precipitadamente el pañuelo de la cabeza, y disponíase á realizar su amenaza, cuando María vino á su encuentro, diciéndole:

—¿A dónde va V., madre?

Tan sencilla pregunta, y las lágrimas que silenciosas corrian por las mejillas de la jóven, desarmaron el potente brazo de la tia Moñohueco, que abrazó á su hija y le dijo:

—Nosotros lo hacemos y vosotros lo pagais, María.

En otros términos: los hijos pagan los pecados de sus padres, como los pueblos los de sus reyes. Verdades demostradas en el terreno de los hechos por la experiencia, y en el de las abstracciones por la filosofía.

La tia Moñohueco no atravesó el umbral de su puerta. Entre tanto el tio Tejeringo la demandaba de injuria ante el señor juez municipal de Vallehermoso.

## CAPÍTULO IV.

**Donde se cuenta con sus puntos y ribetes el famoso juicio verbal de faltas celebrado entre el tio Tejeringo y la tia Moñohueco, ante la señoría del tio Cascajo, juez municipal de Vallehermoso.**

El consabido juicio verbal de faltas iba á celebrarse con todas las solemnidades de costumbre. Desde las siete de la mañana se hallaba constituido el tribunal en el salon-cocina de las casas consistoriales. El tio Cascajo estaba gravemente sentado en una silla de esparto, tras una mugrienta mesa de pino; á la derecha lucía su modesto abdómen el secretario D. Abdon Uña; ocupaba melancólico la izquierda el fiscal Simon Manzano (a) *Mosca*, sobrino, por cierto, de la tia Moñohueco, y completaba el cuadro el alguacil Pedro Usía (a) *Porron*, que de pié junto á la mesa esperaba órdenes.

Entre otras buenas cualidades, tenia el juez municipal de Vallehermoso la de ser, en casos de oficio, de una exactitud matemática, como él decia. Apénas llegó á sus oidos la primer campanada de las ocho, hora de la citacion, levantó la cabeza, y dirigiéndose al alguacil, le dijo:

—Porron, que pasen los acusados.

El alguacil se inclinó, giró sobre sus talones, abrió la puerta, y quitándose el pañuelo, repitió en alta voz:

—Que pasen los acusados.

El tio Tejeringo y la tia Moñohueco, que hacia ya largo rato esperaban, al oir al alguacil, miráronse de reojo, encogiéronse de hombros, y, dándole á la cabeza, pensaron para su capote: «Esto no va con nosotros,» permaneciendo inmóviles en sus puestos.

El tribunal esperó grave y silencioso algunos segundos; mas viendo que nadie pasaba, repitió el juez la órden, añadiendo:

—Que pasen ante mi autoridad; de lo contrario, se les juzgará en rebeldía.

Porron, que, como viejo en el oficio, sabia donde le apretaba el zapato, dispensóse por esta vez de repetir las judiciales palabras, y asomando la gaita por la puerta, dijo:

—Tio Tejeringo, y V., tia Moñohueco, vamos adentro.

—Si no estuviéramos aquí (murmuró aquel atravesando el umbral), ya te diria yo cómo me llamo.

—Siéntense VV., añadió el juez.

El tio Tejeringo y la tia Moñohueco echaron en torno suyo una mirada, y convencidos de que no habia dónde, contestaron filosóficamente:

—Muchas gracias; estaremos en pié.

—Bueno (dijo el tio Cascajo), vamos, pues, á empezar.

—Permítame su merced, tio Juan (interrumpió Mosca), me *paice* que ante todo debemos tratar de arreglarlos.

—No hay que pensar en semejante cosa (contestó el tio Tejeringo). Esta mujer me insultó ayer públicamente, y entre los dos no hay arreglo posible.

—¡Pero, hombre: que te atrevas á decir que te insulté cuando fuiste tú quien empezó la riña llamándome bruja, víbora, mujer *asoluta* y Dios sabe cuántas cosas más!....

—¡Es falso! (gritó el tio Tejeringo), yo estaba en mi casa sin meterme con nadie, cuando tú *engatusaste* á mi José para que cortase la rama del moral.

—Sí, señor, y se cortará, porque me incomoda.

—Eso lo veremos. Mientras Roque Garfella viva, ningun guapo pondrá las manos en su moral.

—Vamos, vamos, tio Tejeringo (dijo el fiscal), no hay que enfadarse.

—Hombre, ¡que siempre has de estar riñendo! (dijo el juez). Tú sólo das más que hacer al juzgado que el pueblo todo.

—¡Qué quiere V.! Es mi *sino* [1].

—¿Con que se avienen ustedes ó no? (preguntó Abdon Uña, temiendo perder con tanta conversacion los honorarios).

—Por mi parte no hay inconveniente (contestó la tia Moñohueco); que corte la rama del moral que se mete en mi cocina, y pague los gastos del juicio.

—¡Caracoles! ¡Pues no pide nada la tia esta! Siga, siga el juicio adelante, y salga el sol por Antequera.

---

[1] Mi destino, mi hado.

—Vamos allá (exclamó con regocijo el secretario).

—Mire V., tio Tejeringo, que le costará la torta un pan (observó Mosca).

—Lo veremos. Por de pronto, V. no tiene nada que hacer aquí (dijo el denunciante señalando al fiscal). Es V. sobrino de la tia Moñohueco, y lo recuso. Que venga el suplente.

—Tio Tejeringo, tio Tejeringo (contestó ofendido el recusado), vaya V. con piés de plomo, que si se le va la lengua y *desataca* á la autoridad.....

—No hay *desataco* que valga; lo dicho, dicho. Lo recuso á V. porque puedo: tres pesetas se me llevó por decírmelo el ladron del abogado.

—Hombre (dijo el tio Cascajo), es un caso nuevo que no ha ocurrido desde que empuño la vara; por eso, mientras averiguamos si tienes derecho para *rehusar* al señor, me parece que debes conformarte con que continúe desempeñando sus funciones. Yo te prometo que para el otro juicio que tengas estará bien averiguada la cosa.

—No paso por esto (contestó Tejeringo); ó se retira el señor, ó me retiro yo, que mis tres pesetas me cuesta.

—Mira, Tejeringo, no seas tozudo; porque si te empeñas en llevar la cuestion adelante y te marchas, celebro el juicio en rebeldía y te cargo todo el rigor de la *lay*.

—Eso es inícuo; eso es valerse de la justicia para obligar á un infeliz á que sucumba, pero ni por esas. *Ú* me dan ustedes mis tres pesetas *ú* me las *grillo*.

—Porron (dijo el tio Cascajo), cierra la puerta

y no dejes salir ni una mosca. ¿Qué hacemos? (añadió volviéndose al secretario). ¿Le damos las tres pesetas de fondos municipales?

—De ninguna manera: siga el juicio adelante.

—Vamos allá (contestó el tio Cascajo removiéndose en su silla). Mosca, empieza, pues, diciéndonos tu *ditámen*.

Apénas pronunció el juez estas palabras, Mosca, resentido aún por la afrenta que se le habia querido inferir arrojándole del juzgado, miró en torno suyo, tosió dos ó tres veces, y poniéndose un tantico colorado, habló así:

—Pues como iba diciendo, examinados detenidamente los acontecimientos acontecidos, opino yo el fiscal, que se le cargue al tio Tejeringo todo el rigor de la ley, obligándole á serrar la rama; que se le eche una multa á la tia Moñohueco por haber dicho palabras malsonantes; y que paguen por mitad los gastos *ligítimos*.

—¿No lo decia yo? (exclamó el tio Tejeringo) ¡me lo daba el corazon! Pero no crean VV. que me doy por vencido. Escriba V., Sr. Abdon, y con letra bien gorda que la vea yo: no me venga V. á mí con esos garabatos que suele hacer, que ni usted mismo los entiende. Lo repito, señores: lo recuso por pariente y por torcedor de la ley.

—¡Alto ahí, Tejeringo, que estás *desatacando* al tribunal y te puede costar caro! Por ahora á tí no te toca más que ver, oir y callar: como me chistes te atizo una multa que te baldo.

—Bueno, bueno, siga la iniquidad; pero conste que apelo.

—¡Silencio! (dijo gravemente el tio Cascajo). ¿No tienes más que añadir á tu *ditámen*, Mosca?

—Sí, señor.

—Apelo otra vez (exclamó el tio Tejeringo).

—¡Silencio! (repitió el juez; y despues de haberlo meditado algunos segundos, dijo):—Pasemos al *alegamiento* de las partes. ¿Qué dices tú, Tejeringo? Habla ahora cuanto quieras.

—Digo, y redigo, que apelo; que la sentencia es injusta, y que, siendo yo el insultado, se me carga la ley.

—¿Podrás probar que fuiste tú el insultado?

—Sí, señor, tio Cascajo. Medio pueblo presenció la riña, y vió cómo esta tia, que Dios confunda, se burló de mí, me insultó y hasta me remojó con un jarro de agua: lo que digo lo harán bueno Patato, el Gallego, el Mincho, el Corneto, Patacorzo, Milhombres, el Escribiente, la Chispas y el tio Zarrapote, á quienes cito y emplazo como testigos.

—Mira lo que dices, Tejeringo, porque si quieres hacer venir toda esa gente, cada citacion te costará tres reales.

—Entónces que venga únicamente la Chispas, que, como es chiquitilla, costará sólo real y medio.

—Y tú, Moñohueco, ¿qué tienes que alegar?

—Yo digo que todo es mentira; que ni de palabra ni de obra le injurié, y que me injurió él á mí, como lo harán bueno todos los vecinos del barrio, los cuales quiero que vengan á declarar ahora mismo, á costa de este tio embrollon y mentiroso.

Si para muestra basta un boton, lo dicho es más que suficiente para que el lector conozca el procedimiento judicial de Vallehermoso.

Sobre si debian venir á declarar todos los vecinos, ó uno sólo, se armó tal disputa y se acaloraron de tal manera los contendientes, que el juez, jadeante y tembloroso, levantó la sesion; despejó la sala el alguacil, y para digno remate de fiesta, extendió el secretario la siguiente acta:

«En el pueblo de Vallehermoso, á 20 de Abril de 187..... comparecieron ante la autoridad del Sr. D. Juan Cascajo, juez municipal, D. Roque Garfella, viudo, padre *carnal* de José, denunciante, y la señora doña Engracia Manzano, viuda, tambien denunciada, para celebrar juicio verbal de faltas, y por el primero se expuso: Que la denunciada le llamó cascarrabias, le dijo que se lo iba á meter en el alfiletero, y le remojó la cabeza. La denunciada contestó que si le dijo cascarrabias no fué por *mal*, sino por *vivez;* que él en cambio la llamó bruja y víbora; y en cuanto al remojon, que el agua no rompe costillas. Llamado, por no haber *cirjuano*, el barbero *intonso*, declaró no haber lesion alguna *vulnerable;* y llamada la vecina Rosa Chispas, no se le pudo recibir juramento por hallarse en dias de gracia, vulgo embarazo. La peticion del señor fiscal es de *ditámen* de no haber prueba de juramento admisible en lo del remojon por la vecina de la casa habitante, y que se condene por la palabra *cascarrabias*, que lo atribuye á bien, segun su opinion, por el artículo 605, núm. 1.º, con la multa de cinco pesetas y reprension á la denunciada, y al denunciante á cortar la rama del moral *dañino*, partiéndose por mitad las costas subsiguientes. Y su merced, que ha visto este juicio y lo considera alusivo á las buenas costumbres y á

que se eviten disturbios en lo *intestino* del pueblo, manda que se condene á la denunciada, porque la cree capaz de cualquier atropello, en las cinco pesetas de multa y las costas y la reprension, que ya le ha sido dada en debida forma, para que escarmiente y se corrija como es justo; y al denunciante que corte luego la rama que se mete en lo ajeno, y si alguno apelare se le impondrá la multa de diez duros en papel azul, que se unirá por mitad al libro sentado, quedando en que se notifique y se cierre con ello este juicio, de que certifico.—Siguen las firmas.»

Inútil es advertir que la anterior sentencia se ejecutó en todas sus partes, sin que denunciante ni denunciada se atreviesen á arrostrar las iras judiciales ante la perspectiva de un multazo de diez duros en *papel azul*.

## CAPÍTULO V.

**De cómo en el sorteo de Mayas el amor, ayudado por la costumbre, fué vencido por la riqueza.**

Declarada guerra á muerte entre las poderosas dinastías de los Tejeringos y las Moñohuecos, seguian las operaciones su curso sin treguas, armisticios, ni siquiera cuarteles de invierno, aunque contrariadas por espías y traidores. Eran estos los príncipes herederos que utilizaban cuantas ocasiones les ofrecia su buena suerte para, de comun acuerdo, contraminar los trabajos de sus augustos padres.

Tejiendo y destejiendo esta nueva tela de Penépole pasó el invierno, se derritieron las nieves, desapareciendo los frios y fué asomando poquito á poco su florida frente la primavera.

Era el dia 30 de Abril al anochecer. José, que habia estado toda la tarde cavando en su huerto, se decidió por fin, y cantó la copla convenida para que María se asomase á la enrejada ventana del cuarto bajo de su casa, que cae al huerto del tio Tejeringo.

Cantó el enamorado mozo:

Debajo de tu ventana
Tengo el corazon clavado;
Abre, niña, mirame,
Y así remachas el clavo.

Segundos despues giró silenciosamente sobre sus goznes la puerta de la ventana, y las sonrosadas mejillas de María aparecieron tras los hierros por entre el follaje.

José se aproximó cuanto pudo, y haciendo como que cavaba, entabló á media voz con su prometida el siguiente diálogo:

—María.

—¿Qué?

—Esta noche se sortean los Mayos.

—Ya lo sé. ¿Piensas ir?

—¡No faltaba más! Eso quisieran ellos; que les dejase el campo libre.

—¿Quiénes?

—Los mozos.

—¿Quieres disputarles á todos la Maya?

—No tal: me contento con una.

—¿Se puede saber su nombre?

—¿Y tú me lo preguntas?

—¿Por qué no? Esto prueba que me interesa saberlo.

—¿Y no lo adivinas?

—No, José; no caigo en quién puede ser.

—Quieres sin duda que te regale el oido.

—Tal vez.

—Pues no tendrás ese gusto.

—¡Cómo ha de ser! Muchas gracias.

—¿Pero de veras quieres, Maruja, que te diga o que ya sabes?

—¿No podia haberme equivocado?

—¿No me quieres ya, María? (pregunto José, dejando la azada, levantando la cabeza, mirando hácia la reja con ternura, y dejando escapar un suspiro).

María, toda ruborosa, bajó los ojos, y, en vez de contestar, preguntó á su vez:

—¿Y tú?

—Yo, más que á mi vida.

Hubo un momento de elocuente silencio. María lo rompió por fin diciendo:

—Pues entónces quiero ser tu Maya.

—Por mí no ha de quedar. Lo que siento es que mi padre, para evitarlo sin duda, no me ha querido dar un cuarto ni medio.

—¿No saben todos que soy tu novia? ¿Quién, pues, ha de tener empeño en darnos ese disgusto?

—¿Quién....? ¿Quién ha de ser? El de siempre. Mira, ese que pasa por ahí fuera cantando.

En efecto: una voz de arpa vieja, alejándose, entonaba en aquel momento la cancion siguiente:

¿Qué tenias ayer tarde,
Dueño mio, amor, lucero?
¿Será que olvido llorabas
De Pepito el carpintero?

—¿Es el Cojo? (preguntó María).

—El mismo.

—Espera. Contra miserables como ese, tengo yo un remedio seguro.

Se retiró María de la ventana, volvió poco despues, y por entre los hierros dió á José un duro.

—Me estás avergonzando, María.

—Y tú, José, me darás un disgusto si permites que otro sea mi Mayo.

—Pues adelante (contestó José tomando la moneda con gran violencia), y sea todo por nuestro amor.

Oyóse entónces ruido en casa del tio Tejeringo, y ambos jóvenes se retiraron con presteza diciendo entre dientes:

—Hasta la noche.

Pocas horas despues reuníase la Ronda de Vallehermoso, compuesta de todos los mozos casaderos del lugar, en casa de Andrés Aguirre (a) el *Cojo*. Hijo único del mayor contribuyente del pueblo, Andrés, además de pronunciadamente cojo, era medio imbécil y tan vano como enfermizo y feo. Su familia le mimaba, no obstante, como si fuese un serafin, haciéndole cada vez más antipático con tan imprudente cariño. Sobre todo su padre, el tio Pantaleon Aguirre, que le queria más que á las niñas de sus ojos, llegó á creer, sin duda, que sus obligaciones reducíanse todas á preguntar al Cojo si necesitaba dinero. A su madre, la tia Anacleta, que pasaba por miserable, le atribuian en el lugar la tacañería de Andrés.

No era tanta, sin embargo, que le impidiese convidar de tarde en tarde á los mozos sus amigos. Reuníanse entónces en su casa, que vino con el tiempo á ser el centro de la Ronda de Vallehermoso, sobre la que no dejaba de ejercer cierto ascendiente nuestro Andrés.

Allí estaban aquella noche todos los mozos del lugar: José, su amigo Antonio, Milhombres, Perotes, Mincho, Jeromo, Manolin, Polainas,

Juan Rubio, el Largo, Miguelon, Poquita, el Zurdo y otros muchos, bajo la presion moral del hijo de la casa Andrés Aguirre, y bajo la presidencia efectiva de Juan Rubio, de genio en alto grado conciliador, el más viejo y el más práctico en las rancias costumbres del lugar.

Acababan los congregados de comerse una pierna de carnero bien aderazada con ajos, laurel y caldo abundante, por el ama de la casa, la tia Anacleta, y de nuevo la humedecian en sus estómagos con sendos jarros de vino.

Sobre una *escañeta*, alrededor de la que formaban corro, alumbrados por una cepa de tea que ardia en la almenara, estaban extendidas tantas papeletas como mozos y mozas habia en el pueblo, con los nombres y apellidos ó apodos de cada uno.

—Ea, muchachos, por dos reales á escoger (dijo Juan Rubio).

—Aquí están los mios (contestó Miguelon): escojo á la Corza.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Parece que te gusta lo bueno! (exclamaron todos chanceando, riendo y pegándole palmadas y empellones capaces de hundir un par de costillas á otro ménos fornido que aquel moceton, caricias con que frecuentemente se obsequian unos jóvenes á otros, porque en todas partes, y sobre todo entre las gentes del campo, la juventud es juguetona).

—Mis dos reales me cuesta. ¡Canario! dejadme en paz (observó Miguelon; y tomando las papeletas que contenian su nombre y el de la Corza, las inutilizó, arrojándolas al fuego).

—¡Animo, chiquillos! ¿Quién quiere más?

—Dos reales por Cirila (dijo el Zurdo).

—Tres (añadió el Largo).

—Cuatro (replicó aquel).

—Cinco (dijo éste).

Un palmoteo general acogió este principio de lucha.

—¡Alto ahí, muchachos (observó el sesudo Juan), que esto no es ninguna pública subasta! Llévese á Cirila su novio, y no hay que hacer mal tercio á nadie.

—No, señor; no, señor (gritó la asamblea).

—Cirila es mi novia (dijo el Largo).

—Fué (añadió el Zurdo), ahora habla conmigo.

—Zurdo, no hay que reñir por eso. Vamos adelante, y á quien San Juan se la dé, San Pedro se la bendiga.

—No eches roncas, Largo; que áun me queda un duro en el bolsillo.

—Nada de *piques*, camaradas (observó el Rubio). ¿Qué hacemos? (preguntó á la Ronda).

—Adelante, adelante (contestaron los mozos). Ya se sabe de siempre: para el que más dé.

Efectivamente: la Ronda estaba en lo cierto. Costumbre inmemorial permitia á todos los mozos escoger Maya ántes del sorteo. Para dirimir, no obstante, las contiendas, si dos ó más galanes se fijaban en una misma moza y para costear la fiesta, se admitió una especie de subasta. Aunque prosáica y casi ofensiva para la mujer semejante costumbre, héme propuesto pintar al natural mi cuadro, y no puedo omitir esta pincelada. Por otra parte, meritorio es para un pobre serrano el sacrificio de su escaso caudal en aras del corazon. Hubo, pues, que proseguir.

—Cinco reales da el Largo por Cirila: ¿nadie da más? (preguntó Juan Rubio).

—Veinte (dijo Jeromo).

—¡Firme! ¡Firme! (gritaron algunos).

Trascurrieron algunos segundos en el mayor silencio; el Largo registraba inútilmente sus bolsillos, y como nadie pujó más, fué adjudicada la jóven al mejor postor.

—Siga su curso la procesion, muchachos (propuso Juan).

—Media peseta por María Moñohueco (dijo el único mozo que vestia pantalon, de ojos hundidos, nariz afilada, pómulos salientes, alto como un perro sentado, seco como un espárrago, y tieso cual si llevase atravesado un asador).

Carcajada general acogió las palabras del Barbero. José se indignó. El Cojo se levantó sonriéndose, y contoneándose por la estancia, apoyado en su *gayata*, dijo:

—Una peseta.

—Dos (añadió José).

—Tres (replicó aquel).

—Cuatro (duplicó éste).

El Barbero escuchaba con un palmo de boca abierta, contemplando con asombro á sus rivales; pero por más que registraba los bolsillos del chaleco y de la chaqueta, sólo encontró en ellos la consabida media peseta con algunas colillas de cigarro y migas secas de pan.

—Un duro (dijo el Cojo).

José perdió el color, frunció el ceño, y volvió la cabeza para no ver á su rival. El fiel Antonio adivinó la situacion pecuniaria de su amigo: se acercó á José, y sin que nadie lo notase, puso

veinte reales en su mano. Estrechó José tiernamente la de Antonio, y, encarándose con el Cojo, exclamó:

—¡Dos duros!

Dudó el Cojo algunos segundos. Luchaban en él, por una parte su tacañería habitual, y por otra su vanidad en evidencia.

Juan Rubio decia entre tanto con tanta calma como sorna:

—A la una..... á las dos..... á las.....

Antes de que concluyese, gritó el Cojo:

—¡Un doblon!

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Bravo! (exclamó la cuadrilla, moviendo un estruendo y algazara indescriptibles, no porque celebrase el triunfo del Cojo, sino porque con aquellos cinco duros habia lo suficiente para costear la cena y demás gastos de la fiesta, ó, lo que es lo mismo, porque se divertian gratis).

José devoró en silencio su derrota.

Juan Rubio proclamó Maya del Cojo á María Moñohueco, é inutilizó las papeletas. Iba á darse por terminada la subasta, cuando dijo Perotes:

—Dos cuartos por la Coneja.

La Ronda dió rienda suelta á su alborozo; las risas eran generales; la gritería descomunal. Todo porque se trataba de una de las más feas mozas del lugar. Y es que la honorable asamblea no tuvo en cuenta que más vale un gusto que cien panderos, y que si niño y ciego se representa al amor, lo es en realidad. Se cuenta de cierto jóven que se enamoró perdidamente de las orejas de una muchacha, y Perotes estaba muy en su derecho enamorándose de la fealdad misma.

No habiendo más postores, las papeletas de las mozas no escogidas fueron á ocupar el fondo de un puchero, y el de otro las de los mozos que áun no tenian Maya. Figuraba entre aquellas una que decia: *La Vírgen Santísima*, y entre éstas otra redactada en los siguientes términos: *El Niño Jesus*.

Removidos entónces varias veces los pucheros como suelen hacer las cocineras para que no se queme su contenido, verificóse el sorteo de Mayos y Mayas, sacando alternativamente una papeleta de cada *urna*. Para evitar fraudes, realizaron dos niños esta delicada operacion.

Los mozos encomendaron á sus memorias los nombres de sus respectivas Mayas, para desde aquella noche dar cumplimiento á las obligaciones que el cargo de Mayo impone.

Una feliz casualidad favoreció á José con la más hermosa de las Mayas, la Vírgen Santísima; y á Fernanda, amiga íntima de María, con el más divino Mayo, el Niño Jesus. ¡Suerte dichosa!

## CAPÍTULO VI.

### Los Mayos.

Tomó entónces la Ronda sus cítaras, guitarras y guitarrillos, y templándolos, salió á la calle. Momentos despues las armonías de la jota aragonesa, primorosamente ejecutada, dejáronse oir en todo el valle.

Más de una vez he presenciado escenas semejantes. A las diez de la noche duerme Vallehermoso entero, sin que se oiga ni áun el suave ruido de su respiracion. En cambio, la naturaleza, que recibe su aliento de Aquél que no necesita descanso, no duerme nunca; y nada más encantador y poético que esos mil confusos ruidos, esas armonías contínuas que se oyen perfectamente de noche á largas distancias, como si saliesen del seno mismo del silencio y de la oscuridad. Varias veces he querido analizar las impresiones que tales noches claras y serenas producen en el ánimo, para tener despues el gusto de trasladarlas gráficamente al papel; pero es la pluma demasiado material para que trascribir sepa esas vibraciones tan dulces de nuestro sér, esa languidez y grata conmocion que el alma

siente en presencia de una aldea que duerme, de un valle iluminado por la luna, lámpara inextinguible meciéndose en el espacio, de un arroyo de plata, que el paso entre sombras tuerce, y de un susurro suave y bullicioso, semejante al que produce el viento en las copas de los pinos, que partiendo del cauce del rio convierte el silencio de la noche en armonía contínua. Nunca escena más á propósito para levantar los ojos del suelo, fijarlos en la luna, y volar desde allí á Dios.

Cuesta arriba encamináronse los mozos hácia la iglesia. Los acordes de la jota aragonesa se oian lo mismo en los altos picos que en el hondo valle. La repetian á lo léjos los ecos de los montes, cuando una voz clara y robusta, dominándolo todo, con ese aire nacional, tan alegre y entusiasta como melífluo y tierno, entonó la cancion siguiente:

Es María más hermosa
Que el oro y la plata fina;
Más que el agua cristalina
Que corre de llosa en llosa.

Terminado el cantar, los tañedores redoblaron sus brios, y algun que otro ¡jui! ¡juii! ¡juiii! chillon, sémejante al repetido canto del polígamo sultan de los corrales, se dejó oir en todo el valle.

Llegados á la anteiglesia, colocáronse bajo la hermosa acacia que hay en el centro, y la misma voz cantó de nuevo:

En la puerta de la iglesia
Hay una piedra redonda;

Quien la pise y la repise,
Ese subirá á la gloria.

Aquí cesó la música, y dijo el Rubio:

—Ea, muchachos, basta de jota: que se disponga el Mayo de la Vírgen.

Templaron de otra manera las guitarras, y con aire monótono, pero armoniosamente sentimental, cantó José lo siguiente:

I.

Ya estamos á treinta
del Abril cumplido:
Alegraos, damas,
Que Mayo ha venido.

Y mientras el coro repetia el estribillo, consistente en los dos últimos versos de cada copla, doce campanadas resonaron majestuosamente en la torre de la iglesia, y la eternidad dió á luz á Mayo entre canciones y flores.

El de la Vírgen Santísima continuó:

II.

Ya ha venido Mayo,
Bien venido sea,
Regando cañadas,
Casando doncellas.

III.

Ya llegó la noche,
Sea enhorabuena,
De cantarte el Mayo,
Regalada prenda.

IV.

Paso á retratarte;
Pero aquí mi lengua
Proseguir no sabe
Y á cantar no acierta.

V.

No hay pluma que sirva
Al pintor poeta,
Ni pincel que copie
Tu gentil belleza.

VI.

Tu pelo es madeja
Del oro más fino,
Que envidian los rayos
Del sol purpurino.

VII.

Tu frente espaciosa
Es campo de guerra,
Donde Cupidillo
Plantó su bandera.

VIII.

Esas tus dos cejas
Un poquito arqueadas,
Son arcos del cielo,
Y el cielo es tu cara.

IX.

Esos tus dos ojos,
Luceros del alba,
Alumbran el cielo
De mis esperanzas.

X.

Tu nariz aguda
Como fina espada,
Los más duros pechos
Sin sentir traspasa.

XI.

Esas tus mejillas
Blancas, coloradas,
Son, niña, azucenas
Con rosas mezcladas.

XII.

Esas tus orejas
No gastan pendientes;
Aunque no te adornes
Te siguen las gentes.

XIII.

Esos tus dos lábios
Son clavel partido,
Que causan envidia
Al hermoso lirio.

XIV.

Tu boca es chiquita,
Graciosa, risueña,
Con dientes menudos,
Que parecen perlas.

XV.

Ese hoyo pequeño
Que hay en tu barbilla,
Es la sepultura
Para el alma mia.

XVI.

Tu garganta es, niña,
Tan clara, tan bella,
Que el agua que bebes
Hasta se clarea.

XVII.

Tu pecho, señora,
Es arca cerrada,
Donde prisionera
Se encuentra mi alma.

XVIII.

Esos tus dos brazos
De la mar son remos,
Que al puerto conducen
A los marineros.

XIX.

Son esas tus palmas
Tan maravillosas,
Que en flores convierten
Todo cuanto tocan.

XX.

Esos tus diez dedos,
Cargados de anillos,
Son de mis prisiones
Cadenas y grillos.

XXI.

Tu cintura es junco
Que me hace ir temblando,
Pues temo se rompa
Cuando vas andando.

XXII.

Tu pié es pequeñito,
Y el andar menudo:
Con pasos como esos
Encantas al mundo.

XXIII.

Zapatito negro
Con media calada:
Tan bella es la niña
Como recatada.

XXIV.

Ya hemos dibujado,
Maya, tus facciones;
Ahora tu Mayo
Que te las adorne.

XXV.

Quiérelo, doncella,
Quiérelo, mi dama,
Que es de buenos padres,
Y de gente honrada.

XXVI.

Me ha dejado dicho
Que vendrá mañana,
A darte los dias
De Mayo á la entrada.

XXVII.

Con esta y no más
Dejamos tu puerta:
Quédate en la cama
De flores cubierta [1].

---

[1] El *Retrato* que inserta Fernan Caballero en la página 22 de su relacion *Callar en vida y perdonar en muerte*, dice así:

Tiene tu cabeza
Hermoso peinado;
Con hebras de oro
Lo tienes formado.

Dejó de cantar el Mayo de la Vírgen, repitió la Ronda el último estribillo con toda la fuerza de sus pulmones, y marcháronse todos con la música á otra parte.

Previene la costumbre, código inmemorial de más fuerza á veces que la misma ley, que ante todo se canten los Mayos á la Vírgen en la puerta de la iglesia. Deferencia religiosa es ésta difícil de hermanar con el saborcillo profano, gentílico y amoroso de los Mayos. Preciso es, no obstante, tener en cuenta que todos los pueblos del mundo han hecho del sentimiento amoroso una especie de culto, y que tan encarnada está la religiosidad en el pueblo español (digan lo que quieran los innovadores), que toda costumbre verdaderamente popular y española principia im-

---

Tienes una frente
Que es plaza de guerra;
Donde amor triunfante
Puso su bandera.
Tienes unas cejas
Muy bien dibujadas:
No hay pincel que pueda
Tan bien colocarlas.
Tienes unos ojos,
Luceros del alba;
Que apagan sus luces
A la luna clara.
Es tu nariz fina,
Cual filo de espada,
Que á los corazones
Todos los traspasa.
Tienes unos lábios.....
Son dos coralitos,
Ya esconden, ya enseñan
Tus dientes bonitos.
Tienes una barba,
Con un hoyo en medio,

plorando la proteccion del cielo con más ó ménos solemnidades.

Obsequiada, pues, la Santísima Vírgen por su Mayo, y obtenida su vénia, continuó la Ronda su nocturna galante excursion, cantando nuevamente los Mayos bajo las ventanas ó balcones de cada una de las mozas del pueblo sorteadas ó elegidas momentos ántes.

Cada Mayo obsequió á su Maya cantando el romance consabido, mientras los demás mozos sus compañeros, le acompañaban con la música y repetian los estribillos formando coro.

Si dijese que las mozas oyeron los Mayos durmiendo á pierna suelta, ó despiertas y entre sábanas, pero como quien oye llover, faltaria primeramente á la verdad, y daria una prueba de no co-

---

Si en él me enterrasen,
Quisiera haber muerto.
  Tienes la garganta
Tan clara, tan bella,
Que hasta lo que bebes
Se trasluce en ella.
  Tienes unos brazos
Tan bien torneados.....
No los tuvo Eva
Mejor acabados.
  Tienes, niña, el talle
Como hermosa palma,
Que airosa descuella
Por entre las plantas.
  Tienes unos piés,
Pisas tan airosa,
Que por donde pasas
Florecen las rosas.
  Ya están dibujadas,
Niña, tus facciones:
Ahora viene Mayo,
Que las dé colores.

nocer á la mujer. Curiosas en extremo, la mayor parte dejaron la cama, echáronse una enagua á la cintura, un pañuelo al cuello, y con las trenzas sueltas conversaron desde el alféizar de sus ventanas con los mozos de la Ronda, dedicando durante los estribillos no pocas frases á sus Mayos; otras, más recatadas, se contentaron con presenciar en silencio la escena tras las semiabiertas puertas de la ventana; y las ménos, muy pocas, no dieron ninguna señal de vida, oyendo, sin embargo, perfectamente desde la primera nota hasta la última sílaba.

Aquella noche, á todas les retozaba la alegría en el cuerpo, muriéndose de curiosidad por saber el nombre de su Mayo, nombre que de una en una y poquito á poco oyeron ó adivinaron todas.

Tan placentera excursion terminó con el alba, quedando los Mayos roncos de tanto cantar y beber, y llenas las Mayas de ilusiones y esperanzas.

## CAPÍTULO VII.

**De cómo donde ménos se piensa salta una liebre, y de qué manera divertida y graciosa puede convertirse el silencio de la noche en descomunal tumulto.**

Cada mochuelo regresó á su olivo, y cada mozo á su casa. Entró José cautelosamente en la suya para no despertar á su padre. Precaucion inútil: el tio Tejeringo dormia como un tronco, y roncaba medio silbando. Dicen que las mañanitas de Abril son muy dulces de dormir; pero exactamente lo mismo sucede con las de Mayo. Es lo cierto que por las rosadas puertas del Oriente despuntaba el primer dia del mes de las flores, y aún continuaba durmiendo el tio Tejeringo. Dolorosamente preocupado José con su derrota, vacilaba entre meterse en la cama ó aprovecharse del sueño de su padre para participar á María la infausta nueva. El corazon triunfó por fin de la cabeza, y en vez de desnudarse, se dirigió sigilosamente y tomando mil precauciones, al balcon del huerto. Lo abrió con tanto miedo como cautela, pero sin poder impedir una especie de lastimero quejido que la puerta produjo al girar sobre sus goznes. José aplicó el oido, nada oyó, y

deslizándose por entre las puertas del balcon, salió al huerto. Alboreaba el dia, pero áun no habia claridad bastante para distinguir los objetos. La mañana estaba fresca y perfumada como una rosa. José aspiró con delicia aquel ambiente vivificador, miró en torno suyo, y libre de toda escudriñadora mirada, se acercó á la reja de su novia, y tosió tres veces, otra de las señales convenidas entre los jóvenes enamorados para ponerse de acuerdo. María tosió á su vez dentro del cuarto, contestando.

—¿Estás despierta? (preguntó José).

—No he podido cerrar los ojos en toda la noche (contestó María sin abrir la ventana).

—¿De pena?

—De desasosiego, mejor.

—¿Sabes lo que pasó?

—Lo presumo. Estuve primero esperando con ánsia oirte cantar; despues me pareció reconocer al Cojo en el que cantaba los Mayos, y se me oprimió el pecho de tal manera, que no pude dormir.

—¡Pobre María mia! ¡Yo tengo la culpa!

—Tú, ¿por qué?

—Porque me daba el corazon lo que iba á suceder, y no lo impedí pegándole al Cojo una paliza.

—Si fueras capaz de hacerle daño á una mosca, no serias mi novio.

—¿Te alegra, por lo tanto, que no le haya roto las costillas?

—Mucho.

—¿Y tambien que no seamos Mayos?

—Eso no; pero ¿qué le vamos á hacer?

—¡Maldito doblon!

—¿Un doblon le ha costado la fiesta? ¡Caro capricho!

—Mil hubiera dado yo por tí, no uno.

—Si me vendo, no habrá, de seguro, quien á tal precio me compre.

—Si te vendes, de seguro te compra el Cojo.

—¿De veras?

—Dice que se ha de casar contigo, pese á quien pese.

—¡Infeliz....! Pero á todo esto no me has dicho aún el nombre de tu Maya.

—¿Tienes celos?

—Segun quien sea.

—La más hermosa del lugar.

—¿Es Cirila?

—No tal: pica más alto.

—¿Rosa?

—Tampoco; más encopetada aún.

—Pues no caigo.

—Te daré las señas. Es la más hermosa, la más rica, la más amable, la más pura.....

—Calla..... ¡La Vírgen Santísima!

—La misma; lo acertaste.

—¡Si vieras cuánto me alegro! Ya estoy contenta: que venga cuando guste el Cojo.

—¿Le harás buena cara?

—Es igual: mientras tú seas mi novio, no le tengo miedo.

—¡Dios te lo pague, María! Me quitas una gran pesadumbre. Y ahora abre un poco la ventana y toma tu duro.

—Ya me lo darás mañana: de noche no abro.

—No, mujer, abre un poquito nada más: cuanto quepa la moneda.

—Pues déjala, y vuélvete de espaldas mientras la tomo.

El chirrido que produjo la ventana al girar sobre sus goznes despertó al tio Tejeringo. Se arrojó de la cama, tomó la escopeta, que, cargada tenia en un rincon de la alcoba, y en calzoncillos salió al corredor. Aunque la luz era poca, distinguió perfectamente á su hijo, derecho junto á la reja de la tia Moñohueco, y medio se ocultó para espiarle. Ésta, á quien no habian dejado dormir la música, coplas y gritería de los Mayos cantores, oyó distintamente los tres golpes de tos con que reclamaba José á María; pero continuó tranquila en la cama hasta que se convenció de que contestaba su hija. Entónces dejó las sábanas, se puso un zagalejo, tomó un jarro de agua, su arma favorita, y se asomó silenciosamente á cierta ventana que cae sobre la reja del cuarto bajo. El diálogo de los jóvenes al través de la cerrada reja no llegaba distintamente á oidos de la tia Moñohueco, por lo cual no quiso interrumpirlo; pero apénas María entreabrió las puertas de la ventana para tomar el duro, un chorro de agua descendió de lo alto sobre el enamorado José, y un tiro, disparado al aire como para asustar, sonó en el corredor del tio Tejeringo. La reja se cerró con estrépito. Corrió José como un gamo, saltó la pared del huerto, y como áun llevaba la llave, entró en su casa por la puerta principal, se desnudó en un segundo, y se metió en la cama, procurando hacerse el dormido. Entre tanto habíanse reconocido ya el tio Tejeringo y la tia Moñohueco, y olvidándose de sus hijos, de la hora y hasta de que se hallaban en paños menores,

principiaron á insultarse á la vez con tal fuerza de pulmon y con tanta furia, que despertaron á los vecinos, se alborotó el barrio, y en ménos que canta un gallo el pueblo todo se puso en conmocion. Aquello era una gritería general, un abrir y cerrar puertas y ventanas estruendoso, un entrar y salir contínuo, un charlar incesante. Todo el mundo se armaba, se echaba á la calle y corria sin saber por qué, ni á dónde. Formáronse inmediatamente grupos en la plaza del pueblo, y entre tanto bullicio y agitacion tanta, áun hubiese cogido al vuelo el observador los diálogos siguientes:

—¿Qué ocurre?

—Que ha entrado una partida de ladrones en el lugar y acaba de hacer una descarga cerrada á las casas del barranco.

—Cá, no señor; es que se matan los mozos en la puerta de la tia Moñohueco.

—¡Bah, justo! Lo que pasa es que se ha encendido la chimenea del tio Tejeringo, y está ardiendo su casa.

—Pues ¿qué hacemos aquí sin tocar á fuego?

—Tiene razon: ¡á la torre, á la torre y á llevar cántaros de agua!

Estas tres versiones, á cual más distantes de la verdad, circularon desde el principio con fortuna entre los grupos de la plaza. Cada cual daba crédito á la que más fuertemente le impresionaba, segun su carácter. Hubo quien creyó en los ladrones, y hasta le pareció haber oido la descarga cerrada; por cuyos poderosos motivos se retiró apresuradamente, cerró y atrancó bien la puerta de su casa, escondiéndose debajo de la cama.

Hubo tambien madre que, asomando por la ventana una verdadera cabeza de Medusa, medio dormida aún, oyó lo de la riña de los mozos, y casi desnuda y desgreñada se lanzó á la calle gimoteando y vociferando como una energúmena en busca del *cadáver* de su hijo, miéntras éste, rendido de tanto rondar durante la noche, dormia tranquilamente en la pajera. Pero, sobre todo, el repiqueteo contínuo de las campanas tocando á fuego, y los lamentos y exclamaciones de las mujeres que conducian presurosas dos y hasta tres cántaros de agua cada una para apagarlo, hicieron creer á los más que se trataba únicamente de un horrible incendio. Aquello era una alarma inexplicable, pero contagiosa, que hizo esconder bajo tierra á los cobardes y correr al campo de batalla á los valientes. Todos convenian en que los tiros (multiplicacion imaginaria, nueva operacion aritmética), y los gritos se oian hácia el barranco, por entre las casas del tio Tejeringo y de la tia Moñohueco. Las vecinas suponian haber oido ademas ayes, lamentos, insultos y otras mil cosas. Hácia aquel punto se dirigieron, pues, las turbas capitaneadas por el alcalde y el juez municipal; pero ¡cuán grande no seria su asombro al encontrarlo todo en estado normal, reinando en torno de ambas casas el mayor silencio, y conservando aún herméticamente cerradas las puertas y balcones! Los héroes de la fiesta, advirtiendo el alboroto que habian promovido en el lugar, retiráronse silenciosos á sus camas, y se hicieron los muertos. Las imaginaciones exaltadas creyeron ver, tras el silencio sepulcral de aquellas paredes, un drama horrible, y no faltó quien asegu-

rase que por el ojo de la llave se veía al tio Tejeringo tendido en un charco de sangre sobre el suelo de la entrada, y á su hijo José inhumanamente degollado á poca distancia. Para cerciorarse, agolpábase la gente junto á la cerradura de la puerta, y hasta el mismo alcalde en persona dirigió su correspondiente visual por el ojo consabido, sin que nadie lograse ver otra cosa más que oscuridad y silencio.

Sobre todo hacian un papel brillante los que en la torre tocaban á fuego con verdadero entusiasmo y las mujeres que cargadas con cántaros de agua iban llegando al sitio de la ocurrencia. Por fortuna estaba tambien entre los concurrentes el albañil del lugar, hombre tan mal intencionado como ingenioso para arbitrarse recursos. Habia tenido la prevision de traer consigo una escalera, una hacha y un pico: aunque no se veía fuego por ninguna parte, concibió el proyecto de medio destruir la casa del tio Tejeringo, con el laudable propósito de luego reparársela, y al efecto, dirigiéndose á los prevenidos contra el incendio, dijo, colocando la escala y trepando al tejado de la casa:

—Seguidme, muchachos, que por allí asoman ya las llamas. Cestas de tierra y cántaros de agua sin cesar.

Aquellas llamas no tenian humo precursor, pues nadie veía el uno ni las otras; pero nuestro albañil, poseido de la caridad más ardiente y dispuesto á perder la vida por salvar los intereses de su convecino el tio Tejeringo, emprendió la chimenea, y hachazo va, piquetazo viene, la destrozó en un momento, levantando tal nube de polvo, que tomándolo por humo, hizo creer en

el incendio hasta á los incrédulos, ovidándose inmediatamente las demas versiones. El alcalde, que hasta entónces habia estado perplejo y cariacontecido pensando en los eternos enemigos de la pátria y de la libertad, se serenó por fin, y empezó á dar las órdenes oportunas para cortar el fuego y evitar que el lugar fuese pasto de las llamas.

—¡Agua, venga agua! (gritaba entre tanto el albañil).

Y el tejado de la casa se cubrió en un momento de hombres, que hacian pasar de mano en mano los cántaros llenos de agua hasta las del héroe albañil, que los vaciaba por la chimenea, inundando el hogar y la cocina. De vez en cuando arrojaba alguna que otra cesta de arena, y para agrandar el boquete y aumentar los destrozos suspendia á lo mejor ambas lluvias y emprendia con el hacha las vigas del tejado.

Muerto de miedo escuchó al principio el tio Tejeringo el alboroto que se oia alrededor de su casa, y que aumentaba gradualmente, inspirándole verdadero pavor. Hecho un ovillo entre las sábanas, ni se atrevia á moverse ni á respirar siquiera.

—¡Ay.....! ¡ay.....! ¿Qué va á ser de mí.....? Cuando sepan que todo lo he movido yo me arrastran (pensaba el pobre hombre). ¡Ay.....! Y de seguro, esa bruja me descubre..... No me vale la bula de Meco, me descubre.....

En estas y otras lamentaciones parecidas se ocupaba cuando oyó derrumbarse con estrépito la chimenea. Al miedo sucedió el coraje, dió un salto, se puso los calzones, cargó la escopeta con sal, que por fortuna era lo único que á mano te-

nia, y echando venablos por aquella boca se dirigió á la cocina. Reconoció al albañil, que abierto de piernas, y apoyando los piés uno en cada lado del boquete, continuaba con calor su obra destructora, y sin encomendarse á Diós ni al diablo le descerrajó un tiro en las posaderas. Lanzó un ¡ay! lastimero el albañil, vaciló sobre los piés, pero, por dicha suya, acudieron á tiempo los más próximos, y separándole del boquete, evitaron que diese con su cuerpo sobre los morrillos del hogar del tio Tejeringo.

—¿Qué ha sido eso? (le preguntaron).

Recapacitó el albañil, disminuyó entre tanto el gran escozor que le habia producido la sal, y comprendiendo que no le convenia descubrirse, contestó:

—Nada, nada.....: un vahido que me ha dado al apagar el último fuego.

—¿No ha oido V. un tiro?

—Sí, le he dicho yo al tio Tejeringo que lo disparase para apagar el humo de la chimenea que se habia encendido.....

—¡Ah!..... Eso es otra cosa. Y ahora ¿qué hacemos?

—No hay ya nada que hacer. Gracias á Dios hemos apagado el incendio; con que, bajémonos.

El tio Tejeringo, que no habia perdido sílaba de esta conversacion, se decidió por fin á presentarse en público, dispuesto á sostener la farsa del incendio para evitar mayores males, y abrió la puerta.

Como durante la funcion se habia hecho el sordo á los fuertes y repetidos golpes con que pretendieron despertarle para que abriese, al verle salir, le rodearon todos con muestras de regocijo. José

continuaba haciéndose el dormido. La tia Moñohueco creyó imprudente permanecer oculta por más tiempo, y se presentó en la calle tambien. El alba se habia convertido en dia, por último, é iluminaba por completo la escena.

—Vamos, ya está aquí el tio Tejeringo (dijeron al verle).

—¿Se ha asustado V. mucho? (le preguntó el alcalde).

—Pues ¡bah! un poquillo, para el gasto (contestó impertérrito).

—Pero, hombre, ¡qué manera de dormir! Aquí alborotando todo el pueblo y aporreando la casa, y V. quieto que quieto. Se conoce que dormia V. como un bienaventurado.

—Sí, señor, sí, señor, á pierna suelta: no he oido una mosca.

—¿Y cómo se ha prendido fuego?

—Hombre, dificilillo es averiguarlo, pues ya les he dicho á VV. que dormia como un santo varon cuando me despertó el estrépito que produjo la chimenea al derrumbarse. No me ha hecho mucha gracia que digamos.....; pero, en fin, mejor está deshecha que quemada.....

—¿Y el peligro que han corrido VV. de asarse vivos?

—Tiene V. razon..... sí, señor..... sobre todo el peligro de asarnos..... vivos nada ménos..... ¡Hubiese sido horroroso! (Entre tanto murmuraba por lo bajo): ¡Canalla de albañil....! ¡Hundirme la chimenea y deshacerme el tejado....! ¿Habrá ladron como él....? Y todo por esa maldita vieja de Moñohueco..... ¡Que me aspen si no me la pagan los dos!

## CAPÍTULO VIII.

**Donde los Mayos se dan los buenos dias y empieza á descubrirse la hilaza de esta burda trama.**

Poco suelen dormir las Mayas durante la noche del 30 de Abril al 1.° de Mayo, porque es difícil conciliar el sueño cuando están fuertemente impresionados los sentidos, y *la loca de la casa*, como llamaba Malebranche á la imaginacion, empuña las riendas del gobierno. El motin producido al amanecer por el disparo del tio Tejeringo, convertido para su castigo en fuego imaginario y destruccion real, fué tambien causa poderosa para que, durante la madrugada, nadie durmiese. Prescindiendo de que los montañeses tienen la saludable y poética costumbre de madrugar, aquel dia sobre todo levantáronse apénas amaneció. Aunque no era fiesta, las mozas barrieron y regaron sus casas, recogiéndolo todo y poniéndolo limpio y en órden. En sus personas se notaba tambien cierto esmerado aseo, y en sus adornos desusada coquetería, que innato es en la mujer el deseo de agradar. ¿Será, acaso, la festividad del Santo Patron del pueblo? ¿Esperarán visitas ó huéspedes? Se trata sólo de que el Mayo

nuevo va á empezar sus galanterías cumpliendo lo prometido en aquella copla:

Me ha dejado dicho
Que vendrá mañana,
Á darte los dias
De Mayo á la entrada.

Y en efecto, la Maya espera ansiosa en la puerta de la calle. Momentos despues llega el Mayo y la saluda diciendo:

—Aquí me tienes, Cirila.

—Bien venido, *Jeromo* [1].

—Me *paice* [2] que no me esperabas.

—Al contrario, conocí anoche tu voz, y sabia que nos ha favorecido la suerte.

—Ó los cuartos, lo mismo da.

—¿Me has escogido?

—¡Podias dudarlo!

—Siento que te hayas gastado el dinero.

—Pero ¿sientes ser mi Maya?

La moza, en vez de contestar, baja los ojos y se ruboriza. Inútil es advertir que ántes de ser Mayos eran ya novios.

Con otros sucede á la inversa. La casualidad los hace Mayos, el trato los trasforma en novios, y el amor termina ante el altar la comenzada obra.

Entónces la entrevista de los buenos dias tiene otro carácter. Ni la Maya espera ansiosa en la puerta, ni el Mayo penetra en la casa sin anun-

---

[1] Por Jerónimo.

[2] Por parece.

ciarse préviamente, gritando: *¡Ave María!* ó *¡Deo gracias!*

En todo caso, el Mayo toma el aguardiente con los hombres de la casa, los cuales le invitan á almorzar, convite que acepta, porque así lo exige la costumbre.

El almuerzo se verifica más tarde, y en familia, obsequiando al Mayo lo posible y á su manera. Reina cordialidad completa entre los comensales; comen sin cumplidos ni miramientos; hablan con franqueza absoluta; los que tal vez ni se saludaban momentos ántes, concluyen por ser amigos, y por considerarse casi como indivíduos de la misma familia.

Desde aquel momento, pública y notoriamente son ya Mayos el uno del otro, y empiezan á portarse como tales, siempre que la costumbre lo pide ó lo reclama la simpatía.

María, que sabía perfectamente á qué atenerse, tanto respecto al sorteo de Mayos como al tumulto, se levantó á la hora acostumbrada, se vistió modestamente como todos los dias, se puso la mantilla, y salió de su cuarto.

—Buenos dias, madre (dijo al encontrar á la tia Moñohueco en la cocina). ¿Ha dormido V. bien? (Y besó respetuosámente su mano).

—¡Qué he de dormir, ladina zalamera....! ¿Áun me lo preguntas despues de haber tenido tú la culpa del motin de anoche?

—Madre (contestó bajando los ojos y ruborizándose) yo no hice más que abrir un poquito la reja, porque se empeñó José.

—¿Y qué necesidad tienes tú de hablar con José, ni con nadie, á altas horas de la noche?

María se echó á llorar, y despues de un rato de silencio, dijo entre sollozos:

—Vino á participarme el resultado del sorteo.

—No llores, bribonzuela, no llores.....¿Y quién es tu Mayo?

—El Cojo.

—¿Te habrá elegido?

—Sí, señora: un doblon le costó el capricho.

—¡Cáscaras! ¡Un doblon! ¿Estaria borracho?.... Pues mira, ya puedes ir arreglándote un poco, que vendrá luégo á darte los dias.

—¿No quiere V. que vaya á misa? Están tocando las últimas campanadas.

Pensó la tia Moñohueco que convenia al éxito de sus planes recibir ella sola al Cojo, y contestó:

—Marcha, hija, marcha, y pídele á la Vírgen que te depare un buen novio.

Maruja se arregló la *mantellina*, como se llama en Vallehermoso, y se alejó pensando en su novio. La tia Moñohueco se quedó aseando la casa y preparando el almuerzo.

José fué tambien al templo á dar á su excelsa Maya la Vírgen los buenos dias. Oyó misa con devocion singular, y terminada, al volver una esquina, encontró á Maruja, emprendiendo juntos la vuelta á sus casas.

—En tí pensaba, María.

—¿A qué santo?

—Me figuré que estarías almorzando con el Cojo, y sólo de pensarlo me moria de pena.

—Pues estaba como tú, en misa.

—No te he visto.

—Yo sí.

—Tambien ahora verás al Cojo.

—De seguro me está esperando.

—¡Dios me valga! ¡Como si no tuviéramos bastante con el geniazo de nuestros padres para que venga ahora ese cernícalo á enredar la madeja!

—Ponlo todo en manos de la Vírgen.

—Y en las tuyas. Pero dime, María: ¿tú le has hecho caso alguna vez al Cojo?

—Nunca.

—Entónces no comprendo su empeño en quererte, sabiendo que no le correspondes.

—Es tonto.

—Pero rico.

—El oro no aguza el ingenio.

—Pero ablanda pechos endurecidos y toma fortalezas.

—¿Tienes miedo?

—Sí; tu madre nos hará una mala partida, aunque no sea más que por darle en la cabeza á mi padre, y por el gustazo de tener por yerno al más rico del lugar.

—No lo creas, mi madre es fuerte de genio, pero se le pasa pronto, y entónces no sabe qué hacerse con su Maruja.

—¡Dios te oiga!

—Lo has de ver muy pronto.

—Entre tanto, chiquita, no gastes mucho *palique* con el Cojo.

—¡Si no sabe hablar....!

—Para darme celos sabe demasiado.

—¡Pobre Cojo!

—¿Empiezas á compadecerle? Malo.

—¿Quieres que no le mire á la cara?

—Eso no es posible, siendo tu Mayo.

—Pues fuera celos tontos, y ármate de paciencia, sobre todo en el baile.

—Si yo fuera rico, me importarian poco todos los bailes del mundo.

—Pues sabe que yo no quiero riquezas.

—Pero puede quererlas tu madre.

—En fin, chico, lo que fuere sonará. Buen ánimo, y no me olvides. Adios.

—Adios, María; tú eres la que no ha de olvidar.

En la puerta de la tia Moñohueco, abierta siempre, como todas la del lugar, y á disposicion del primero que quiere atravesar sus umbrales, gritaba entre tanto el Cojo:

—¡Deo gracias!

—A Dios sean dadas (contestó la dueña de la casa).

—¿Se puede pasar?

—Adelante.

La gayata del Cojo sonó repetidas veces en la escalera y pasillo.

—Buenos dias, tia Engracia.

—Muy buenos los tengas, Andres. ¿A qué es debido tanto bueno por mi casa?

—¡Je! ¡je! (contestó el Cojo, sentándose á la lumbre y sonriéndose lo más graciosamente que supo). Pregúnteselo *usté* á Maruja.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Con que tambien María lo sabe?

—Lo presumo, porque debió conocerme cuando le *eché* anoche los Mayos.

—¿Te tocó en suerte mi hija?

—No, señora, que la escogí.

—¡Buen tonto fuiste de gastarte en ello los cuartos!

—¿*Pa* qué los quiero? ¿No sabe *usté* que mi padre me da *munchos?*

—Tienes razon; pero ¿te costaria poco?

—¡Caspitina, poco..... y me costó cinco duros!

—Mucho dinero es ese: ¿lo sabe tu madre?

—No, señora; no se lo hemos querido decir *pa* que no arme *camorra*. Mi padre, cuando lo supo, me dijo: «Bien hecho, Andres; si te gusta Maruja, no consientas que se la lleve ningun *pelagatos*.»

—¡Qué diablo de muchacho! Pero ¿no sabes que ya está amonestada con José Tejeringo?

—Sí, señora: cuando leyó el cura las amonestaciones tuve un disgusto muy grande; no comí en dos dias; pero ahora ya me ha vuelto el alma al cuerpo, porque todo el lugar dice que, como han reñido VV., ya no se casan. ¿Es verdad, tia Engracia?

La tia Moñohueco no pudo contestar, porque su hija, algun tanto cabizbaja, pero gentil siempre, entró en la cocina diciendo:

—Buenos dias.

—*Retebuenos* los tengas, Maruja (contestó el Cojo). ¿Sabes que somos Mayos?

—¿De veras? ¡Qué casualidad!

—¡Je! ¡Je! ¡Casualidad, y me costó un doblon!

—Pues ¿quién subió tanto?

—¿Quién habia de ser? José Tejeringo.

—Chico, calla; y ¿tenia José cinco duros? (preguntó la tia Moñohueco).

—Por lo visto, no tenia más que dos, y *pué* que fuesen *prestaos*.

María se ruborizó y salió de la cocina.

—¿Y ofreció dos duros?

—Sí, señora; pero ni un *chavo* más. Luégo me penó haber dado tanto, porque me *paice* que con dos duros y medio hubiese sido lo *mesmo;* pero cuando él dijo: «¡Dos duros!» me quemé, y grité yo: «¡Un doblon!»

—¿Se quedarian bizcos? (preguntó la abuela).

—¡Je! ¡Je....! Lo que hicieron fué reirse en grande, porque no les ha costado la broma ni siquiera un *perro chico*.

María salió entónces, trayendo en una mano un vasito como un dedal y un *porron* en la otra, ambos de vidrio, y llenó aquel ofreciéndoselo al Cojo, diciendo:

—Andres, aquí tienes el aguardiente.

—A tu salud, Maruja (dijo el Cojo vaciándolo de un sorbo y dándole un beso en la base).

—Gracias.

—¿Cuándo querrás almorzar, Andres?

—Cuando VV. gusten, tia Engracia.

—Los *gazpachos* están hechos. Voy á freir unas magras, y almorzaremos.

—Corriente.

Recogió María los cacharros del aguardiente y se retiró, aparentando quehaceres.

—Pues me habian dicho, Andres (añadió con socarronería la tia Moñohueco) que te casabas con Cirila Martinez.

—Sí, señora; eso *se corrió* por el lugar; pero nunca le he dicho *por ahí te pudras*.

—Pues es una guapa chica.

—Me gusta más Maruja.

—Pero Cirila es rica, y mi María no.

—¿Y *pá* qué *quió* yo tanto dinero, tia Engracia?

—Dices bien; tu padre es el *mainate* mayor del lugar, y tú su hijo único.

—Y luégo que mi tio Mariano *pué estirar la pata* el mejor dia, y estoy nombrado su heredero.

—Pues es mucho que no te han dado estudios.

—Mi padre dice que *pa* ser rico no se necesita calentarse la *mollera*. Mi tio Mariano se empeñó en que, cuando ménos, fuese dos ó tres años á la escuela; pero nunca pude aprender *la Jesus*..... ¡Je! ¡je....! (Aquí se reia como un sándio)..... y *aluego*, como el *siñor* maestro me estiraba las orejas y me llamaba burro á todas horas..... ¡Je! ¡je....! *mos* burlamos *dél*, no volviendo yo más á la escuela y no pagándole un *rial* en dos años que fué mi padre alcalde..... ¡Je! ¡je! ¡je!.....

—Pero oye, oye; ¿qué dice tu padre de Maruja?

—De Maruja no dice nada; pero quiere que haga yo en todo mi santísimo gusto.

—¿Y tu madre?

—Mi madre quisiera que me casase con la más rica del contorno.

—Pues será lo que tu madre quiera.

—Sí; *¡bonico* es el genio de mi padre para dejarla *mangonear!* La tiene metida en un puño.

—¿Qué me cuentas? (Aunque demasiado lo sabía la tia Moñohueco, que añadió gritando): Sal, Maruja, que ya está el almuerzo.

Salió la moza, puso una escañeta junto á la losa del hogar, la cubrió con limpia carpeta de lana, colocó encima una tabla, acercó tres sillas, apoyó en la tabla la sarten, la cual sostenía por el mango, y haciendo los tres una cruz con las cucharas de madera sobre los gazpachos, empezó

el almuerzo. Terminado, se despidió Andres lo más amablemente que supo, y salió de la casa contoneándose regocijado; quedó María disgustada y pensativa, y ocultando cuidadosamente sus planes la tia Moñohueco.

## CAPÍTULO IX.

**Serenata, comentarios en paños menores, enramada nunca vista, pañuelo y baile final.**

La luna, que respecto á Mayos y Mayas podemos llamar, si no de miel, de hojuelas á lo ménos, empieza con el mes de las flores, y termina en 24 de Junio, dia de la Natividad de San Juan Bautista. Esta primavera galante y amorosa se solemniza, como veremos, de diferentes maneras, entre las que menudean y sobresalen los bailes al aire libre.

Celébranse los bailes ordinariamente todos los dias festivos por la tarde, en la plaza del lugar, al son de la música de la Ronda. Durante las fiestas de los Santos Patronos del pueblo, se baila tambien por la noche, y las guitarras ceden entónces el campo á los tamboriles y dulzainas. Los bailes de los montañeses son, generalmente hablando, animadísimos y bulliciosos, pero honestos. Bailan, porque el movimiento acompasado de los órganos, para expresar alegría, es natural y placentero al hombre, sobre todo cuando le llevan el compas con instrumentos músicos. No es el baile para ellos un pretexto, como generalmente pasa entre ciudadanos. Cuando aquéllos bailan po-

nen sus potencias y sentidos en el baile, se mueven con agitacion febril hasta sudar la gota gorda, y no les importa un ardite que su pareja baile á media legua de distancia. En los salones lo esencial es la sensualidad concupiscente: el baile es lo de ménos. En el campo lo importante es el baile, y sólo el baile. Por esto en aquéllos las parejas se aproximan, entrelazan y estrechan siempre. En éste son desconocidas semejantes liviandades é indecencias. Para los primeros se han inventado, por lo tanto, los «walses, polkas schotis y habaneras;» las jotas, fandangos, seguidillas y zorzicos son patrimonio exclusivo de los segundos.

Pues bien; desde el dia 30 de Abril hasta el 24 de Junio todo Mayo tiene obligacion de empezar estos bailes públicos y al aire libre con su Maya. Cumplida esta deferencia galante, ya puede bailar con las demas mozas.

El cojo Andres Aguirre era un Mayo modelo, y jamas eludió sus obligaciones. Excitaban la hilaridad general sus contoneos y saltos ridículos; pero nunca toleró que su Maya María Moñohueco principiase el baile con otro.

Muerto de celos, y sin perderlos de vista, bailaba, entre tanto, José, el Mayo de la Vírgen, con Fernanda, la Maya del Divino Niño. Terminado el primer baile, los novios se despachaban á su gusto, bailando siempre juntos todos los demas. Generalmente el Cojo era la materia obligada de sus conversaciones, pues sabido es que los enamorados encuentran un singular encanto en reñir frecuentemente, y con cualquier frívolo pretexto, para tener despues el gusto de hacer las paces.

Todo Mayo tiene ademas obligacion de dar serenata á su Maya una vez á lo ménos durante la temporada dicha. Los mozos de Vallehermoso llaman á esto *echar una música*. Al efecto, invita el Mayo á sus compañeros los músicos de la Ronda, los cuales se prestan gustosos, á condicion de que les humedezcan de vez en cuando el gaznate. Redúcense, por lo comun, estas serenatas á la jota aragonesa *rasgada*, y á las coplas que los mozos poetas componen. No obstante, los partidarios de las añejas costumbres del lugar, como si dijéramos los *tradicionalistas*, tienen para estos casos las obligadas canciones que veremos.

Era el dia 3 de Junio, víspera de la Pascua de Pentecostes. Los últimos momentos del sábado despedíanse de los primeros del domingo, dándoles la enhorabuena por su feliz llegada. La noche estaba hermosa. Millares de estrellas resplandecian en el oscuro firmamento. Tan grande era el silencio de la naturaleza, que se oian perfectamente á lo léjos el contínuo murmurar de las aguas del rio y el susurro producido por la blanda brisa entre las hojas de los pinos, arpas eólicas de los montes.

Todos dormian profundamente en las casas del barranco. La jota aragonesa, primorosamete ejecutada por guitarras, cítaras, bandurrias y una flauta, se oyó de pronto en la puerta de la tia Moñohueco. Los armoniosos sones esparciéronse rápidamente por el pueblo, llenaron el valle y fueron á morir en los vecinos montes. Contra lo acostumbrado en casos semejantes, nadie desplegaba los lábios: parecian músicos mudos.

Pobre y destemplada voz entonó de repente las

conocidas canciones de la música, que siguen. La Ronda repetia en coro los últimos versos:

Dicen así.

I.

Paso pasito vengo
Acercándome á tu reja;
Te ruego, Maya, esta noche,
Que estés un rato despierta.

II.

Dame licencia, señora,
Para en tu puerta cantar;
Y verás cuanto te quiere
Este corazon leal.

III.

Con licencia de mi Maya
Y ayuda de compañeros,
Empezaremos cantando
De la ley los Mandamientos.

IV.

En el primero nos mandan
Sobre toda cosa amar;
Y es tanto lo que te quiero,
Que no te puedo olvidar.

V.

No jurar en vano dice
El mandamiento segundo;
Y yo he jurado quererte
Miéntras se quiera en el mundo.

VI.

Contra el tercero no estuve
En misa con devocion,
Pues te pusiste delante
Robándome la atencion.

VII.

Contra el cuarto, les perdí
A mis padres el respeto,
Sólo por verte y hablarte
En público y en secreto.

VIII.

Contra el quinto, no he matado
Á ninguno, vida mia;
Pero si á otro hombre quisieras,
Entónces no sé qué haría.

IX.

Contra el sexto, no he pecado,
Que tu amor la carne enfrena:
Basta, niña, contemplarte,
Para respirar pureza.

X.

Contra el sétimo, no hurté
La cosa más chica á nadie;
Sólo les quisiera hurtar
La voluntad á tus padres.

XI.

Contra el octavo, ni miento
Ni he sido falso testigo,
Como mienten testimonios
Sólo porque hablo contigo.

XII.

Contra noveno, ni áun miro
Jamas ajena mujer;
Sólo te deseo á tí,
Y á tí sola he de querer.

XIII

No codicio de mi prójimo,
Contra el décimo, los bienes;
Ni hay riquezas en el mundo,
Como la sal que tú tienes.

XIV.

Aquestos diez mandamientos
Sólo se encierran en dos:
En que te quiera y me quieras,
En servir y amar á Dios.

XV.

Los Sacramentos, mi Maya,
Tambien te quiero cantar;
Estame atenta un instante
Que te los voy á explicar.

XVI.

El primero es el Bautismo:
Sé que fuiste bautizada
En la pila de la iglesia,
Para ser mi enamorada.

XVII.

Segundo Confirmacion:
Tambien estás confirmada,
Que te confirmó el Obispo
Para ser, niña, mi Maya.

XVIII.

El tercero, Penitencia:
Yo penitente he de ser
Hasta que quieran tus padres
Que tú seas mi mujer.

XIX.

El cuarto la Comunion:
Recíbela con anhelo,
Que si la tomas en gracia,
Seguro tienes el cielo.

XX.

El quinto la Extremauncion,
Y con él la muerte fria;
No pensemos en tal trance,
No pensemos, vida mia.

XXI.

El sexto, Sacerdotal:
Sacerdote no he de ser,
Que apénas ví tu hermosura
Libros y hábitos colgué.

XXII.

El sétimo, Matrimonio:
Hagamos punto final,
Que si quieres y yo quiero,
Niña, nos han de casar.

XXIII.

Con Dios te queda, mi Maya;
Quédate con Dios, lucero;
Que se ha portado tu Mayo
Como cumple á un caballero.

Esta copla la cantaron todos, alejándose. Las demas las canta generalmente el Mayo. Si no sabe, ó no puede, lo hace cualquiera de sus amigos, ó varios alternando. La tonada de la música es la popular, conocida en toda España, de la jota aragonesa, ménos sentimental y monótona que la de los Mayos, pero más bulliciosa y alegre. Las Mayas escuchan aquélla en la misma forma, poco más ó ménos, que éstos. Profundísimo ha de ser su sueño para que no se despierte la jóven bajo cuya reja hablan las guitarras y canta su novio ó Mayo.

Ninguna ventana se abrió en casa de la tia

Moñohueco. En cambio, algunas vecinas asomáronse á las suyas, despeinadas y soñolientas, entablando la conversacion siguiente:

—¿Has oido, Fernanda?

—Sí, Cirila; no he perdido una copla.

—Me ha parecido el Cojo.

—Tambien á mí.

—Pues entónces es que le ha *echado la música* á su Maya.

—Hija, y ¡qué divinamente lo han hecho!

—Pero el Cojo ha cantado muy mal.

—El pobre no sabe hacerlo mejor.

—La fortuna que el acompañamiento iba bueno. ¿Quiénes serian los músicos?

—Serán de Albarracin. El que tocaba la flauta me ha parecido Dorates.

—¿Es posible que los haya hecho venir adrede?

—Rumboso está Andres con María.

—Pues pierde, de seguro, el tiempo. Para Maruja no hay en el mundo más mozo que Tejeringo.

—No sabe lo que se pierde: áun lo pensará.

—No lo creas.

—¡Cómo ha de ser! Más vale un gusto que cien panderos. Si yo estuviera en su piel..... pero nunca falta qué comer al que no tiene dientes.

—Cirila, me vuelvo á la cama, que es muy tarde. Buenas noches.

—Adios, Fernanda, que duermas bien.

Pasaron algunos dias, durante los cuales el Cojo continuó impertérrito el asedio de su Maya sin dársele un comino de los celos de José ni de

los desdenes de María. Aunque simplon, tenia tambien sus puntas y ribetes de bellaco, y no sin fundamento adoptó por mote aquel refran: «Pobre importuno, saca mendrugo.» Echaba el resto, como hemos visto, en el cumplimiento de sus deberes de Mayo, y todos se hacian lenguas de su *enramada* ocho dias ántes de ponerla. A toda costa se habia propuesto convertir á María, de Maya en novia. Si logró su intento, lo sabrá el que tenga paciencia y leyendo siga.

Son las *enramadas*, segun dije en el capítulo preliminar, uno de los episodios más bellos de los Mayos. Como claramente lo da á entender su nombre, consisten en adornar con verdes *ramas* de árboles y *ramos* de flores un sitio ú objeto. ¿Quién no ha visto tapizadas de flores y follaje las puertas de la iglesia y algunas calles y plazas por donde ha de pasar la procesion del *Corpus?* Los modestos arcos triunfales que se improvisan en algunas fiestas, las ventanas y balcones de ciertas casas, los altares al aire libre, vestidos y adornados con frescas ramas, yerbas aromáticas y pintadas flores, ¿qué son más que *enramadas?*

Tambien, pues, los galantes Mayos serranos, á imitacion de sus predecesores los *pelimetres* griegos, romanos y árabes, adornan con enramadas los balcones, rejas ó ventanas de sus Mayas.

Las hacen de una rama grande de cerezo, ciruelo ó álamo, si no hay otra cosa, cuya punta más delgada y alta doblan en arco hasta unirla con el tronco, donde la atan fuertemente, el cual sirve de pié ó mango. Entretejen las ramitas del centro, amoldan al arco las de los lados, y queda

la enramada de la figura de una gran pera aplastada. Esta armazon la cubren por completo con gordas y sazonadas cerezas, distribuidas en ramilletes que van cosiendo al follaje, y en cuya operacion gastan á veces más de una arroba. Los Mayos rumbosos entretejen con las cerezas y hojas de la enramada capullos de rosa, naranjas y hasta cucuruchos de dulces. Muchos se contentan con colgar del centro un lazo formado por un par de chillonas ligas, en las que, en letras como avellanas, se lee: «¡Viva mi dueño!»

Fabrican estas enramadas con el mayor sigilo, y el dia de San Juan, ántes de amanecer, los Mayos, ayudándose unos á otros, escalan los balcones y rejas de sus Mayas, donde las dejan, atándolas fuertemente á los hierros.

No faltan á veces Mayos perversos ó novios desairados que, en vez de enramada, y á altas horas de la noche, cuelgan en secreto de las ventanas de algunas mozas sartas de calabazas, huesos, ó cuernos.

Amaneció por fin el dia del Santo Precursor, y para tomar la *sanjuanada* madrugaron todos los habitantes de Vallehermoso, no siendo las mozas las últimas que salieron á la calle. Corrian unos á lavarse en las fuentes cabeza, cuello y brazos; tomaban otros un baño completo en los pozos del rio; sumergian éstos sus cabras y demas animales enfermos en el agua, que las abluciones de la mañanita de San Juan limpian para todo el año; recorrian aquéllos, y especialmente aquéllas, calles y plazas para ver las enramadas que las Mayas tienen muy buen cuidado de lucir en sus rejas y balcones hasta despues de

misa mayor. ¡Qué satisfaccion tan completa se leia en los frescos y sonrosados rostros de las obsequiadas con tan rico presente! ¡Qué tristeza la de las pobres mozas cuyos Mayos no han querido ó no han podido enramar sus ventanas ni con una cereza ni con una flor!

Un grupo de mozas, frescas como manzanas y alegres como castañuelas, contemplaba con envidia bulliciosa la enramada de María Moñohueco. Con razon habian hecho alto ante aquella hermosa enramada. Su armazon era una rama de cerezo tan grande, que parecia un árbol entero. Como en la Sierra no los hay, tuvo el Cojo que hacerla traer á gran costa de Ademuz. Dos arrobas de gordas cerezas de Monzon, artísticamente distribuidas en racimos, entretejidos con rosas aromáticas, cubrian casi por completo las hojas de la rama; tres docenas de naranjas de Carcagente adornaban el contorno; un dorado cucurucho de dulces, sujeto por ligas de seda formando lazos, resplandecia en el centro; y unas cuantas varas, por último, de ancha cinta verde de seda, símbolo de esperanza, sujetaban el mango de la enramada á los hierros del balcon. Todo era en ella rico, perfumado, y, para Vallehermoso, hasta de buen gusto.

María vió su enramada con asombro, la examinó detenidamente con placer y mirándola y remirándola hasta llegó á parecerle el Cojo ménos feo y antipático. Dádivas quebrantan peñas.

Cuando José lo supo y la vió despues con sus mismos ojos, quedó en tal estado, que se le podia ahogar con un cabello.

Las Mayas favorecidas regalan, en cambio, á

sus Mayos un pañuelo de pita para la cabeza, que á manera de cercillo, lucen éstos con mucho garbo, doblándolo en forma de cinta y haciendo con sus puntas un lazo en el lado izquierdo. Las demas pagan el olvido de sus galanes en la misma moneda.

La tia Moñohueco quiso que su hija correspondiese á su Mayo regalándole el mejor pañuelo de seda, para la cabeza, que se halló en los comercios de Albarracin.

La víspera de San Juan se plantó tambien en la plaza de Vallehermoso un *Mayo*, esto es, un derecho y altísimo álamo, perfectamente pelado, y con una pequeña copa en la punta. Este Mayo es en algunos pueblos una verdadera cucaña, cuyo espectáculo produce grande algazara y diversion.

Bajo su amparo se verificó al dia siguiente, despues de vísperas, el último baile obligatorio para Mayos y Mayas. Con él terminaron por completo las relaciones que podemos llamar *oficiales* entre aquéllos y éstas, quedando todos en libertad para escoger pareja en los sucesivos bailes.

El Cojo lució aquella tarde el bonito pañuelo que le regaló María, y bailó con ella, para despedirse sin duda, más de lo acostumbrado.

José brilló por su ausencia.

## CAPÍTULO X.

**«Post nubila Fœbus,» que quiere decir en cristiano: Las explicaciones desvanecieron la tormenta, salió el sol, y descargó la tempestad sobre las costillas del tio Tejeringo.**

Al anochecer del dia siguiente hízose José el encontradizo con María, junto á la acequia del molino. Habia ido por agua, y regresaba su novia al lugar, por el camino de Castillejos. Juntos emprendieron la vuelta sin desplegar los lábios. Para los dos era difícil la situacion. José rompió el primero aquel injustificado silencio, y dijo:

—María, esto no puede continuar así.

—¿Cómo ha de continuar, pues?

—Ó herrar, ó quitar el banco.

—No te entiendo.

—Digo que quiero saber á qué atenerme.

—Tambien yo.

—¿Tú? ¿por qué?

—¿Y tú?

—Porque el Cojo parece que adelanta mucho en tu corazon.

—¡Áun cómo has dicho *parece?*

—Como no me consta.....

—No hables entónces.

—Lo dicen por el lugar.

—Pues por el lugar mienten.

—¡Vamos! ¡Que la música que te echó!....

—Aunque la oí, ni me levanté, ni se abrió mi ventana.

—¡Si me han dicho que estuviste hablando largamente con Fernanda!

—Pues te han engañado como á un chino; fué Cirila.

—Pero la enramada dichosa, bien te gustó.

—¿Y qué tiene eso de particular? ¿Tambien te hubiera gustado á tí. Lo bueno á todo el mundo gusta. Áun te guardo unos dulces del cucurucho.

—¡Buen provecho! Yo no tomo nada que huela á patas torcidas.

—Pues lo único que te puedo decir es que huelen á rosas.

—Me han dicho tambien que le regalaste un pañuelo lujoso.

—Eso fué cosa de mi madre; yo se lo hubiera regalado como todas las Mayas.

—¡Vamos! Dime la verdad, María; el Cojo ya no te disgusta como ántes.

—Como Mayo se ha portado conmigo admirablemente, y nada tengo que reprocharle; como novio, lo detesto.

—¿Es verdad?

—¿Te la he ocultado alguna vez?

—¡Bendita sea tu boca! Me vuelves la vida.

—Ahora empiezo yo. ¿Por qué no viniste al baile el dia de San Juan?

—Porque me moria de coraje y de celos. Si voy

y os encuentro bailando, no hubiese sido dueño de mí mismo, y hago alguna barbaridad. Por eso quisiera yo que esto acabase lo ántes posible.

—Pero..... ¿cómo?

—Le podia decir tu madre á mi padre que estamos decididos á casarnos, y que, si no accede, armaremos un escándalo.

—¡Valiente cuidado le dan á tu padre los escándalos!

—Pues no veo otro camino.

—Se lo encargaré, y sacaremos lo que el negro del sermon.

—Esa es harina de otro costal; me parece que tu madre está por el Cojo.

—No lo sé; pero ya te he dicho otras veces que no se atreve á disgustar á su Maruja.

—Malo va esto, María, malo va esto.

María enternecida, contestó:

—Acude, como yo, á la Vírgen, y dejemos lo demas en manos de Dios.

—Así lo hago, María; pero tú, ¿me quieres como siempre?

—Sí, José, sí: te quiero, y te querria doble si supieses sacarme de estos apuros; porque, ¿qué puedo hacer yo, pobre de mí.....?

La respuesta la darán los acontecimientos.

Los novios se separaron más tranquilos, pero angustiados y temerosos siempre.

Eran fundados los recelos de José. Mucho habia que temer de la tia Moñohueco, dada la tirantez acre de sus relaciones con el tio Tejeringo, y el acaudalado yerno que se le metia por las puertas. Bañábase la tia Engracia en agua rosa-

da siempre que podia contrariar á su vecino, y gozaba lo que no es decible incomodándole. Esta especie de diversion ó esparcimiento que le proporcionaba gratis la irritabilidad del tio Tejeringo, calmaba en parte las heridas de la tia Moñohueco hasta el punto de que con un poco de habilidad no hubiese sido difícil reducirla al buen camino, convirtiéndola de enemiga en defensora insigne de los enamorados mozos. Sin embargo, José no tenia al efecto sobre la madre de su novia la necesaria influencia, y María era demasiado apocada é inocente para profundizar tanto la materia y sacar de las circunstancias buen partido. Su recurso supremo consistia en llorar hasta enternecer con sus lágrimas á su madre. Tanta elocuencia hay, no obstante, en las perlas líquidas, que, humedeciendo campos de azucenas y rosas, corren por las mejillas de una jóven, sobre todo si es hija, que, en manos más expertas, hubiese sido el recurso dicho poderoso. Razonables eran, pues, las esperanzas de María. Todo dependia del curso de los acontecimientos, y quedaba, por lo tanto, reducido todo á imprimirles la direccion conveniente.

En realidad estaba completamente abandonado el proyecto de boda convenido entre las Moñohuecos y los Tejeringos. Las intemperancias de los padres hacian imposible el matrimonio de los hijos. Al tio Tejeringo, sobre todo, no habia que hablarle, ni áun en broma, de semejante asunto. La tia Engracia era la esperanza única de los novios. Comprendiéndolo así, y trascurrido el tiempo necesario para que las heridas producidas por la lengua del tio Tejeringo en la

poco delicada epidermis moral de la tia Moñohueco estuviesen cicatrizadas, cumplió María su palabra, acudió á su madre, y tanto instó, suspiró y lloró, que al fin logró convencerla, y decidirla á que intentase la reconciliacion con el tio Tejeringo.

—Por tí lo haré, rapaza (dijo la tia Moñohueco): se me parte el alma cuando te veo tan afligida; pero no confies. Ese tio Vinagre tiene entrañas de tigre.

—Dios se lo pagará, madre, y nosotros se lo agradeceremos durante toda la vida.

—Bueno, bueno; pero ¿sabes lo que te digo? que como desoiga nuestros ruegos, harás lo que te mande, y nada más.

—Entónces, sí, señora: se lo prometo á V. formalmente.

—Quedamos en eso.

En Vallehermoso, como en todos los pueblos situados entre altos montes, se forman instantáneamente, durante el estío, tempestades terribles. Los serranos son tan peritos en la materia que, por despejado que esté el cielo, suelen predecirlas con algunas horas de anticipacion.

Era uno de esos dias de Agosto en los cuales el sol parece que se propone derretir á los humanos que tienen el atrevimiento de ponerse al alcance de sus rayos abrasadores. El calor era insufrible. Dormia tranquilamente el viento en las cuevas de Eolo, sin dignarse mover siquiera las hojas de los árboles, por no refrescar sin duda la atmósfera. Ni una nube, semejante á pequeña bedija de lana blanca, se veía en el firmamento. Su hermoso azul de otras veces estaba entónces

apagado por claridad tan intensa que deslumbraba.

—Tronada tendremos (decíanse unos á otros, mirando al cielo, que continuaba impasible sin ofrecer el más pequeño indicio de nublado).

Hácia mediodía una nubecilla blanca, imperceptible, apareció por Poniente sobre el horizonte. Semejante á la piedra microscópica que, echada á rodar desde altísima nevada cumbre, aumenta prodigiosamente su volúmen hasta llegar al abismo convertida en alud inmenso, la blanca y pequeña nube fué hinchándose hasta el punto de que una hora despues, no sólo ocultaba la dorada cabellera del sol, sino hasta la luz del dia. El calor iba en aumento, y la calma de la naturaleza era cada vez más imponente. Anochecia por puntos hasta el extremo de que, engañados muchos animales, recogíanse en sus albergues. Y como dice el gran poeta Fr. Luis de Leon:

El dia se ennegrece,
Sopla el gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano;
Y entre las nubes mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente,
Y horrible son conmueve;
Relumbra fuego ardiente
Treme la tierra, humíllase la gente.

Una culebrina de fuego deslumbra de repente los atemorizados ojos. Segundos despues, estampido ronco y prolongado, semejante á descarga cerrada de cien cañones, estalla sobre Vallehermoso, asustando á sus habitantes hasta el punto

de que el «¡Jesus, Dios mio!» que quisieron pronunciar todos los lábios sepultado quedó en las anudadas faringes. Encendieron candelas benditas en muchas casas, y se pusieron á rezar la mayor parte. A todo esto no habia caido aún ni una gota: algunas aisladas y anchas como monedas rompieron el fuego; pero de repente, cual si se hubiesen rasgado las cataratas del cielo, entre relámpagos y truenos continuos, empezó á diluviar.

La lluvia baña el techo,
Envian largos rios los collados;
Su trabajo deshecho,
Miran los labradores espantados.

—Áun como se ha deshecho en agua (decian los montañeses cristianamente resignados); si llega á ser piedra, nos arruina.

Seguia lloviendo á mares, y por cada barranco bajaba rugiendo, rojizo y espumoso, un verdadero rio. El Guadalaviar crecia tambien como por encanto, y empezaba á salir de madre. Cuando más temian los campesinos por sus huertas y vallados, descargadas suficientemente sin duda las nubes, cesó de llover. Al poco rato disminuyeron las aguas del rio y de los barrancos, y las gentes se permitieron acudir, con sus azadas al hombro, á reparar los desperfectos. La tia Moñohueco, que como sabemos, era valiente, y no tenia ademas ningun hombre en casa, se calzó los zuecos, recogióse las sayas, sujetó fuertemente sus canas con un pañuelo, tomó la azada, y hecha un cavador, se dispuso á salir.

—Pero ¿á dónde va V., madre, amenazando como está, y con calles tan súcias? (preguntó María).

—Al cerrado, hija, á tapar los *aguateles:* no quiero que se embalse y nos quedemos sin judías.

Y sin escuchar razones, marchó.

Junto al cerrado de la tia Moñohueco tiene un huertecillo el tio Tejeringo, y quiso el diablo, amigo de zambras y discordias, que el segundo tuviese la misma ocurrencia que su vecina. Lamiendo las paredes de ambas fincas, corre una rambla de tan malos humos cuando se le hinchan las narices, que arremete con todo lo que se le pone delante, no dejando títere con cabeza. Con el diluvio de aquel dia creció tanto y tomó tanta fuerza, que abrió un boquete en las paredes del huerto del tio Tejeringo y se coló en él como Pedro por su casa, arrancando árboles y sepultando la hortaliza bajo una gruesa capa de cascajo y arena. Más fuertes las paredes del cerrado de la tia Moñohueco, y dotadas de algunos *aguateles* ó mechinales, resistieron el violento empuje, dando entrada solamente al agua cenagosa, que, si por de pronto, embalsó la finca, la dotó tambien, en cambio, de excelente abono.

Cuando erguido, como todo lo pequeño, y satisfecho como todo lo inútil, llevando su azada al hombro con la misma hinchazon con que puede llevar su cetro un rey finchado, llegó nuestro tio Tejeringo á su huerto y lo encontró derruido y enterrado por completo bajo tantos escombros, arrojó al suelo la azada, apoyó entrambas manos sobre las caderas, quedando convertido en jarron de dos asas, y con aire provocativo y amenaza-

dor, subiendo y bajando alternativamente los iracundos ojos desde el cielo á la rambla y desde la rambla al cielo, y dando patadas, como si quisiese que la tierra temblase bajo sus piés, vomitó tantas interjecciones y blasfemias tantas, apostrofó tan furiosamente á los séres todos, visibles é invisibles, sin olvidar las paredes, el cascajo y el barranco, y echó, en una palabra, por aquella boca tantos sapos y culebras, que otro ménos ciego de ira hubiese temido que se abriese la tierra y para siempre lo tragara el Averno. Necesario era verle para formarse idea exacta de la furia que se apoderó de aquel vil gusano. Tembloroso y sudando de tanto agitarse y vociferar, calló nuestro hombrecillo, y como si tomase de repente una resolucion heróica, cogió la azada, y, mirando rabioso el cascajo amontonado en su huerto, dijo:

—Quien lo ha metido que lo saque (y volvió desdeñosamente la espalda, encaminándose al lugar).

En aquel *propicio* momento tropezó con la tia Moñohueco; al verle recordó ésta la promesa que le tenia hecha á su hija, y olvidando las judías, se propuso intentar la deseada reconciliacion. ¡Mal pecado! No debió ocurrirle nunca tan buena idea en tan mala ocasion. Apénas le dirigió la palabra, y ántes de que se pudiese traslucir su propósito, se desató el tio Tejeringo en tales improperios contra su vecina, agotando el diccionario de los insultos, que, acalorada y colérica la tia Moñohueco, tomó su azada por el hierro, y, con el astil, descargó tan descomunal trancazo sobre las espaldas del tio Tejeringo, que lo

derribó en tierra. El hombrecillo quiso defenderse, y sacó la navaja. Se arrojó sobre él la tia Moñohueco, le quitó la navaja, que guardó en su faltriquera, y descargó sobre su vecino tal lluvia de patadas, bofetones y puñetazos, que molido y medio muerto le dejó quejándose y tendido cuan largo era sobre el campo de batalla. Por fortuna para la tia Moñohueco, nadie presenció la mortal paliza, y más ufana que si acabase de conquistar el vellocino de oro, recogió su azada, y prosiguió su camino, impertérrita, sin dignarse volver la cabeza para dirigir á su víctima una mirada.

## CAPÍTULO XI.

### Murmuraciones nocturnas al aire libre.

La sarga, que, segun el Diccionario de la Academia, es una especie de arbusto del género mimbre, crece espontánea y abundantemente formando frescos bosques, en ambas márgenes del rio de Vallehermoso, á orillas de las acequias y barrancos, en las cercas ó setos divisorios de las fincas y en todas partes, por último, donde hay tierra y humedad. Sus tallos finos, largos y flexibles, despreciados por inútiles hace pocos años, son hoy objeto de importante cosecha para Vallehermoso. Se cortan y pelan en primavera y á fines del verano, durante la subida de la savia; y como esta especie de circulacion vegetal dura tan pocos dias, una febril actividad se apodera de los sargueros. Van y vienen sin cesar desde el pueblo á los sargales, y viceversa, con haces de sarga; la cortan durante el dia y aprovechan gran parte de la noche para pelarla. Algunos, instalan verdaderas rancherías en los mismos sargales. Todos llevan á cabo esta entretenida y fácil operacion en comun, al aire libre y alrededor de alguna *almenara,* con teas encendidas que

los alumbren. La plaza de Vallehermoso es uno de los talleres más concurridos y animados del lugar. ¿Quereis verlo? Seguidme.

Era una noche estrellada, oscura y tranquila, que convidaba á tomar el fresco, desquitándose de los calores del dia. Montones negruzcos de peladuras de sarga se veian junto á todas las puertas de las casas de la plaza, abiertas de par en par. Corrillos de hombres, ancianos, mujeres y niños sentados sobre las peladuras, y alumbrados por los rojizos resplandores de la tea que ardia en la almenara, manejaban con extraordinaria rapidez la *peladera*, cantando y hablando sin cesar. La mayor parte de nuestros conocidos, excepto los Tejeringos y las Moñohuecos, que trabajaban en los corrales de sus casas, ocupaban en la plaza sus respectivos puestos. Llevaba la batuta, y era escuchado generalmente con simpática atencion el tio Morrete, sastre, hablador sempiterno, y que, no sin fundamento, pasaba por el gracioso del lugar; pero sacaban tambien su regular escote en aquel pugilato de palabras el Barbero, Cirila, Antonio y la simple tia Venancia. Al llegar nosotros preguntaba el Barbero:

—¿Sabes, pues, Cirila, por qué no me caso?

—¡Toma! (interrumpió la tia Venancia) ¿por qué ha de ser más que porque no quieres? Los *señores de pantalon*, como tú, se casan cuando les da la gana.

—Pues sí, señora, ésa es la verdad (contestó el Barbero, mirando de soslayo las rodilleras de sus pantalones pardos).

—¡Hombre, es claro! (dijo el tio Morrete); ¿quién resiste á un hombre que, amen del panta-

lon es todo un *buen* mozo, nos rapa las barbas, y tras las barbas suele llevarse á veces algun que otro pedazo de carne para el puchero? No es posible.

Risas generales.

—Tio Morrete, me parece que me está V. haciendo la chanza, y nadie se burla del hijo de mi madre.

—Chico, ¡calla, calla! ¿qué te he de hacer la chanza? ¡No faltaba más!

—El Barbero tiene razon (dijo Fernanda): me han dicho como cosa muy segura que se casa con María Moñohueco.

—No me gustan las de *aparejo redondo.*

—Pues el dia del sorteo (observó Antonio) la quisiste para Maya, y llegaste á dar por ella *media peseta.*

—No dí más porque no me dió la gana.

—Es claro (dijo el tio Morrete), un hombre que tiene mil quinientos *riales* anuales *todos los años*, y cinco bocas que tapar, sin contar la suya, dispone á todas horas de una onza.

—Yo no hablo con V.

—No te quemes, hombre, que «el que se pica ajos come», y todos sabemos por qué dejaste libre el campo al Cojo.

—Sí, señor: nunca hago yo malas partidas á los amigos.

La reunion apénas podia contener la risa.

—¡Vaya! Es lo cierto (observó néciamente la tia Venancia) que el Cojo y María se quieren como unos tórtolos, y harán bien casándose cuanto ántes, pues el uno por rico y la otra por hermosa, harán la mejor pareja del mundo.

—Pero ¡qué! ¿se casan? (preguntó alarmado Antonio).

—Sí, señor; lo sé de buena tinta.....

Agrupáronse todos para oir mejor, cuando de repente una sarguera cantó con toda la fuerza de sus pulmones en el corrillo próximo lo siguiente:

Ayer tarde en las *vispéras*
Te *vide* desde el *pulpito*,
Que estabas en el *orgáno*
Hablando con un *musico*.

—¡Bien, Coneja, bien! (gritaron algunos). Venga otra copla. ¿Y Perotes?

—Aquí estoy pelando en este rincon; ya tengo media arroba.

—Pero ¿por qué no le ayudas á la Coneja?

—Le ayudaré á cantar; lo mismo da.

—¡Hijas, qué manera de alborotar! (dijo Cirila á sus vecinas, y prosiguió): Vamos, cuente V., tia Venancia.

—Nada, que la tia Anacleta, por ser vecinas lo oigo todo, grita y refunfuña á todas horas, porque no quiere que su hijo se case con una pobre; pero su marido y Andres le han dicho que si no calla le retuercen el pescuezo.

—¡Jesus! ¡Qué bárbaros!

—Chica, así me lo ha contado ella misma, añadiendo que no arma un escándalo porque les tiene miedo.

—¿Y la tia Engracia consiente? (preguntó Antonio).

—Por lo visto no sabeis lo que ocurre (dijo el tio Morrete).

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? (preguntaron todos, dejando el trabajo las mujeres, acercándose al sastre y abriendo la boca para oir mejor sin duda).

—La tia Moñohueco.....

No pudo proseguir, porque Perotes se puso á berrear con fuerza la siguiente copla:

Yo soy aquel que te *tráiba*
Las manzanillas *camuerdas;*
Si tú no las has *quisido,*
Prueba que con otro *fésteas*.

—¡Animal! ¡Bestia! ¡A ver si te callas! (increpáronle varias mujeres).

—Eso será si me da la *rial* gana (contestó Perotes).

—Pues canta hasta que revientes (dijo el tio Morrete, y añadió): La tia Moñohueco, no por ella, sino por su hija, para que se casasen los muchachos, queria hacer las paces con el tio Tejeringo. El dia de la tronada lo encontró allá bajo, junto á la *cerrada*, y le dijo algo; pero el tio Tejeringo, que, como sabeis, no prueba el vino, pues apénas entra en su boca se vuelve vinagre, la insultó de tal manera, llegando hasta á sacar la navaja, que la tia Moñohueco se la quitó, lo tumbó, le pateó el cuerpo, y con el astil de la azada le *atizó* una paliza de padre y señor mio.

Las mujeres dieron unos cuantos chillidos, preguntando entre tanta algazara:

—¿De veras?

—Tan de veras, que áun teneis medio derrengado al tio Tejeringo.

—¡Si me dijo á mí que se habia dado un fuerte

porrazo...! ¡Parece mentira, dejarse apalear por una vieja como la tia Moñohueco....! Bien que el tio Tejeringo no vale dos cuartos..... No tiene más que saña..... Es una víbora..... un basilisco..... ¡Pues digo la tia Moñohueco, más forzuda que un toro....! No sé cómo no lo mató.....

Todo esto y mucho más, que era imposible oir porque todos hablaban á un tiempo, se dijo en un segundo en el corro, con tanta fruicion como algazara.

—Pero oiga V., tio Morrete: ¿quién arregla ahora ese *cotarro*? ¿Cómo se han de casar los hijos estando á matar los padres?

—Nada, nada, no le deis vueltas (observó una mujer) María se casa con el Cojo.

—Hace bien (dijo la ambiciosa Cirila) le aplaudo el gusto, y si yo estuviera en su piel haria lo mismo.

—Pues yo hasta que no lo vea no lo creo (añadió Antonio).

—A no ser que se cruce el Barbero (dijo muy grave el tio Morrete) porque entónces no hay nada de lo dicho.

—A mi déjeme V. en paz, tio Cortacapotes, que yo con V. no me meto.

—Ea, Barberillo, no te *amosques* (dijeron unos mozos levantándose) deja al sastre que mueva la sin hueso entre las tias, y vámonos á echar un cuartillo á la taberna.

Así lo hicieron. Antonio no quiso acompañarles, por inquirir la verdad respecto al casamiento de María con el Cojo, y poder de esta manera ser útil á su amigo José.

—Diga V., tia Venancia (preguntó apénas se

quedaron sólos) ¿quién le ha contado á V. tanto embuste?

—Hijo, aquí no hay embuste que valga; me lo contó la tia Anacleta en persona, la madre del Cojo. No aseguraré yo lo mismo de otro casamiento que corre por el lugar.

—¿De quién?

—Del tio Tejeringo (y aquí bajó la voz la tia Venancia) con la tia Moñohueco.

Tanta simpleza apénas hizo efecto.

—Lo que corre por Vallehermoso (dijo inpávido el tio Morrete) es que te casas tú, Venancia, con Perotes.

—¡Jesus! ¡Qué tio Morrete más malo! (contestó regocijada la vieja solterona). Si se casa con la Coneja.....

—Lo mismo da.

Risas generales. Por fortuna, Perotes y su novia ya habian levantado el campo.

—Y V. qué opina, tio Morrete: ¿se casarán María y el Cojo? (pregunto Antonio).

—Chico, la verdad, no sé qué decirte, porque aunque Maruja es una malva, tan enamorada está de José, que es capaz de decir delante del cura que no quiere al Cojo.

—¡Ave María Purísima! (exclamaron ruborizadas algunas mozas). ¿Y habia de tener valor para tanto?

—Mira, Antonio (dijo Cirila) á mí no me gusta meterme en camisa de once varas, ni hablar de lo que no me importa, ni quiero tampoco que me digan despues que si fué, si vino, si dije ó dejé de decir; pero.....

—Vamos, mujer, dí lo que tengas que decir y

déjate de rodeos (interrumpió el curioso sastre).

—Sí, pero mire V., luego todo son compromisos, y Cirila tiene la culpa por ser una habladora, y ya no hay alma caritativa que nos confie un secreto... .

—¡Caracoles! ¡Qué impertinente estás! (observó impaciente el tio Morrete).

—Vamos, mujer, dilo..... Si estamos aquí en familia y nadie lo ha de saber..... Venga, venga, desembucha y déjate de cuentos..... (dijeron á la vez varias mujeres).

—Bien; pero me han de prometer VV. no contarlo á nadie.

—Sí, Cirila, sí; te lo prometemos.

Nótese que eran diez ó doce en el corro.

Apiñáronse en torno de Cirila, guardaron todos silencio y cuando con un palmo de boca abierta, estaban como pendientes de los lábios de la habladora, el Barbero, que merced á la oscuridad se habia vuelto á la plaza, acercándose cautelosamente sin ser visto, se plantó de un salto en medio del corro; chillaron asustadas las mujeres, como ellas únicamente saben hacerlo; propinaron los hombres al intruso una lluvia de palmadas y trompazos; huyó éste quejándose cual apaleado galgo, y se disolvió la reunion corriendo las mujeres, entre aspavientos y soponcios, á reponerse con tragos de agua de tan descomunal susto. Ya iban á salir de la plaza, cuando dijo en alta voz el tio Morrete:

—Cirila, ahora que estamos solos, empieza tu cuento.

No habia empezado áun, y ya ocupaban todas nuevamente sus antiguos puestos.

—¿Pues y el susto? (preguntaba riendo el tio Morrete).

—Se pasó, se pasó, á Dios gracias (contestaron ellas).

—Pues tambien se acabó el cuento de Cirila.

—Pero ¿es cuento? (preguntó impaciente Antonio). Entónces me voy á cenar.

—No es cuento, Antonio (contestó Cirila) lo oyeron estas mismas orejas que ha de comer la tierra.

—Pero ¿qué oyeron?

—El dia de la tronada por la noche, como tenemos las casas juntas, oí gritos en casa de la tia Moñohueco; abrí mi ventana y me puse á escuchar, y ¡ya se ve! aunque una no quiera, tiene que oir ciertas cosas.....

—Justo, Cirila, justo. No es posible remediarlo; pero la curiosidad se os come por los cuatro costados.

—¡Quién habló que la casa honró! ¿Hay acaso en el lugar otro más curioso y más hablador que usted, tio Morrete?

—Pues mira, para que veas que te engañas, anda y cuentáselo á tu abuela.

Y diciendo y haciendo, recogió el sastre su sarga, y dando las buenas noches se metió en su casa, allí próxima, y cerró la puerta.

—No, pues si se figura V. (contestó Cirila mirando la cerrada puerta del tio Morrete) que yo me muero por contarlo, chasco se lleva. De seguro nos está escuchando por la *gatera* (y así era en efecto.....). ¡Vaya con el hombre....! Pues lo que es por mí no lo ha de saber. Con que ea, buenas noches á los que se queden, y mañana será otro dia.

—Pero ¿te vas sin contarlo? (preguntaron algunas defraudadas).

—Sí, señoras: el que quiera saber que estudie.

—Adios, hija, y que no se te indigeste la noticia.

Antonio se levantó tambien, y acompañó á Cirila hasta la puerta de su casa.

—Pero de veras, Cirila, ¿sabes algo? (le preguntó apénas salieron de la plaza).

—Sí, Antonio; pero no quiero decirlo.

—Mujer, á un amigo tan íntimo de José como yo, no sé por qué no se lo dices.

—Pues mira, te diré únicamente que la tia Moñohueco tiene empeño formal en que se case Maruja con el Cojo, y cuando á esa tia se le pone algo entre ceja y ceja ¡Santo Cristo bendito! no hay que darle vueltas, se sale con la suya.

—Pero ¿y María?

—Es tan tonta, que pasa el dia llorando..... ¡Como si fuese una gran desgracia casarse con el más rico del lugar....! ¡Ah! ¡Si yo estuviera en su piel....!

—Buenas noches, Cirila.

—Adios, Antonio.

## CAPÍTULO XII.

### Lamentaciones, conciertos amorosos, propósitos, rondallas y palizas.

Era una de esas tardes del mes de Agosto, tan congojosas en los países cálidos como apacibles entre los altos montes de las sierras. Despues de una brillante puesta de sol y de un largo crepúsculo vespertino, empezaba á oscurecer. José dejó la era, donde habia pasado el dia ocupado en las faenas de la recoleccion; bajó á su casa, no encontró en ella á su padre, y decidió esperarle regando la hortaliza. Abiertos los aguateles, y miéntras el agua corria por el huerto, tosió tres veces y esperó bajo la ventana de María. Presentóse ésta á poco rato tras los hierros de la reja, y preguntó José:

—¿Estás sola?

—Sí; acaba de marcharse mi madre.

—¡Gracias á Dios!

—¿Y tu padre?

—Tambien está fuera.

—Pues, mira, no perdamos el tiempo, que pueden venir y sorprendernos.

—Por Antonio sé que algo quieres decirme.

—Verdad es.

—No será nada bueno.

—Has acertado.

—Explícate.

—Pues nada, que se ha empeñado mi madre en que ha cumplido su palabra hablándole á tu padre y dice que, puesto que rechaza nuestro casamiento, quiere que cumpla la mia, casándome con el Cojo.

—¿Pero es cierto? ¿Se la diste?

—Para que hablara con tu padre, le prometí hacer despues cuanto me mandase.

—¡Nos hemos perdido!

—Tu padre tiene la culpa, que mi madre le habló del asunto con toda la amabilidad del mundo.

—Aunque acabaron á palos, me consta que sucedió como dices.

Quedaron en silencio y pensativos. Al cabo preguntó José:

—¿Y qué piensas hacer, María?

—No lo sé (y una lágrima rodó por su mejilla, enjugándola con la punta del delantal).

—¿No tendrás valor para desobedecer á tu madre?

—Me parece que no.

—Por mi parte no ha de quedar. Con gusto esperaria soltero tiempos mejores.

—Tambien yo (contestó María llorando).

—¡Ea, pues, María, decídete y no llores! Dile á tu madre que no te casas con el Cojo, porque no quieres ser infeliz toda tu vida.

—¡Ay, José! Si tal hiciese, me mataba. Está furiosa.

—No lo creas: siempre ha sido buena contigo.

—Es mucha verdad; pero tu padre ha sabido exasperarla, y á toda costa le quiere dar en la cabeza.

—Pero..... ¿qué culpa tenemos nosotros?

—¡Ahí verás!

—Vamos, María, decídete, y díle redondamente que no.

—Lo pensaré.

—Si lo piensas, no lo haces.

—Pero, señor, ¿no me lo conocen en la cara?

—No quieren conocerlo.

—¡Tambien es fuerte cosa que el mastuerzo del Cojo persista en cortejarme sabiendo que no le quiero!

—Como lo callas.....

—No lo creas; se lo he dicho terminantemente.

—¿Y qué contestó?

—Se echó á reir el muy bestia, y me dijo que ya le tomaria el gusto con el tiempo.

—¡Si no tiene sentido....! El mejor dia le rompo la otra pata.

—No, José; déjalo en paz, y haz bien áun al que te hace mal.

—Demasiado sabe que ha dado con una malva. Pues mira, Antonio desea que le rompamos un par de costillas á palos.

—Eso seria bastante para que no te mirase más á la cara. Precisamente eres mi novio por no ser bruto como los demas mozos.

—¿Y si le pegase....?

—Darias pruebas de ser tan bárbaro como ellos, y dejaria de quererte.

—Sí; pero vaya un cariño, que te casa con otro.

—Eso está por ver.

—Así me gusta; pero no las tengo todas conmigo..... Oye, podíamos hacer una cosa.....

—¿Qué?

—Dar treguas al asunto, é ir poco á poco ganando tiempo.

—Sí; pero es el caso que no me dejan vivir á sol ni á sombra.

—No digas *que no* nunca, y busca siempre algun pretexto para diferir el matrimonio.

—Dificilillo me parece; pero lo haré.

—¿No oyes ruido en la puerta de tu casa?

—Sí, es mi madre, que vuelve. Adiòs, José.

—María, adios, y no olvides lo dicho.

En efecto; sacó María de aquella entrevista la energía que á su carácter sencillo y bonachon le faltaba, y con la natural astucia, de toda mujer, logró desvanecer insensiblemente la tempestad matrimonial que se cernia en el horizonte. Acosábala su madre sin cesar; accedia incontinenti á todo, y despues, poco á poco, con lágrimas zalameras, alcanzaba indefinidas dilaciones.

Aprovechémoslas para conocer con exactitud el estado moral de nuestros personajes. Continuaba María enamorada de José, y en la firme persuasion de que solo casándose con él seria feliz. Ningun compromiso formal la ligaba al Cojo, ántes al contrario, siempre que podia, dábale á entender su desvio, y no lo hacia á todas horas verbalmente porque tenia un miedo cerval á su madre la tia Moñohueco. En dos palabras: María amaba á José, odiaba al Cojo y temia á su madre. De aquí sus angustias é indecision.

Las contrariedades y obstáculos encendian

cada vez más la pasion de José, prendado de María como nunca. Veia en su padre al causante principal de su infortunio, pero tan grande era el cariñoso respeto que le profesaba, que ni áun de pensamiento se atrevió á ofenderle nunca. Odiaba involuntariamente al Cojo, el cual lo hubiese pasado mal sin el bondadoso carácter de José y la terminante prohibicion de María. Esta natural ojeriza fué creciendo en José hasta el punto de acariciar ciertos planes de venganza y de oir con placer al terrible Antonio, enemigo de contemplaciones y miramientos. Insensiblemente arrojaba tambien de su corazon á la tia Moñohueco.

Tenia ésta buenos sentimientos, y ademas amaba con delirio á su hija única; pero era tan brutalmente impetuosa, que todo lo subordinaba á sus impresiones del momento. Con la misma frescura hubiese hecho las paces, intimando con el tio Tejeringo, que le hubiera dado una paliza de muerte. La irracional tenacidad de éste su vecino era la que la mantenia firme é inquebrantable en el enemigo campo. No le disgustaban las riquezas de los Aguirres; pero tenia por cosa esencial *darle en la cabeza*, segun su frase favorita, al testarudo tio Tejeringo. Dispuesta estaba, pues, á arrollarlo todo por satisfacer su amor propio herido. Incipientes remordimientos cruzaban rápidamente de vez en cuando por su conciencia; pero allí estaba de centinela siempre su energía sin igual para arrojarlos, apénas venidos, á escobazos. Como aragonesa fina, á tozuda no le ganaba ni el tio Tejeringo, ni nadie.

Tan encariñado estaba Antonio con su exce-

lente amigo José, que se proponia ayudarle en su empresa matrimonial á toda costa y de todas maneras. Al efecto, habia propuesto al enamorado mozo varios proyectos, vengativos y eficaces, los cuales oia José, no sin complacencia, aunque despues de bromear un rato, concluia por rechazarlos con noble entereza. Convencido, pues, Antonio de que no se debia contar para nada con el hijo del tio Tejeringo, se propuso obrar por su cuenta y riesgo, ocultando cuidadosamente sus verdaderos propósitos, á cuyo fin, aprovechando propicias ocasiones, de las que el vino y la juventud presentaban á cada paso, indispuso unos con otros á los mozos de la Ronda, dividiéndola en dos y poniéndose á la cabeza de los enemigos del Cojo. Esto pasa en los pueblos de la Sierra con frecuencia, y por cualquier frívolo pretexto. Cuando acontece, y miéntras la guerra dura, dos son las Rondas, que, con sus músicas respectivas, recorren por las noches el pueblo; dos los corros donde se baila los domingos por la tarde, y más de dos las palizas y batallas hijas de ciertos encuentros. En honra y gloria de los mozos serranos, debo decir que, si bien se apalean, jamas ó muy rara vez sacan la navaja, y nunca llega la sangre al rio. Antiguamente, sobre todo, pasaban treinta y cuarenta años sin que se perpetrase ningun homicidio en aquellos pueblos. Conviene tambien advertir que no solamente se dividió en dos la Ronda de Vallehermoso, sino que, como se quedaron con el Cojo los mozos *pudientes*, yéndose con Antonio los demas, el lugar bautizó en seguida á unos y á otros, llamando *Ronda rica* á los primeros y *Ronda pobre* á los segundos.

Cirila acariciaba en secreto ciertos halagüeños planes respecto al Cojo, irrealizables si se casaba con María. Fundaba sus altos pensamientos en que, aunque su padre era un destripa-terrones, en toda la descriptiva significacion de la palabra, pertenecia, no obstante, al reducido número de los *mainates* del lugar.

El sastre tio Morrete tenia tambien *tírria y mala voluntad*, como decia él, á los Aguirres, porque, siendo alcalde uno de ellos, lo arrestó y multó por escándalos de lengua y otros excesos.

Por tanto, el tio Morrete, Cirila, Antonio, la *Ronda pobre*, José y María hicieron, sin saberlo y sin siquiera sospecharlo, causa comun contra el tio Tejeringo, la tia Moñohueco, el Cojo, su padre y la *Ronda rica*. La tia Anacleta se hubiese aliado seguramente con los primeros contra su hijo y marido; pero tanto era el miedo que tenia á éste, que á lo sumo se desahogaba criticando entre sus amigas de confianza semejante *bodorrio*.

Reanudemos ahora el hilo de nuestra interrumpida historia. Puso en práctica María los consejos de José, y entre pretextos y escusas pasaron insensiblemente algunas semanas. Respiraba ya fuerte José y temia el Cojo, cuando quiso la tia Moñohueco cortar por lo sano, á cuyo efecto, emprendió á su yerno futuro, y convencida de que estaba muy flojo en doctrina cristiana, cargó ella misma con la ímproba tarea de enseñársela. Corrió la noticia por el pueblo, produciendo hilaridad general. Durante algunos dias no se habló de otra cosa, y no fué pequeña la rechifla que, hasta en sus mismas barbas, tuvo que sufrir el catecúmeno.

Cuando la tia Moñohueco creyó que su discípulo sabia lo bastante para marido, concertó con el señor cura el exámen indispensable, y convinieron en que tendria lugar al dia siguiente. Lo supo Andres con alborozo, y quiso conmemorar dignamente tan feliz acontecimiento.

El tio Cuquita, á la sazon dignísimo alcalde constitucional de Vallehermoso, no permitia rondar de noche por el pueblo sin su superior permiso, y vigilaba constantemente el territorio de su mando para evitar ruidos, sobresaltos y pendencias. Le pidió el Cojo permiso para rondar con música aquella noche y benévolo lo concedió el alcalde, diciendo:

—No hay inconveniente; pero cuidado con alborotar ó reñir, porque os *zampo* en la cárcel.

Aunque se habia procedido en todo con el mayor sigilo, era objeto de general conversacion la música que la Ronda rica *echaria* aquella noche á María Moñohueco. Lo supo Antonio, y recordando el anunciado exámen para el siguiente dia, primer paso matrimonial entre Andres y María, solicitó idéntico permiso para la Ronda pobre. Me huele mal esto, pensó el alcalde; pero la Constitucion, los derechos inaguantables, la igualdad y demás zarandajas, le impidieron negar lo que acababa de conceder al Cojo, y se contentó con advertir:

—Rondad lo que querais, Antonio: pero ¡ojo..... ojo..... ojo.....! porque os *zampo* en la cárcel.

Ambas cuadrillas organizaron, en efecto, sus músicas, compuestas de guitarras, cítaras, tiples y hierrecillos, y hácia las diez lanzáronse á la

calle. La noche estaba apacible, aunque oscura como boca de lobo. Recorrieron el pueblo en todas direcciones, tocando la jota aragonesa, cantando y lanzando sin cesar agudos gritos ó *relinchos*, como ellos dicen. Más de una vez se encontraron en aquellas calles y callejas de huertos.

—Vayan con Dios los *buenos* mozos (dijeron, al cruzarse, algunos de la Ronda pobre).

—Con Dios vayan los *pudientes* (contestó la Ronda rica).

A la escasa luz de los cigarros pudieron notar unos y otros que el Cojo y su gente iban en cuerpo gentil, miéntras Antonio y los suyos llevaban todos mantas, y al parecer, algo en ellas escondido.

Rondaron así largo rato. Como desde el toque de ánimas las tabernas y aguardenterías estaban cerradas, se habian provisto á tiempo de vino, y de vez en cuando hacian sus altos correspondientes para humedecer el gaznate. Llevaba la Ronda rica una inmensa bota, propiedad del Cojo, llena de vino, la cual dejaban temblando á fuerza de abrazos y besos. La Ronda pobre se contentó con una olla y una taza frailera para escanciar el vino. Llena ésta hasta los bordes soplaban la espuma (como hacia con la cerverza, al ir al patíbulo, cierto condenado á muerte, porque la espuma, decia, es muy mala para el hígado) y bebian de un trago y sin *resollar*. Menudeaba Antonio los ofrecimientos, y no veía con malos ojos que su gente fuera entrando en calor. Creyó el Cojo llegada la hora de darle á su futura serenata, y encaminóse la Ronda rica al barranco, deteniéndose en la puerta de la tia Moñohueco. Afi-

naron los instrumentos y cantaron diferentes coplas, improvisadas unas por los poetas del corro, y antiguas otras, y sabidas por todos los mozos del país. Si para muestra basta un boton, allá van cuatro y tres sobran:

Asómate á la ventana,
María, sol de los soles,
Que aquí tienes á tu novio,
Muriendo por tí de amores.

La Ronda pobre, que se acercaba, contestó á la anterior copla con la siguiente:

Un cojo cayó en un pozo,
Y otro cojo lo sacaba,
Y otro cojo les decia:
Señores, ¡vivan las patas!

—Eso va por tí (dijo el Barbero á su amigo Andres).

—No hagas caso (contestó éste) entonando la siguiente:

Allá arriba no sé dónde,
Habita no sé qué Santo,
Y rezando no sé qué
Se gana yo no sé cuánto.

La Ronda pobre, que estaba muy cerca, contestó:

Allá arriba no sé dónde,
Mataron á no sé quién:
El vivo cayó en el suelo,
Y el muerto apretó á correr.

Tropezaron entónces ambas Rondas, y sin decir «¡agua va!» gritó Antonio:

—¡Paso, muchachos!

—Se puede pasar por detras (contestó el Cojo).

—Es que por detras no nos da la gana.

—Pues esperad que acabemos.

—¡Paso digo, Cojitranco!

—¿Qué humos son esos? (preguntaron indignados algunos mozos de la Ronda rica). ¡No hay paso! ¡Fuera de aquí, *pelagatos!*

Oir la Ronda pobre esto, terciar la manta sacando los garrotes, y arrojarse sobre la Ronda rica, todo fué uno. Desprevenidos los del Cojo, intentaron defenderse con su gayata éste, y con los instrumentos los otros; pero cayó sobre ellos tal lluvia de palos y mojicones, que las guitarras saltaron hechas astillas, y el Cojo llevó una de garrotazos que no es para referida. Poco duró la resistencia: huyó la Ronda rica, dejando á su jefe maltrecho y tendido en tierra; pero con tan mala fortuna, que al salir de la calle dieron con el vigilante tio Cuquita, que, con el guarda del concejo, y el alguacil del juzgado municipal, acudia al sitio de la refriega.

—¡Alto á la Justicia! ¡Todos á la cárcel ahora mismo! (gritó el alcalde).

Muy fácil hubiera sido á los que huian deshacerse de aquella fraccion infinitesimal de autoridad; pero no eran tres hombres únicamente los que salian á su encuentro, sino la *Justicia*, ente moral que, por la misericordia del Señor, impone aún á los serranos. Burlaron algunos al alcalde, volviendo grupas é incorporándose á la Ronda pobre. Apaleados y apaleadores corrieron como

gamos, y en pocos segundos se pusieron en salvo, retirándose silenciosamente á sus casas. El Cojo y la mayor parte de los mozos *pudientes* cayeron en manos de la Justicia, y fueron conducidos á la cárcel, donde pasaron la noche. Al verlo en tan mal estado, se compadeció el alcalde de Andres; entre el guarda y el alguacil lo trasladaron á su casa, y lo dejaron en la cama: fué la única excepcion arrancada á la inflexibilidad del tio Cuquita.

¿Qué pasó despues? La gravedad de la pregunta requiere capítulo aparte.

## CAPÍTULO XIII.

**Que trata de cómo la tia Moñchueco convenció á su hija, y examinó á los novios el señor cura.**

Lo que sucedió despues, es fácil de adivinar; pero para no tener en vilo á los lectores que no sepan descifrar el logogrifo, lo contaré en cuatro palabras.

Los apaleados pasaron la noche en la cárcel y fueron puestos en libertad al siguiente dia, con el apercibimiento de terribles amenazas hechas por el alcalde. De nada les sirvió referir el caso y asegurar que habian sido víctimas inocentes. El tio Cuquita no tenia otro cuerpo del delito que aquellos desventurados, y sobre ellos descargó la espada de su justicia. El Cojo pasó quince dias en cama curando sus cardenales y molimientos. Su padre, hecho una furia, llevó el asunto á los tribunales, pidiendo para Antonio el condigno castigo ante la señoría del tio Cascajo, pero sucedió lo de siempre. Como el hecho de autos acaeció de noche, nadie *vió* nada, y ni siquiera los mozos de la Ronda rica, temiendo las consecuencias, se atrevieron á declarar contra la Ronda pobre. Infiérese de lo dicho que, con gran disgusto de la

tia Moñohueco, se tuvo que aplazar el exámen, segun el tio Morrete, porque la paliza le volvió al Cojo los sesos agua y le hizo olvidar el Catecismo.

El suceso produjo en José y María, á pesar de no haber tenido en él intervencion alguna, impresiones diferentes. Ésta, que toda era bondad y cariño, tuvo un verdadero disgusto: como no podia tolerar que por su culpa hiciesen daño á una mosca, enfadóse y reprendió con severidad al buen Antonio. Oyó éste la filípica riéndose á mandíbula batiente, y se disculpó asegurando que sólo se propuso aguar la serenata; pero que el Cojo le dió un garrotazo, y las pagó todas juntas. José no lo pudo remediar y se alegró de lo sucedido en el fondo de su alma; pero, para evitar males mayores, se abstuvo de manifestarlo.

Durante la indisposicion de Andres, presentáronse sus padres con la tia Moñohueco ante el juez municipal de Vallehermoso, otorgaron de mil amores el indispensable consentimiento para el matrimonio de sus hijos, y encargaron al señor cura la publicacion de las proclamas, autorizándolas al efecto.

Era el párroco, viejo en el desempeño de su ministerio; le inspiraba temores aquel asunto, y no quiso proceder de ligero.

—No tengo inconveniente, Engracia (dijo el señor cura) en publicar las amonestaciones; pero recuerda lo que pasó la otra vez.

—Dice V. bien, señor rector; pero demasiado sabe V. que no fué mia la culpa, sino del tio Tejeringo.

—Pues mira, lo mejor es que se examinen án-

tes de Catecismo y de *otras cosas;* con que instruidlos bien en los deberes del cristiano en general y de los casados en particular, y traedlos aquí cualquier noche, que tiempo hay para amonestarlos.

No satisfizo esta contestacion á la tia Moñohueco: preocupábala, sobre todo, aquel exámen de *otras cosas* que habia indicado el señor cura, y puesto que no habia más remedio que esperar y obedecer, se propuso prevenir entre tanto todas las eventualidades.

Temia la tenaz madre de María que deshiciese ésta con una sola palabra todos sus proyectos, y, para evitarlo, la sermoneaba á todas horas en estos ó parecidos términos:

—Mira, Maruja, no te empeñes en imposibles. Recuerda que, miéntras hubo esperanzas de que el tio Tejeringo fuese razonable, yo misma trabajé por vosotros cuanto pude. Hoy estamos en muy distinto caso: ¿no te ha querido ese tio Destripaterrones? Pues te casarás con el más rico del lugar, pese á quien pese. ¡Y cuidado con hacerme una mala partida....! ¿Lo entiendes....? Mucho ojo con lo que le dices al señor cura, porque, á buenas, yo soy una malva; pero á malas..... lo que es á malas no se ha burlado aún nadie de la hija de mi madre. (María lloraba, sin atreverse siquiera á levantar los ojos). Tenemos que ir á que os *desamine* el señor cura, y probablemente querrá luégo saber si te casas ó no á gusto. Con que, hija, mucho tiento con la lengua, no sea que se desmande, y te la arranque yo luego de raíz..... Si te saca conversacion, díle al señor cura que es cierto que quisiste á José; pero que como su padre

no lo deja casar, y se te ha presentado esta *comenencia*, que te casas con Andres, porque ese es tu gusto, porque le quieres y le requieres..... (María seguia llorando y callando). ¿Qué tienes que decir á esto....?

—No digo nada, madre.

—Pues es preciso que digas muy claro que me obedecerás en todo y por todo casándote con el Cojo.

—Pero.....

—No hay pero ni manzana que valga. Te casarás cien veces, si fuese necesario, y nada más. ¿Lo entiendes?

—¡Dios mio, Dios mio....! Pero, madre..... si voy á ser la mujer más infeliz.....

—¡Necia! ¿Por qué has de ser infeliz? ¿Por tener bien lleno el reposte, bien provistos los graneros y la bodega, y un par de criadas para que te sirvan miéntras tú haces la señorona....? Basta, rapaza, basta de hipos y *gemiqueos*.... ¡y cuidadito con echarlo á perder....! No digo más.

Tampoco era necesario, porque estas catilinarias frecuentes aturdian y anonadaban á la pobre María, hasta el punto de considerar su desgracia inevitable.

Convalecido por completo Andres, dió un repaso al Catecismo; le metió la tia Moñohueco en la *mollera*, como decia Antonio, los deberes de los casados; sermoneó á María por última vez en tono terrorífico, y padres é hijos acudieron, despues de anochecido, á la casa rectoral.

Sentado en un antiguo sillon de baqueta junto á la lumbre, leia el señor cura *El Siglo Futuro;* una carga de leña chisporroteaba en el hogar;

dos teas resinosas ardian en la almenara, iluminando perfectamente la cocina; tendido á la larga, y casi quemándose las patas, dormia tranquilamente un perro pachon en el trasfuego; dos enormes gatazos contemplaban los pucheros, y acariciaban á su amo arqueando el lomo y frotándose en sus pantorrillas; y la vieja Perpétua ama del párroco, ponia sal en los peroles con una cuchara de madera.

—*¡Deo gracias!* (dijeron de repente levantando el pestillo de la puerta, cuya llave, aunque era de noche, estaba sin pasar).

—A Dios sean dadas (contestó Perpétua, encendiendo un candil y alumbrando aprisa).

Entraron en la cocina el Cojo, su padre el tio Aguirre, María y la tia Moñohueco, y dijeron á coro:

—Buenas noches, señor rector.

—¡Hola, hola! Muy buenas las tengais.

—¿Cómo lo pasa V.?

—Bien, gracias á Dios; ¿y vosotros?

—*Tarcual*, señor cura, *tarcual* (contestó la tia Moñohueco). Estos muchachos nos llevan á mal traer.

—Vamos..... ¡cómo ha de ser....! Pero sentaos: ¿qué haceis ahí hechos unos postes?

Colocáronse todos alrededor de la lumbre; se habló del tiempo, de las cosechas y de la *sábana* que leia el señor cura; preguntaron si traian *algo de bueno los papeles;* se tosió varias veces por decir algo; callaron un rato, hasta que, temiendo que pasasen allí la noche sin decir nada, preguntó el señor cura:

—¡Qué! ¿Ocurre algo?

—Pues aquí veníamos, señor *retor* (contestó el tio Aguirre dándole vueltas al sombrero de ancha ala que en las manos tenia) á ver si le venia á *usté* bien *desaminar* esta noche á los muchachos para amonestarlos y disponer una *miaja* de casamiento.

—*Cabal*, señor cura (añadió la tia Moñohueco, miéntras María bajaba los ojos ruborizada y Andres se sonreia tontamente): ya recordará *uste* que habíamos convenido en eso.

—Verdad es; pero hace tantos dias, que, la verdad, ya no me acordaba.

—Como éste ha *estao* en cama..... (observó el tio Aguirre, señalando á su hijo).

—Pues ¿qué has tenido? (le preguntó el cura).

—*Ná* (contestó el Cojo); que *juimos* la otra noche de Ronda, se armó *camorra* y lo pagaron santos por pecadores.

—No quereis hacer caso..... Siempre os estoy predicando que no salgais de noche de casa, que basta y sobra el dia para divertirse, y..... ahí tienes.

—Habla *usté* como un libro, señor *retor;* pero la *juventú* no escarmienta nunca (dijo el tio Aguirre). Con que, ea, ¿los *desamina usté?*

—Vamos allá.

Preguntó el señor cura detenidamente el Catecismo y los deberes de los casados; contestó admirablemente María; acertó algunas contestaciones el Cojo, y resumió el exámen Perpétua, diciendo:

—Vamos, vamos, señor cura; ¡cuántos ha casado V. que sabian ménos que estos! Con que déjelos usted en paz, y vamos á cenar, que se están pasando las sopas.

—Perpétua (contestó con entereza el párroco) te tengo dicho que no te metas nunca en lo que no te importa; tú, á guisar, fregar y callar.

—No me importa..... no me importa..... (refunfuñaba Perpétua saliendo de la cocina). ¡Buena se pondrá la cena!

—Vamos ahora á otro asunto (añadió el señor cura). Salid fuera con Perpétua, y dejadme sólo con Andres.

Lo hicieron así. María y el tio Aguirre se retiraron de veras; pero Perpétua y la tia Moñohueco aplicaron el oido junto á la puerta de la cocina, y oyeron lo siguiente:

—Andres, dime la verdad, como si te confesases; de corazon, por tu propia voluntad y sin que nadie te obligue á ello, ¿quieres casarte con María?

El Cojo, que, como sabemos, era medio simple, esperaba muy grave otra cosa; pero apénas comprendió la pregunta, se puso á sonreir socarronamente, y dijo:

—*¡Concho!* ¡Qué cosas tiene *usté*.....! ¿Pues á qué hemos *venío*?

—Pero ¿te casas á gusto?

—*¡Contra!* Sí, señor; con *toa* mi alma..... ¡Je, je....! ¿Ojalá pudiera ser ahora mismo....!

—Corriente: sal y dile á María que entre ella sola.

Lo hizo así. Al pasar á su lado, detuvo la tia Moñohueco á su hija, y dándole un descomunal pellizco, que hizo palidecer á María, le dijo al oido:

—Como me comprometas, ¡no sé lo que hago contigo!

Entró la niña tan asustada como aturdida;

pegáronse á la puerta su madre y Perpétua, y empezó el señor cura:

—Vamos, María, dime la verdad, como la dices siempre, bajo sigilo de confesion.

—Pregunte V., señor cura.

—¿Por qué se ha deshecho tu casamiento con José?

—Porque el tio Tejeringo se opone, hecho una furia.

—¡Pues qué! tu madre, ¿queria de veras?

—Sí, señor; así es, que aunque estaba con él muy resentida, le habló en favor nuestro, y el tio Tejeringo contestó insultándola tanto, que mi madre le pegó una paliza.

—¡Válgate Jesus! ¡Qué génios....! Pero dime: ¿te casas á gusto con el Cojo?

El corazon le palpitaba á la tia Moñohueco con fuerza, miéntras decia entre dientes:

—Aquí la echamos á perder.

María se puso de veinticinco colores, y contestó, por fin, suspirando:

—Como me lo manda mi madre.....

—¿Y no tienes ningun compromiso formal con José?

—El de habernos querido siempre, y estar, como V. sabe, amonestados.

—¿Nada más?

—Nada más.

Reflexionó un rato el señor cura en silencio, y dijo despues:

—Marcha, y diles que entren.

Dió un gran suspiro la tia Moñohueco; invadieron todos la cocina; corrió Perpétua á los pucheros, y preparáronse los demas á oir su sentencia.

—¿Habeis traido el consentimiento? (preguntó el señor cura).

—Aquí lo tiene *usté* (contestó el tio Aguirre presentando un documento autorizado por el juez municipal).

—¿Autorizais las proclamas?

—¡Pues no faltaba más! Sí, señor: á eso hemos venido.

—Entónces el domingo próximo se correrá la primera amonestacion.

Todos, ménos una, respiraron fuerte y satisfactoriamente.

—Quedamos en eso. Con que muchas gracias, señor cura, y que *usté* descanse. Buenas noches, Perpétua.

—Esperen VV. que les alumbre.

En la puerta de la calle, y con el candil en la mano, preguntó á la tia Moñohueco:

—¿Con que al fin se casan, tia Engracia?

—Ya lo has oido, Perpétua.

—¡Como se miente tanto por el lugar....!

—*Habladurías*.

—Pero, diga *usté*, ¿y José?

—¿Viene V., madre? (preguntó María, que con los Aguirres iba andando delante).

—Voy allá. Adios, Perpétua.

—Vaya V. con Dios, tia Engracia, y que sea para bien.

—Dios te lo pague.

—¡Jesus qué tia! (murmuró Perpétua cerrando). Pues no me ha dejado con un palmo de narices y con la miel en los labios.

## CAPÍTULO XIV.

**Que empieza con resignados suspiros, sigue con una apuesta y termina con una conferencia canónica entre un sastre y un cura.**

Aquella misma noche se dijo ya en algunas cocinas de Vallehermoso, que el domingo se publicaria la primera amonestacion entre Andres y María. ¿Por quién se supo? No lo sé; pero me consta que, miéntras fregaba, Perpétua se asomó á la ventana de la recocina cuantas veces oyó pasos, y áun creo que llegó á cruzar algunas palabras con una vecina que á la sazon por allí pasaba. No era el ama del cura mujer que durmiera tranquilamente con noticia de aquel calibre en el cuerpo. La verdad es que al siguiente dia dió, de boca en boca, la vuelta por el lugar, llegando necesariamente á oidos de José. La esperaba, y no le aterró, como es de suponer; pero le produjo honda pena y anegó en un mar de imaginaciones su mente. Todo en vano: la loca de la casa no encontró el anhelado remedio. Una cosa análoga sucedió á María. Durmió poco y mal; se levantó apénas tocaron á la oracion, se puso la mantilla y se fué á la iglesia, arrodillándo-

se en la capilla más oscura. Lloraba, orando á la vez, y las oraciones fueron, sin duda, su paño de lágrimas; poco á poco brotaron con ménos abundancia, hasta que se calmó por completo y se secaron las fuentes de sus ojos. En paz consigo misma, clara su mente y tranquila su conciencia, continuó orando fervorosamente, pero sin atreverse á pedir á Dios cosa concreta. Los antiguos hábitos de su corazon la inclinaban á José; el cariñoso respeto que debia á su madre, y la ciega obediencia que le prestaba siempre, la acercaban al Cojo, y en lucha con tan contrarios móviles, pedia mucho al Señor *lo que la conviniese*, y á la Vírgen Santísima, su Patrona, que la sacase de aquel apuro. Oyó misa con gran devocion, y terminó su plegaria diciendo:

—¡Cúmplase, Señor, tu voluntad, y no la mia!

Compuso su semblante y tornó á su casa, dedicándose á los quehaceres domésticos en la acostumbrada forma. Al verla tan tranquila y afable, comprendió la tia Moñohueco que comenzaban á triunfar los deseos de la madre en el corazon de la hija, y, sin poderse contener, abrazó á María. Esta rompió en llanto.

—¿Por qué lloras, hija de mis entrañas?

—Madre (contestó María con gravedad y enjugando sus lágrimas) porque me asusta el empeño que tiene V. de que me case con Andres: vamos á ser infelices.

—¡Tonta, más que tonta! ¿Te parece si iria yo á querer para tí cosa mala? Todo eso son pajarillos que José te ha metido en la cabeza.

María no replicó.

Aquella semana, como acontece siempre con

el tiempo, fué para unos eterna, y brevísima para otros. Llegó el sábado al anochecer. Sonaba por los alrededores de Vallehermoso el cuerno de la dula, que al lugar regresaba por el camino de Castillejos. Venian retozones los animales, é iban alegres y en su busca los vecinos de Vallehermoso. Es este uno de los más animados espectáculos que se pueden presenciar en las aldeas. Salia el tio Morrete, con las cabezadas al hombro, en busca de su burra, cuando encontró á José y Antonio, que llevaban el mismo camino, con arreos semejantes. Reunidos los tres, y caminando despacio, dijo el tio Morrete:

—Chico, José: ¿es cierto que les echan mañana la primera amonestacion á María y al Cojo?

—Esa corre por el lugar.

—¡Pues qué! ¿No es así?

—Yo no he tenido valor para preguntárselo á María.

—¿Habeis reñido?

—Reñir, no señor; pero no entiendo una *querencia* como la suya cuando se casa con otro.

—¡Qué ha de hacer la pobre! (exclamó Antonio). ¿Le ayudas tú en algo?

—Pero ¿qué quieres que haga yo....? A ella le toca decir redondamente que no quiere casarse con el Cojo.

—Convenido; pero si no se atreve á desobedecer á su madre. ¿por qué no le allanas tú el camino?

—¿Cómo?

—Te lo he dicho sesenta veces: quitando estorbos.

—No digas barbaridades.

—Hombre, en esos casos se hace, cuando ménos, lo que hice yo.

—Matarlo, no (dijo con mucha seriedad el tio Morrete); fuera una cosa inícua. Pero yo le pegaria una paliza buena, buena....., que no saliese de ella.

Reíanse impávidos José y Antonio, cuando pasaron junto á ellos, y en direccion á la acequia del molino, Fernanda y María, que, con cántaros bajo el brazo y botijos en la mano, iban por agua.

—Éstas nos sacarán de la duda (dijo á sus compañeros el tio Morrete). Oye, María: ¿es cierto que te amonestan mañana con Andres?

—Sí, señor (contestó la interpelada encendida como una amapola).

Y continuó su camino sin detenerse.

—¡Caracoles! (exclamó el tio Morrete); José, esto va malo.

—¿Me lo cuenta *usté* ó me lo dice?

—Hombre, me *paice* que Antonio tiene razon. Sabe la tormenta que tiene encima, y *ná*..... míralo ahí (señalando á José) cruzado de brazos y hecho un papanatas.

—Bien dicho, tio Sastre (añadió Antonio).

—Ya me van VV. calentando la sangre (dijo José).

—Pues falta te hace, porque, por lo visto, la tienes de horchata.

—Pero venga *usté* acá, tio Morrete de mis pecados; ¿qué quiere *usté* que haga?

—Y á mí, ¿qué me preguntas? ¿Me he de casar yo, por ventura?

—¡Cómo se están VV. metiendo en lo que ni saben hacer ni les importa.....!

—¿Que no? (preguntó el tio Morrete haciendo alto). ¿Qué apuestas á que no se amonestan mañana? Vamos..... ¿qué apuestas?

—Una peseta, que es todo lo que tengo.

—Ahí va otra: guárdalas tú, Antonio, que hemos de celebrar el domingo con ellas. El que gane dirá en qué han de invertirse.

—Corriente.

—Hasta mañana, pues, que por allí viene mi burra.

La detuvo el tio Morrete, le puso la cabezada, la montó en pelo y se volvió al lugar cantando:

Una estrella en la frente
Lleva mi burra;
Hasta los animales
Tienen fortuna.

Aquella misma noche, y en la casa rectoral, conversaban mano á mano y en secreto el señor cura y el tio Morrete.

—Y á tí, ¿quién te mete á farolero? (preguntó aquel á éste).

—Nadie, señor cura; maldito si me importa un pepino que se casen ó no; pero como cuando publica *usté* las amonestaciones dice siempre: *Si alguno supiese algun impedimento por el cual este matrimonio no pueda efectuarse, que lo manifieste bajo pena de pecado mortal*..... ya se ve, maldita la gracia que me hace cargar con semejante pecado.

—Ya, ya..... ¡Bueno estás tú para escrúpulos de monja!

—Créame *usté*, señor *retor;* se lo digo á *usté* con toda la formalidad del mundo.

—Bueno, hombre, bueno; pero, vamos á ver: ¿qué impedimento es ese entre el Cojo y María?

—Ya se lo he dicho á *usté*. Yo, señor cura, no entiendo de *pedimentos;* pero me *paice á mí* que, habiéndole dado María palabra formal de casamiento á José, miéntras éste no deshaga el compromiso, no puede casarse con otro.

—¿Y quién te ha dicho que empeñó formal palabra?

—¡Qué cosas tiene *usté!* ¿Pues no recuerda *usté* que hasta los amonestó?

—Es verdad.

—Pues bueno, por algo seria.

—Pero es el caso que aquel casamiento se ha deshecho.

—Lo han deshecho los padres, pero no los hijos, que son los que se han de casar.

—Pero, hombre..... si estuvieron aquí la otra noche.....

—No le dé *usté* vueltas, señor cura; la promesa es promesa.

—Pero no impedimento.

—Eso *usté* lo verá; ya he dicho que yo no entiendo de *pedimentos*.

El cura, entre tanto, se paseaba preocupado, y decia á media voz, como si hablase consigo mismo:

—*Error*, *conditio*, *votum*, *cognatio*, *crimen*, *cultus disparitas*, *vis*, *ordo*, *ligamen*..... *ligamen* tal vez..... vínculo moral....., aunque no; aquí no hay vínculo..... *honestas*, *si sis affinis*, *si forte coire nequibis raptave sit mulier*, *nec parti reddita tutœ*, *si parochi et duplicis dessit præsentia testis*. Nada, sastre; yo no encuentro aquí ningun impedimento.

—Busque *usté*, señor cura, busque *usté*.

—Calla..... calla..... ¿Si estará en los impedientes....? Veamos. *Ecclesiæ vetitum*, *tempus*, *sponsalia*..... tal vez *sponsalia*..... ¿Qué te parece, sastre; hay aquí *sponsalia?*

—Á mí no me venga *usté* con *laitines*, señor cura. Yo ya he *descargao* mi conciencia; ahora arréglese *usté* como pueda.

—Nada, nada, lo consultaré al señor vicario capitular, y entre tanto, que se esperen.

Con general sorpresa no publicó el señor cura al dia siguiente, despues de anunciadas en misa mayor las fiestas de la semana, la primera monicion de María y el Cojo. Creyéronlo olvido del párroco la mayor parte; pero la tia Moñohueco oyó de sus mismos lábios que el asunto era grave y que, no atreviéndose á resolverlo por sí mismo, lo habia elevado á consulta al gobernador eclesiástico de la diócesis, cuya resolucion no habia más remedio que aguardar.

Por lo tanto, ganó la apuesta el tio Morrete. Aunque José y Antonio querian invertir en vino, malvasía y cigarros las dos pesetas, no lo consintió aquél, que era muy goloso, y trasformáronse en dos respetables fuentes de cuajada azucarada.

## CAPÍTULO XV.

**A confesion de parte, relevacion de prueba.—Tres en una.—Ultimatum.—Venganza en proyecto.—Corrida de vacas y molimiento y dislocacion de huesos.**

La curia eclesiástica de Albarracin pidió informes reservados sobre el asunto al cura de Vallehermoso. Para evacuarlos acertadamente, se hizo este señor el encontradizo con José, miéntras estaba solo y cavando en el cerrado de su padre.

—Buenas tardes, José (dijo el cura pasando por el camino próximo).

—Muy buenas las tenga V., señor rector (contestó el gentil serrano suspendiendo el trabajo y quedándose derecho). ¿Va V. á dar un paseillo?

—Y á que me dé un poco el aire; entre la iglesia y los librotes se me pone la cabeza tan cargada.....

—Ya, ya; no sé cómo hacen VV.

—Chico, pues os ha inutilizado el bancal la avenida última.

—Sí, señor; aquí vamos á tener que trabajar más que vale la cerrada.

—¡Válgate Dios! Todo son calamidades y disgustos. No te falta más que se te case la novia.

Al decir esto, se sentó el señor cura sobre la pared de la cerrada, que apénas tenia tres palmos de altura.

José se ruborizó y dijo:

—Para mí es cosa hecha..... aunque mejor lo sabrá V. que yo.

—Cosa hecha no, José; pero si se empeñan, se saldrán con la suya. Hombre.... y á propósito: ¿qué clase de compromisos tiene contigo María?

—¿Compromisos....? Aquí no ha habido ningun compromiso, señor cura.

—Pero cuando estuvísteis á punto de casaros, te daria palabra formal de casamiento.

—Yo le diré á V. Entre María y yo no ha habido ni más ni ménos que lo siguiente: Somos de un tiempo (veinte dias me parece que le llevo), y como teniamos las casas, los corrales y los huertos juntos, juntos hemos vivido tambien desde que la tia Engracia y su hija se vinieron al lugar. Mi madre, que esté en gloria, y que se trataba mucho con la tia Moñohueco, porque tenia muy distinto genio que mi padre, decia ya cuando éramos chicuelos y jugábamos juntos:—Los hemos de casar, Engracia; los hemos de casar.—La tia Moñohueco pensaba sin duda en lo mismo, con gusto, pues cuando apénas sabia hablar María, le preguntaba haciéndole fiestas:—¿Quién es tu novio, hija; quién es tu novio?—Y se le caia la baba y la acariciaba como una loca si contestaba con su media lengua que José. Nosotros, entre tanto, nos queríamos como dos hermanos. Pero murió mi madre, y, cuanto más creciamos, nos tratábamos ménos. Ya éramos los dos mozos hechos y derechos, y áun no nos habiamos dicho

«por ahí te pudras» el uno al otro; pero, señor cura, tampoco habia necesidad, porque se nos conocia en la cara y hablaban nuestros ojos, cuando resolví declararme á María desde mi huerto, cantando una copla, que ella entendió perfectamente y regalándole un capullo de rosa. Nos sorprendió mi padre; como de costumbre, riñó con la tia Moñohueco; pero aquella disputa divulgó nuestros sentimientos, y recordando la tia Engracia los planes de mi difunta madre, que de Dios goce, calmó á mi padre y concertó con él nuestro casamiento. Ellos lo arreglaron todo. María y yo no hicimos más que seguir queriéndonos.

—Pero oye, oye; ¿os comprometísteis formalmente, dándoos palabra de matrimonio?

—¿Para qué, señor rector, cuando tan comprometidos estaban nuestro corazones? Nuestros padres lo hicieron entónces todo, y nuestros padres lo han deshecho ahora.

—¿De manera que tú crees que no hay arreglo posible entre tu padre y la tia Moñohueco?

—No lo hay, no, señor; mi padre le pega un tiro al que le hable de semejante asunto.

—¿Y María?

—María es tan buena, que no desobedecerá á su madre por nada de este mundo.

—Entónces mal, José.

—Tan mal, señor cura, que no puede ser peor. Como V. no lo arregle.....

—Hijo, yo hice ya cuanto debia. Dilaté las amonestaciones hasta averiguar la verdad de todo, hablé con unos y otros, y consulté el caso: ahora venga lo que Dios quiera.

Callaron ambos un momento; José volvió melancólico á su trabajo, y se levantó el señor cura, diciendo:

—No hay que desalentarse, José; será que no conviene.

—Eso será, señor cura.

—Ea, no te canses mucho.

—Vaya V. con Dios, señor rector.

Las cosas de palacio van despacio, dice un refran, y despacio fué, por consiguiente, la consabida consulta en el episcopal de Albarracin. Cansada de esperar la tia Moñohueco, decidió, al fin, un dia á su cosuegro futuro, el tio Aguirre, vistiéronse de fiesta, aparejaron el mejor de los machos de éste, y llevando en ancas á la tia Engracia, en un par de horas se plantaron en Albarracin. Regaláronle al secretario de cámara unas perdices y truchas del Guadalaviar, pagaron los correspondientes derechos, y pocos dias despues recibió el señor cura de Vallehermoso la consulta, resuelta en favor de Andres, como no podia ménos de suceder, y el permiso indispensable para publicar en una las tres amonestaciones.

El domingo inmediato siguiente, los vecinos de Vallehermoso oyeron estupefactos al señor cura que en misa mayor, despues del *Lavabo*, y al pié del altar, publicó la proclama siguiente:

«De matrimonio se trata en esta santa madre Iglesia, de una parte Andres Aguirre y Martinez, hijo de José y de Anacleta, soltero, y de otra María Carenas y Manzano, hija de Jerónimo y Engracia, soltera tambien, y todos de esta feligresía. Si alguno supiere algun impedimento por el cual este matrimonio no pueda efectuarse, que lo ma-

nifieste bajo pena de pecado mortal; y, prévia dispensa obtenida del muy ilustre señor gobernador eclesiástico de ésta diócesis, esta sirva por primera, segunda y tercera canónica monicion.»

La pena no le permitió á José oir con devocion el resto de la misa. María tuvo que hacerse violencia suma para contener las lágrimas. La tia Engracia le dijo á media voz al ama del cura, que tenia al lado:

—Perpétua, no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

Al salir de misa todo fueron enhorabuenas para los Aguirres y Moñohuecos, y frases compasivas para José. Huyó este del *honsal* ó anteiglesia, temeroso de no poder sufrir las preguntas y miradas investigadoras de sus compañeros. Antonio, por el contrario, se quedó entre los mozos de la Ronda pobre, disparatando contra el Cojo. Aquel dia las comadres en sus *carasoles*, los mozos y mozas en sus bailes y los compadres en la taberna, preferentemente se ocuparon en la inesperada boda. Envidiaban unos á los novios; reíanse de ellos otros; mofábase éste del Cojo; compadecia aquél á José; elogiaba el de más allá á María, y murmuraban todos que era una bendicion. No fueron pocos los capotes con mangas que cortaron al tio Tejeringo y á la tia Moñohueco principalmente; entre mil noticias y detalles mil, se aseguró, por último, que se casarian apénas pasasen las fiestas de San Miguel, patron del lugar, que son las más rumbosas, y empezaban aquella misma semana.

Perdida ya para José toda esperanza, quiso re-

machar el clavo de su dolor en una última entrevista con María. Cantó en su huerto ciertas coplas que, en tiempos más felices, le servian de reclamo eficacísimo; tosió diferentes veces, y sin estar constipado, al ver á María discurrir por su casa; dió las palmadas consabidas debajo de la ventana de su cuarto: todo fué inútil. Desde el momento en que, por medio de las amonestaciones, se hizo oficialmente público su casamiento con Andres, para no dar pábulo á la maledicencia, pues no basta ser bueno, siendo ademas necesario parecerlo, y para cumplir extrictamente sus nuevos deberes, María se propuso cortar por completo toda clase de relaciones con José, y así lo hizo. Violentándose mucho evitó su encuentro, sus palabras y hasta sus miradas; y cuando la mísera flaqueza humana la ponia en peligro inminente de infringir esta su norma de conducta, aconsejada por el prudente señor cura párroco, acudia á la Vírgen Santísima, encontrando en la oracion la tranquilidad y entereza apetecidas.

Supo, no obstante, José burlar prevision tanta, y cierto dia al anochecer, le salió al encuentro en el camino de Castillejos. María, que iba por agua á la acequia del molino, apresuró el paso, queriendo evitar á todo trance aquella entrevista; pero José lo apresuró tambien, se puso resueltamente á su lado, y dijo:

—No huyas, María, que ni te escapas ni me voy, sin que me digas categóricamente si estás resuelta á casarte con el Cojo.

—Estoy resuelta á obedecer (contestó María).

—Es igual.

—No, por cierto; sobre todo si vosotros hubié-

seis tenido habilidad para complacer á mi madre.

—No fué mia la culpa.

—Tampoco mia.

—Verdad es; pero ¿para qué queremos el consentimiento de mi padre? Si tu madre accede, todo se reduce á esperar mi mayor edad, y entónces para nada necesito el permiso de mi padre.

—Se lo propones tú.

—Y me despedirá con cajas destempladas.

—Lo mismo hará conmigo.

—Si tú quisieras de veras.....

—No te canses, José; ya es tarde.

—Es decir, que todo está perdido.

—Todo; por consiguiente, no me busques más, ni me detengas, ni me hables, ni me comprometas de ningura manera. Adios, pues, José, y adios para siempre.

María se alejó sin poder evitar que una lágrima ardiente rodase por su mejilla. José, abrumado por el peso de realidad tan amarga, quedó cabizbajo y con las manos metidas en la faja, como clavado en aquel sitio. El recuerdo del Cojo produjo en él, de repente, una especie de sacudimiento nervioso; rechinaron sus dientes, cruzó por sus ojos un relámpago de venganza, y, con expresion fiera, dijo, tomando la direccion opuesta:

—¡Me las pagará!

En aquel crítico momento tuvo José la debilidad de dar cabida en su noble pecho á un sentimiento malévolo; pero su pecado de pensamiento no fué nunca de obra. José no era malvado, sino ciego..... de amor.

Las pasiones todas tienen el privilegio de oscurecer el clarísimo ambiente en que vive la con-

ciencia moral del hombre; pero el amor *ciega* por completo; y cuando no está enfrenado y ennoblecido por el religioso sentimiento del deber, embrutece al hombre y arrástrale á cometer las acciones más viles. Por fortuna para José, aquella borrachera de ira pasó pronto. Si en aquel momento la casualidad hubiera puesto en sus manos á su rival, probablemente hubiese tenido que llorar aquel encuentro toda su vida; pero la Providencia dispuso las cosas de otro modo, y los vecinos de Vallehermoso, con las fiestas de su Patron el Santo Arcángel Miguel, olvidaron el rompimiento definitivo entre José y María.

El que recordar quiera en qué consisten estos regocijos populares, que lea el párrafo octavo de *Lo que puede una mujer*. Aquí me concreto á detallar la corrida de..... vacas, que para fin de fiesta se celebró en el tercero y último dia.

Cerraron con vigas las bocacalles y entradas todas de la única plaza del lugar, colocándolas de modo que formaran escalera; plantaron un pino en el centro, coronándolo con una rueda de carro, de manera que parecia un velador altísimo ó un hongo gigante; convirtieron el zaguan del tio Morrete en toril; levantaron dos ó tres tablados medio en el aire por aquellos rincones; ataron con sogas y por la parte exterior algunas sillas á los hierros de los balcones y rejas, y la plaza de la Constitucion quedó convertida en plaza de toros á usanza de la Sierra. Al romper el tercero y último dia de fiesta, se cerró en el toril, esto es, en el zaguan del tio Morrete, la vacada del lugar. Algunas, las más *furas*, como allí dicen, se escaparon á las praderas cuantas veces consiguieron

acorralarlas. Los mansos, la mayor parte de las vacas, los toretes y becerros llegaron á la plaza entre picas y pinchos, en medio de descomunal algazara. Habia tambien aquel año dos vacas de muerte, compradas la una por los mozos y por los casados la otra. Terminada la misa mayor, acudió todo el pueblo á la plaza para presenciar la *prueba*. Ocupó el gentio los balcones, ventanas, sillas, tablados y barreras. Se asomó el Ayuntamiento con el cura y el alcalde á las ventanas de las Casas Consistoriales, ó *Casa del lugar*, como en Vallehermoso decimos; hizo el alcalde la señal; se abrió la puerta del tio Morrete, y se presentó una de las vacas de muerte, no en el redondel, porque la plaza es cuadrada, y tampoco en la arena, porque el suelo, aunque igual, barrido y *rociado*, no tenia arena, sino en el escenario mismo de los bailes montañeses. Una salva de gritos y chillidos saludó á la fiera. La plaza quedó despejada como por encanto. Se silbaba en todas partes azuzando á la vaca desde todas las barreras; pero nadie se atrevió, por de pronto, á esperarla de frente y á pié firme. Preguntaráme alguno tal vez, y si nadie lo hace, pregunto yo mismo: pero ¿y la cuadrilla?

En estas corridas bulliciosas de la Sierra de Albarracin componen la cuadrilla los cortantes, carniceros, algun que otro bravo del lugar, y los aficionados del contorno; pero poco diestros en el toreo y conocedores de lo *traidoras* (así lo aseguran) que son las vacas, proceden con cautela, sin ponerse nunca en peligro seguro; y hacen perfectamente, aunque mejor fuera que no toreasen de ninguna manera, ni hubiese corridas de

ninguna clase. Las de vacas, á lo ménos, tal como se efectúan en mis montañas, ni ofrecen el nauseabundo espectáculo de los caballos, ni la suerte feroz de las picas, ni, por último, riesgos tan graves é inminentes. Ya lo dije otra vez: siempre que comparo estos simulacros de corridas con los que á menudo sirven de escuela de crueldad al pueblo de las grandes capitales, doy gracias á Dios porque, con la falta de recursos para construir plazas á propósito, ha privado á estos serranos (tan aficionados, por otra parte, al bárbaro espectáculo, como si por las venas de todo español circulase sangre de torero) de medios tan corruptores. Pero volvamos á nuestra corrida.

La vaca salió del toril corriendo, pero la gritería la clavó á los pocos pasos; miró en torno, levantó la cabeza y acometió al velador del centro de la plaza; media docena de mozalbetes, que encaramados en la consabida rueda habia, la recibieron á palos y á pinchazos, y la fiera marchó entónces á una de las más concurridas barreras. Las mujeres, que se asomaban por entre las vigas, huyeron chillando; los hombres, que ocupaban la viga más alta, descargaron sobre el imponente bruto una lluvia de palos, encogiendo á la vez las piernas; alguno que otro le sacudia sobre el hocico el pañuelo ó la chaqueta; clavábanle otros los *pinchos* colocados en uno de los extremos de larguísimas varas; bajaron unos cuantos á la plaza, y la capeaban por detras, ó á lo sumo por los lados, pero á respetable distancia siempre, y dispuestos á correr al menor indicio de movimiento; la llamaba éste por aquí, le silbaba aquél por allá, y de esta manera recorrió la plaza y despejó

las barreras. Se hizo la misma operacion con la otra vaca de muerte, y se dió por terminada la prueba, marchando todos á sus casas, reventando de placer, y de la pitanza en busca.

Por la tarde, despues de vísperas, con asistencia de gran número de forasteros del contorno y de todos los vecinos hábiles de Vallehermoso, empezó la verdadera corrida, toreando de una en una todas las vacas y becerros del lugar, cerrados en el toril del tio Morrete.

Pocos eran los toreros cuando alguna de las vacas de muerte estaba en la plaza. Algunos atrevidos, no obstante, las capeaban y banderilleaban, tomando, por supuesto, todo género de precauciones. Brindaban primeramente el palillo (nunca he visto poner un par á la vez) á quien pudiese remunerar la hazaña, dando la preferencia siempre á los curas y *currutacos;* daban los rodeos convenientes, y despues de mucho bregar, correr y sudar, clavábanle la banderilla á la fiera en el cuello, en las costillas, en el lomo, y á veces en las mismas nalgas, corriendo ufanos ante el favorecido en busca de la propina. Cuando le tocaba el turno á alguna vaca de labor ó becerro, quedaban en un momento las barreras desiertas, y llena la plaza. Todo el mundo era entónces torero y valiente. Ni con pinchos ni con banderillas se hacia daño á estas reses; pero las atolondraban vociferando en torno, cogiéndolas de los cuernos y del rabo, y hasta montando en ellas como en mansísimos burros. La salsa de la diversion eran entónces los atropellos contínuos, caidas y porrazos. Algunos toretes, sobre todo, *hacian mucha fiesta* (frase de Vallehermoso) y se

despachaban á su gusto, aporreando á la multitud. Las dulzainas y tambores amenizaban el acto, tocando marchas guerreras; chillaban las mujeres en grande; jarros de vino circulaban sin cesar entre los hombres, especialmente entre los mozos de ambas Rondas; reian los padres graves, extasiados ante tanta animacion y peripecias; los más brutos desgarraban con los pinchos y las banderillas, desde lugar seguro, el cuero de las pobres vacas de muerte; y todos, hasta los aporreados, reian y gozaban lo que no es decible. Durante la corrida los lances que más llamaron la atencion fueron los siguientes:

*Maneja* le brindó una banderilla al Cojo; se la puso á la vaca en el rabo, y aunque tan desdichadas suertes ni se pagan ni se cobran, el bobalicon Andres Aguirre le arrojó al banderillero un napoleon, que este se apresuró á recojer en medio de general rechifla. Todo el mundo comprendió que el silbado era el Cojo, y no el torero.

Entre los curas que presenciaban la corrida habia uno, párroco de un pueblo próximo, tan viejo como tacaño. Sus compañeros, para ponerlo en evidencia, hicieron que le brindaran una banderilla. Se negaba á aceptar el brindis, pero lo comprometieron al fin, y la suerte se ejecutó con tanta maestría como limpieza. Entre los hurras de la concurrencia arrojó el cura entónces al banderillero afortunado una monedita cuidadosamente envuelta en un papel.-Palmoteó la plaza, creyéndola un doblon de á dos duros; pero desdobló el papel el torero y se encontró con un deslumbrador ochavo de dos céntimos de peseta. El cura burlado, convertido de repente en burlador,

se reia impertérrito, mientras el torero arrojaba con desprecio la moneda.

Cuando apénas podian tenerse en pié las vacas de muerte, la Ronda rica quiso hacer una hombrada, y al efecto salieron los mozos todos que la componen á la plaza. Colocaron en el centro un barreño lleno de vino; bailaron en torno, bebieron en él *á morro*, se arrojaron sobre la vaca, y sujetándola de los cuernos y del rabo, lleváronla medio á rastra y á viva fuerza al barreño, sumergiéndola el hocico en el vino. Empeñados en hacerla beber estaban, cuando algunos mozos de la Ronda pobre abrieron el toril y soltaron dos hermosas terneras que sin torear quedaban. Recorrieron la plaza saltando y retozando, y acometieron por fin al grupo del barreño. Por más que algunos viejos gritaban: «No solteis la vaca, muchachos; no solteis la vaca,» apénas los mozos de la Ronda rica se vieron acometidos por la espalda, dispersáronse instantáneamente, corriendo hácia las barreras. Corria tambien el pobre Cojo; pero se quedó el último, le vió la vaca, echó trás él al trote, le alcanzó y derribó en tierra con el hocico, pateó su cuerpo, y pasó de largo. Un grito de horror se escapó de todos los pechos cuando le vieron en poder de la fiera, por fortuna cornialta y corni-abierta. Los más atrevidos corrieron á socorrerle, y el primero que llegó fué José. Cargó con él al hombro y lo entregó á sus padres, que le esperaban angustiados en la *portera* de la plaza. Todo el mundo elogió á José. María no pudo contener una amorosa lágrima que se escapó de sus ojos.

Como empezaba á oscurecer, y las pobres va-

cas estaban ya más muertas que vivas, dió el alcalde la órden, tocaron á muerte las dulzainas, y salieron á la plaza los *rajones*. Son estos instrumentos picas fuertes y cortas que llevan en la punta afilada cuchilla de la forma de una hoja de peral. Embrazaron tres de estos rajones otros tantos mozos, y colocados en fila y juntos esperaron á la vaca á pié firme. Presentia el bruto el peligro, y con la lengua fuera y extraviados ojos, se aproximaba á los rajones y huia luego. Viendo que no entraba, decidieron salirle al encuentro, y contra una pared acuchillaron al animal, clavándole los rajones por el cuello y la paletilla. La misma operacion hicieron los casados con la suya, quedando ambas vacas tendidas en la plaza, con un charco de sangre en torno de cada una. En ellos empaparon sus alpargatas los valentones del lugar, se abrieron las barreras, retiróse la gente, y se dió por terminada la corrida.

## CAPÍTULO XVI.

**Donde se hace relacion minuciosa de lo que..... sabrá el que leyere.**

Sentado en una silla, y con miramientos de todo género, fué trasladado el pobre Andres Aguirre á su casa. Durante el camino, se quejó amargamente, y se desmayó una vez. Tendido ya en su cama, fué reconocido escrupulosamente por la médica fraccion decimal llamada Barbero; ademas del magullamiento general, que le puso acardenalado y contuso el cuerpo, se le encontró dislocado, esto es, fuera de su natural receptáculo, el hueso de la cadera. El caso era grave, y la operacion difícil, por lo cual el mismo Barbero sangrador en persona, propuso que se llamase inmediatamente al tio Borrego, decano de los pastores del lugar, habilísimo en materia de dislocaciones y roturas. Se hizo así en el acto; reconoció detenidamente el tio Borrego con sus manos toscas y curtidas al paciente; preparó una descomunal estopada, y con la ayuda del Barbero, que hizo de practicante, de la tia Moñohueco, convertida en enfermera, y de dos fornidos mocetones, que, á fuerza de puños, hicieron ver vein-

te veces al Cojo las estrellas, llevó á feliz término la operacion.

—¿Curará, tio Borrego? (preguntaba la madre de Andres, llorando amarga y silenciosamente, miéntras despedia, cargado de presentes, al cirujano pastor).

—Perfectamente, no tenga *usté cuidao;* pero mucho ojo con dejarle mover. Cuarenta dias lo ménos tendrá que estar en esa postura.

—¡Hijo de mi vida!

—Ea, tia Anacleta, no llore *usté*, que el chico no tiene *náa*, y cuarenta dias en la cama se pasan en un *periquete*.

El pronóstico *facultativo* no podia ser más halagüeño; pero los padres de Andres estaban aterrados; la tia Moñohueco y su hija indignadas con los mozos que soltaron los becerros; José disgustado de veras, y Antonio, el tio Morrete y Cirila *casi* contentos. Convenian, no obstante, todos en que lo de soltar las terneras habia sido una broma inocente, y lo de salir el Cojo á la plaza una imprudencia mayúscula, que el pobre pagaba muy cara.

Es lo cierto que la boda proyectada para el dia siguiente no pudo efectuarse, ni nadie volvió á recordar durante mucho tiempo semejante asunto.

Llegó entre tanto el invierno, y con él las emigraciones de los serranos á países más favorecidos por la naturaleza. Van unos á los molinos de aceite de Andalucía; prefieren otros las minas de Almaden y la Carolina; éstos los ferro-carriles y carreteras en construccion; dedícanse aquellos al laboreo del carbon en *tierra de Madrid*, como

ellos dicen. Era tan escasa la fortuna de los Tejeringos y tan ancha la brecha que hizo en ella la avenida última, que padre é hijo decidieron marchar á los montes próximos de Cuenca, con el fin de hacer carbon. La gente acomodada, como los Aguirres, Cuquitas, Antonio, el tio Morrete y otros, no emigran y pasan el invierno en el pueblo, medio en la holganza, cuidando sus ganados y calentándose en sus cocinas. Intentó varias veces José despedirse de María; pero no lo consintió nunca ésta, por más que lo anhelaba su corazon. Le dijo, pues, con los ojos lo que callaban los labios, y salió de Vallehermoso.

Suponga ahora el lector discreto lo que sucederia cuando, ya convaleciente el Cojo, notó que estaba el campo completamente libre. Con entusiasmo digno de mejor causa emprendió nuevamente las operaciones contra María, plaza fuerte en realidad tomada, y sin más medios de defensa que cortas dilaciones, fundadas en el estado de su futuro esposo.

Cierto dia, y con ocasion de haber ido al pueblo próximo por provisiones, recibió José en los montes de Cuenca una carta que á la letra, aunque corregida su disparatada ortografía, decia así:

«Vallehermoso y Enero de.....

»Mi estimado José: Me alegraré que al recibo de estas cortas letras (la que ménos tenia dos centímetros de larga) te halles con la más cabal salud que yo para mí deseo. La mia y la de los amigos es buena, á Dios gracias. Tampoco en casa de la tia Moñohueco ocurre *novedá*. Esta es para decirte que te acuerdes que yo no queria

fueses á *extremo*, porque hacias más falta en el lugar. Verdad es que se empeñó tu padre, que es un cabezon de lo que no hay. Pues sábete que la *pata* del Cojo ha ido de dia en dia á mejor, que el tio Borrego sabe más que veinte *cirjuanos* juntos; y que la tia Moñohueco no duerme ni sosiega, arreglándolo otra vez todo para la boda. Nosotros tenemos la culpa, ó mejor tú, que eres tan bragazas, y te haces tan de miel, que te comen las moscas. De mí te aseguro que no se habian de burlar, por más ricos y más cojos que sean. ¡Bonico génio tengo yo para aguantar pulgas de nadie! Pero la verdad es, que todo el mundo dice que se casan el sábado que viene, víspera de San Julian, patron de Cuenca. Pesadumbre me da oirlo, pues ya sabes que te estimo como si fueras mi hermano. Yo no lo creo hasta que lo vea; pero te lo escribo por un por si acaso, no sea que meta el diablo la pata y todo lo enrede. El cuerpo se me *regüelve* de ver que se van á salir con la suya. No digo más, porque sudo la gota gorda y se me acaba el papel, que por dos cuartos compré para escribirte en la tienda del tio Agapito. Memorias de todo el lugar, en especial de las mozas que quisieran *cuajase* el casamiento de María y el Cojo para poderte *echar el gancho;* expresiones á tu padre, Juan Rubio, Patato y Miguelon, y ven pronto. Adios, adios, adios. Tu *amiguísimo, Antonio Jimenez.*»

Las noticias comunicadas por Antonio á su amigo José en la carta anterior eran todas exactas. Imagínese, pues, el lector qué de provisiones y preparativos no se harian en Vallehermoso para celebrar dignamente las deseadas bodas del rico

Cojo; como si dijéramos, las bodas de Camacho. Con mucho gusto de mi olfato, y no pequeño placer de mi estómago, detendríame á enumerar y describir, uno por uno, tanto suculento guiso, tanto dulce plato, natillas, cuajadas y requesones tantos; pero no: vale más callar, para que la fantasía del lector suponga cuanto se le antoje; que casi siempre lo imaginado suele ser más halagüeño y rico que lo real.

El dia de San Julian muy temprano, decente, pero no lujosamente vestidos, presentáronse María y Andres en la iglesia, acompañada aquélla por su madre, y por su padre éste: por medio de dos campanadas, llamaron al señor cura; subió éste, se confesaron los novios, y volvieron todos á sus casas á prepararse para la suspirada y definitiva ceremonia. Apénas quedó el confesonario libre, salió un hombre de una capilla oscura y próxima, medio oculto en su capa de *cordellate*, y recatándose lo que pudo, se confesó tambien, y regresó á su escondrijo. El señor cura quiso conocerle; pero desechó al fin sus sospechas, y no volvió á ocuparse más en aquel penitente.

Es costumbre que el acompañamiento se reuna en casa de la novia; pero la del Cojo era más grande, aunque no tan limpia como la de María, y por esta vez se barrenó la costumbre. Nombra la madrina el novio y el padrino la novia: honró Andres con este cargo á una hermana suya y María á Antonio. No recibieron bien este nombramiento los Aguirres; pero nadie se atrevió á oponerse á tan sagrado y evidente derecho de la novia, y Antonio, con su mejor traje y cara de pascua, lo que llamó la atencion de algunos, se

presentó á desempeñar sus funciones. Desde las ocho y media, y en traje de gala, fueron acudiendo á casa del tio Aguirre los parientes y convidados. Hácia las nueve un repique general de campanas anunció al lugar y al contorno que empezaba el rumboso casamiento. El señor cura, de sotana, manteo y teja brillante, con arreglo á lo preceptuado por la costumbre, se personó en casa del novio, saludando á todos afectuosamente. La sala y pasillos estaban llenos y animados. Cesó el murmullo con la llegada del párraco, habló unos segundos con la familia, y mirando el reloj, dijo de repente:

—Son las nueve; con que cuando VV. gusten.

Los novios se aproximaron entónces á sus padres, arrodilláronse á sus piés, y el tio Pepe Aguirre, la tia Anacleta y la tia Engracia levantaron las manos sobre las cabezas de sus hijos, y derramando abundantes lágrimas, dijeron entre sollozos:

—¡El Señor os bendiga, os haga unos santos casados, y os dé hijos para el cielo!

Levantáronse Andres y María, y, llorando tambien, abrazaron y besaron á sus padres y parientes de uno en uno. Andres lloraba de emocion y de alegría: María de congoja y de pena; pero á lo ménos podia desahogarse llorando. Una y otro vestian ricos, lujosos y sérios trajes. Prendido á la cintura por una hermosa cinta de color rosa, lucia María sobre la *basquiña* negra y en el lado izquierdo el bolsillo de las arras, y llevaba un pañuelo orlado de encaje y un grueso rosario en la mano.

Cubrióse el señor cura; se colocó el novio á su derecha; ocupó el padrino la izquierda; siguieron los parientes y demas convidados embutidos to-

dos en sus magnas capas de cordellate, y procesionalmente y en la forma dicha, salieron á la calle y tomaron la direccion de la iglesia. Venian detras la novia con la madrina, á la izquierda; luégo las comadres tia Engracia y tia Anacleta, y, por último y en tropel, las demas convidadas, hablando sin cesar.

Cuando el sacristan vió desde la torre la comitiva, se puso á repicar con fuerza, y hasta se permitió tocar á bando *in honorem tanti festi*. Los chiquillos del lugar seguian la procesion á respetuosa distancia y con la cantinela del repique, cantaban que era un gusto:

Contentico vienes,
Contentico vas;
El año que viene
Ya me lo dirás.

Figuraba medio pueblo en la comitiva y agolpábase en ventanas, balcones y bocacalles el otro medio, para verla pasar. Las mujeres, sobre todo, en cualquier traje y desgreñadas algunas, corrian de calle en calle para ver dos y tres veces á los novios. En el horno no quedó una ni media, dejaron los panes y masas, y enharinadas de piés á cabeza, y con sus grandes mandiles puestos, asomábanse por las esquinas. Seguian repicando las campanas cada vez con más regocijo, y cantaban los muchachos cada vez con más fuerza:

Contentico vienes,
Contentico vas, etc.

Las puertas y el cancel de la iglesia, abiertos

de par en par, dejaban ver el dorado altar mayor y la airosa nave del centro, convidando á la multitud á que entrase sin obstáculos en aquella casa, que es la de Dios y la de sus hijos todos. La comitiva hizo alto en el dintel de la puerta. De frente á la nave central, y al altar mayor por lo tanto, colocáronse los novios en el centro y los padrinos en los extremos, quedando los hombres á la derecha y las mujeres á la izquierda. Detras de los novios sus padres, los testigos, y ocupando gran parte del átrio, en Vallehermoso llamado *honsal*, porque no hace muchos años se enterraba en él, los demas convidados. Callaron las campanas, dejó el señor cura en la puerta la comitiva, atravesó la iglesia, y momentos despues salió de la sacristía, precedido por la cruz parroquial entre dos acólitos, acompañado por el sacristan, que llevaba el Ritual y el hisopo, y revestido con ámito, alba, estola y capa pluvial *blanca*, símbolo de la limpieza de vida y pureza de alma que han de tener los casados. Hizo alto frente á los novios, y de espaldas al altar, tomó el Ritual, y con clara voz y entonacion solemne, leyó la admonicion acostumbrada.

Oyéronla todos con piadoso recogimiento: Andres sereno y satisfecho; María casi trémula, abochornada y confusa. Fácil le parecia, con la ayuda de Dios, el cumplimiento de todos los deberes matrimoniales que acababan de leerle; pero ¿como no amar más, ni estimar más á *nadie*, despues de Dios, que á su marido? Esta pregunta, que, descarnada y fria, se presentó en su mente, sin saber por dónde ni cómo, le aterraba, y por más esfuerzos que hacia no hallaba contestacion tranquili-

zadora. Su palidez y estado violento no chocó á nadie, ocupados como andaban todos en sus propias complacencias. Andres, sobre todo, estaba materialmente lelo de felicidad. Antonio era el único que, preocupado al parecer, miraba en todas direcciones, como si esperase á alguien ó se le hubiese perdido algo.

Terminada la admonicion, se dirigió el señor cura, primero á los contrayentes y despues al público, y dijo:

—Yo os requiero y mando, en nombre de la Santa Madre Iglesia, que si sabeis ó entendeis tener algun impedimento por donde este matrimonio no pueda ni deba ser contraido, ni ser firme y legítimo, lo digais. Conviene á saber, si hay entre vosotros impedimento de consanguinidad ó espiritual parentesco ó de pública honestidad; si está ligado alguno de los dos con voto de castidad ó religion, ó con desposorios ó matrimonio contra otra persona. Finalmente, si hay algun otro impedimento, que luégo claramente lo manifesteis. Lo mismo mando á todos los que presentes están.

Hizo una pausa, pero ninguno contestó.

—Segunda y tercera vez os amonesto y requiero que, si sabeis algun impedimento, lo manifesteis libremente.

Silencio profundo, por el cual el señor cura, dirigiéndose al novio, preguntó, en medio de la curiosa expectacion general:

—Sr. Andres Aguirre y Martinez, ¿quereis á la señora María Carenas y Manzano por vuestra legítima esposa y mujer, por palabras de presente, como lo manda la santa, católica y apóstolica Iglesia romana?

El preguntado respondió con voz firme y clara.

—Sí quiero.

El señor cura, dirigiéndose á la novia, preguntó de nuevo:

—Señora María Carenas y Manzano: ¿quereis al Sr. Andres Aguirre y Martinez por vuestro legítimo esposo y marido, por palabras de presente, como lo manda la santa, católica y apostólica Iglesia romana?

María tenia los ojos bajos y estaba pálida como la muerte; Fernanda, que, detras junto á ella estaba, temió que su amiga se desmayase, y la sostenia con disimulo; la tia Engracia temblaba como una azogada y apénas podia respirar, como si tuviese un nudo en la garganta; el público empezaba á impacientarse ante aquel inesperado silencio, cuando, tras la puerta del cancel, apareció el mismo José Tejeringo en persona, y encarándose con María, aprovechando la estupefaccion general que su presencia produjo, dijo:

—Dí la verdad, María. Considera que estás en presencia de Dios y de los hombres. Podrás engañar á estos, pero á Aquél, nunca.

María conoció inmediatamente á José; oyó sus terribles palabras, y, perdiendo el sentido, se desplomó en los brazos de Fernanda.

Suponga el lector el tumulto que produciria este incidente. Las increpaciones de los Aguirres cayeron como una granizada sobre José; auxiliaban las mujeres á María, haciendo aire con los delantales y sacudiendo, con los dedos mojados en la inmediata pila, algunas gotas de agua bendita sobre su cara, y trataba de apaciguar y de

imponer silencio á todos el señor cura. Por fortuna volvió en sí María á los pocos segundos; callaron todos, y preguntó de nuevo el párroco:

—Señora María Carenas y Manzano: ¿quereis al Sr. Andres Aguirre y Martinez por vuestro legítimo esposo, por palabras de presente, como lo manda la santa, católica y apostólica Iglesia romana?

María hizo un esfuerzo supremo, afluyó la sangre á su rostro, ántes como la cera, que quedó de repente encendido como una amapola, y, con voz apénas inteligible, dijo:

—No, señor.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? (se preguntaban unos á otros los del acompañamiento, que, apiñados destras de los contrayentes, se ponian de *puntillas* para presenciar aquella escena nunca vista).

El señor cura oyó perfectamente la contestacion negativa de María; pero repitió hasta tres veces la pregunta, cada vez con más entonacion y solemnidad, y otras tres contestó María que *no*, causando asombro y tumulto indescribibles. El Cojo se puso alternativamente pálido, amarillo, verde y de todos los colores; el tio Pepe, su padre, echaba espuma por la boca y se revolvia furioso; la tia Anacleta, su madre, aunque se sentia herida, y llamaba *hambrona* y miserable á María, en realidad se alegraba de aquel imprevisto desenlace; por de pronto le dió á la tia Engracia un *soponcio*, pero le pasó en seguida, y los insultos de los Aguirres obraron en ella tal reaccion, que se puso inmediatamente de parte de su hija; y el señor cura, por último, recordó al público que se

encontraba en las puertas de la casa del Señor, calmó á estos, reprendió á aquellos, y despidió á todos dando por concluido el casi no empezado acto. José presenció todo esto con la más grata emocion que tuvo en su vida. La familia Aguirre, sus parientes y convidados retiráronse en tropel á sus casas, gritando que harian y acontecerian.

El señor cura quiso marcharse tambien á decir misa; pero le rogó José que, ya que estaban allí reunidos y todo corriente, pues hasta se habia confesado aquella mañana y en tiempo oportuno publicáronse las amonestaciones y ante el juez municipal otorgaron el consentimiento los padres, hiciera el favor de casarlos. Vacilaba el señor cura, porque habian trascurrido con exceso los dos meses, dentro de los cuales son válidas las proclamas; pero recordando que la conveniencia moral de este casamiento le habia sido recomendada, en la consulta, por el señor vicario general y provisor de aquella diócesis; viendo que la tia Engracia accedia á ello gustosa y arrepentida, y considerando que si se aplazaba hasta el regreso del tio Tejeringo se opondria éste, como de costumbre, á tan santa union, se decidió al fin á casarlos; reemplazó Fernanda á la madrina, hermana del Cojo, que huyó con los suyos; ocupó José el puesto de Andres, y empezó de nuevo la sagrada ceremonia.

Cuando el sacerdote volvió á preguntar á María si queria por legítimo esposo y marido á José Garfella, derramando lágrimas de desahogo y gratitud, pero con voz clara y segura, contestó:

—Sí quiero.

Para todo aquel pequeño grupo, en especial para José, María, Antonio y áun para la misma tia Engracia, fué aquel un dia felicísimo.

Al marchar desde la iglesia á casa de la tia Moñohueco, saliéronles al paso, entre otros muchos curiosos, Cirila y el tio Morrete. Locos de satisfaccion por tan inesperado acontecimiento, sin el menor escrúpulo abrazó aquélla á José y á María éste, y todos juntos corrieron á casa de la tia Engracia, é inprovisaron y se tomaron el indispensable chocolate de boda.

## CAPÍTULO XVII.

**Concluye aquí esta verídica historia, de tan inesperada como feliz y ruidosa manera.**

Año y medio despues del suceso que de referir acabo, en la tarde del dia 30 de Abril por más señas, se podia contemplar el siguiente encantador cuadro, con sólo asomarse al huertecillo de las Moñohuecos, sito en el barranco. La tarde estaba en calma, los árboles cubiertos de tiernas hojas, se respiraba con placer el primaveral ambiente, empezaban las plantaciones y el agua corria fresca y bulliciosa por los recien abiertos surcos. La tia Engracia, sentada sobre un escaño trípode hecho con una torcida raíz de encina, hilaba á rueca una *pella* de cáñamo, á la sombra del famoso moral; María, sentada sobre el verde césped, cosia á su lado; entre madre é hija estaba una pequeña y graciosa cuna de mimbre, en la cual dormia tranquilamente un niño de mantillas, robusto y colorado, y José cavaba no léjos, preparando la tierra para sembrar judías. Ninguno de los tres separaba los ojos de su trabajo más que para dirigir de vez en cuando una mirada al niño de la cuna, poderoso iman de sus corazones. No habla-

ban por no despertarle, pero no se necesitaba ser gran fisonomista para reconocer que aquel silencio, aquellas solícitas miradas, y la paz imperturbable de aquellos curtidos rostros eran indicios inequívocos de felicidad.

La tia Moñohueco, que tenia buen corazon, ante escenas como esta, comprendia la gravedad de su oposicion inconcebible á un matrimonio preparado por ella con amor durante muchos años, y el único que podia hacer felices á dos jóvenes, habituados inprudentemente por sus mismos padres á quererse desde la infancia.

—Dios mio, ¡qué ceguedad la mia! (pensaba entre remordimientos la tia Engracia). ¿Qué hubiera sido de esta infeliz, precisada á vivir durante toda su vida con un cojo tonto y antipático? Sacrificándose, hubiera sido buena esposa, no me cabe duda; pero, insensiblemente y sin quererlo, el ódio á su marido tenia que apoderarse de su corazon; Andrés, aunque simplon, á la larga lo hubiera conocido; y como es tan bruto..... ¡pobre hija mia!.... ¡Qué vida de perro te preparaba tu madre!....

La tia Engracia se abandonaba á veces á estas cavilaciones, hasta el punto de apesadumbrarse. Su hermoso nieto, al que amaba como si fuese dos veces su madre, era el único que le devolvia entónces la tranquilidad perdida, mitigando sus remordimientos.

El angelito continuaba durmiendo. Alguna que otra vez se removia un poco y se frotaba las narices con el puño cerrado. Presurosa movia entónces su madre la cuna, y le arrullaba cantando á media voz:

Llora el niño en la cuna
y dice su madre:
calla, que viene el Coco.....
y era su padre.

Abrió, por fin, el niño sus rasgados ojos negros, y, en vez de llorar, como es costumbre entre los de su edad al despertarse, miró á su madre, se sonrió dulcísimamente, y agitó sus manecitas. Le tomó María en brazos, y dándole estrepitosos besos, le llamó:

—¡Hijo de su madre! ¡Emperador de las Indias! ¡Sol de los soles!....

La abuela y el padre acudieron luégo á hacerle caricias, y los tres se disputaban el niño. La criatura no sabia á quién atender ni con quién irse. Alargaba á veces sus bracitos á José ó á la tia Engracia; pero le llamaba María y se refugiaba presuroso en el seno de su madre. Impaciente la abuela por tener al nieto, lo tomó, diciéndole á la vez á María:

—Trae el chico, y sácale de merendar á José, que ya es hora.

Entró María en la casa y volvió al poco rato trayendo en el delantal pan y nueces. Comiéndolas amigablemente estaban, sobre manteles de yerba, cuando empezaron á sonar en la calle cencerros y cuernos.

—¿Qué es eso? (preguntó la tia Moñohueco).

—¡Qué ha de ser! (contestó cariacontecido José). Que le dan *cencerrada* á mi padre.

—¿Pero de veras se casa?

—Sin poderlo remediar. Todo cuanto anoche le dije fué inútil. ¿Sabe V. lo que me contestó? Que

puesto que yo no tuve con su merced ningun miramiento, casándome á disgusto suyo, ninguna obligacion tenia ahora de consultarme, y que, por lo tanto, se casa y se recasa porque le da la real gana.—Todo eso está muy bien, padre, le contesté yo; pero es el caso que, ya que se empeña usted en no vivir con nosotros, que le cuidaríamos en su vejez como si fuera un príncipe, tampoco le conviene á V. casarse con la tia Venancia, que es tonta de *capirote* y en cuatro dias le hundirá á V. la casa.—Tú quisieras, me replicó, que me fuese con vosotros y os lo diese todo.—Está V. muy equivocado, padre, le dije; con mi trabajo y lo que María tiene, gracias á Dios, no nos hace falta nada; lo que sentimos es que esté V. haciendo reir al lugar casándose con una moza vieja y simplona, que nadie ha querido.—Corriente, eso á tí no te importa, dijo irritado. ¿Y sabes lo que te digo? Que te largues ahora mismo y no vuelvas á poner más los piés en mi casa. Si hubieses sido buen hijo, ninguno de los dos necesitábamos casarnos. No quise irritarle más, y me vine.

—¡Jesus, qué tio Tejeringo más travieso! (dijo la abuela).

—Ya, ya (añadió María) dicha cumplida, sólo en la otra vida.

Entre tanto formalizábase la *cencerrada* alrededor de la casa del tio Tejeringo. Anochecia y aumentaba la algazara á la vez. Cuernos, caracoles de los que se utilizan para tocar á la dula, cencerros, esquilones, cascabeles, campanillas, almireces, platillos, carraclas, sartenes repiqueteadas con martillos, y, en una palabra, todos cuantos objetos habia en en el lugar que pudieran hacer

ruido, fueron acudiendo á la puerta del desventurado *viudo*, que tuvo la ocurrencia malhadada de casarse por *segunda vez*, estando hecho un *carcamal*, y con una *solterona incasable*, por añadidura. Circunstancias agravantes eran éstas para que el tio Tejeringo se escapase sin descomunal cencerrada. Esto prescindiendo de que en Vallehermoso todo viudo ó viuda que la hace, la paga.

Tengo entendido que, aunque prohibida y penada por diferentes disposiciones legales, tan generalizada estuvo y arraigó tanto esta costumbre en la mayor parte de las comarcas españolas, que ni el Código, ni la Constitucion, ni los derechos inaguantables, ni las amonestaciones de la autoridad, ni las alcaldadas, ni la fuerza pública, ni la misma partida de la Porra, que es cuanto se puede decir, pudieron en ciertos lugares nada contra las cencerradas famosas. En Vallehermoso, á lo ménos, nadie se permite tocar, ni siquiera un cabello, á los viudos agraciados; todo se reduce á ruido y diversion. Con prudentísimo acuerdo siguen algunos viudos la broma, toman en ella parte activa, y gozan extraordinariamente en el jolgorio. Otros, ménos avisados y más irascibles, se sublevan, tocan el cielo con las manos, acuden á la autoridad civil, culpan al cura y concluyen por tragar la cencerrada, tanto más atronadora y divertida cuanto más les incomoda. De estos últimos era el tio Tejeringo. Creia el buen hombre que el dia y la hora de su casamiento era un secreto impenetrable para todo el lugar. Dios, el señor cura, la tia Venancia y él, eran los únicos conocedores de aquel dato interesante; todo estaba dispuesto para celebrar el matrimonio al dia

siguiente á cencerros tapados y ántes del alba; pensaban utilizar para testigos al sacristan y á un hermano suyo que con él vivia, llamándoles al efecto al ir á la iglesia; por si acaso se avisó al alcalde, tio Cuquita, sin revelarle el secreto por supuesto, para que dispersase á los de los cencerros y evitase el desórden y el barullo.

Así las cosas, no le hizo maldita la gracia al tio Tejeringo aquella ruidosa serenata, que, como llovida del cielo, se desencadenó junto á su puerta, y ejecutaron, con todas las reglas del arte, precisamente la noche víspera de sus bodas. Cuando oyó los primeros acordes de los cencerros, echó el cerrojo, atrancó la puerta y se puso á temblar. «¡Si lo sabrán esos malditos....!» pensaba el hombrecillo lleno de coraje, y se paseaba pateando y echando chispas. Calmado algun tanto, aplicó el oido al ojo de la llave para oir las conversaciones de la calle y saber á qué atenerse respecto á su secreto. Todo inútil. La infernal serenata duró más de una hora, trasladándose despues á la puerta de la tia Venancia, donde se repitió la funcion, divirtiéndose extraordinariamente los de los cencerros y retirándose despues á sus casas con la tranquilidad y satisfaccion del que ha cumplido con su deber.

Por más que hizo, no pudo dormir aquella noche el tio Tejeringo. El temor de que se hubiese divulgado su secreto, la preocupacion y emociones propias del que se casa á la vejez, y el recelo de no despertarse á la hora convenida, le desvelaron y le hicieron pasar la noche dando vueltas sin cesar. Oido atento, le sobresaltaban los ruidos más pequeños; pero notaba luégo que eran hijos

de su vieja fantasía exaltada, y quedaba tranquilo. Momentos ántes de las doce oyó de repente grande algazara y músicas. El pobre hombre se asustó, se consideró descubierto, y por lo tanto perdido, y acongojado revolvia en su mente la manera de dejar para otro dia su casamiento, cuando notó que se acercaba la música, y llegó á creer que hacia alto en la misma puerta de su casa. Su abatimiento y su furor ya no tuvieron límites. Tan pronto se entregaba á éste vomitando sapos y culebras, como se abandonaba á aquél tapándose la cara con la sábana. En tal estado se encontraba cuando llegó á sus oidos la sentimental cantinela de los Mayos; respiró fuerte, destapó su cara, y oyó perfectamente que cantaban lo siguiente:

Ya estamos á treinta
Del Abril cumplido;
Alegraos, damas,
Que Mayo ha venido.

—¡Qué borrico soy! (dijo el tio Tejeringo saltando de la cama y corriendo á la ventana en calzoncillos). Es que cantan los Mayos.

Y, en efecto, celebraban los mozos de Vallehermoso la última noche de Abril en la forma acostumbrada. El Cojo, acompañado por la Ronda rica, cantaba los Mayos á Cirila en aquel momento. La Ronda pobre recorria el pueblo, haciendo lo mismo por otro lado.

Convencido el tio Tejeringo de que su miedo era infundado y sus recelos ilusorios, se metió de nuevo en la cama y pasó tranquilamente en ella el resto de la noche.

Al amanecer se levantó sigilosamente, llamó al señor cura y á la tia Venancia sin hacer ruido, fueron á la iglesia, evitando cuidadosamente todo encuentro; confesáronse, y volvió á salir el tio Tejeringo en busca del sacristan y de su hermano. Llamó en su puerta con todas las precauciones del mundo para evitar que se enterasen los vecinos, y á duras penas logró sacarlos de la cama, marchando los tres á la parroquia. El tio Tejeringo se frotaba las manos de gusto viendo que le salia todo á pedir de boca. Empezó el casamiento, y ni se oia el vuelo de una mosca, ni nadie sabia en el lugar que acontecimiento tan extraordinario se efectuaba.

La del alba seria cuando quiso el diablo, amigo de zambras y bullicios, que pasase por el *honsal* uno de los mozos al retirarse á su casa. Al ver la puerta de la iglesia abierta tan á deshora, entró en sospechas y en el templo, conociendo á la luz de las velas del altar lo que pasaba. Corrió inmediatamente en busca de los mozos de una y otra Ronda; llamó en todas las puertas, avisó á los alborotadores, y en un momento Vallehermoso todo se puso en movimiento y acudió al átrio ú honsal de la parroquia. En él esperaron, ojo avizor y silenciosos para en el momento oportuno arrojarse sobre su presa.

Terminada la misa, invitó el tio Tejeringo al señor cura y á los sacristanes á tomar chocolate en su casa, y tranquilos y satisfechos dirigiéronse á la puerta. Apénas pusieron el pié en el umbral, gritería y cencerreo espantoso, como llovidos del cielo ó arrojados por el abismo, rodearon á nuestros recien casados, que se quedaron

de piedra. Impresiones diferentes produjo en el pequeño grupo la cencerrada inesperada. El señor cura, sonriéndose, se abrió paso entre la multitud y se retiró á su casa; los sacristanes se unieron á la turbamulta, fraternizando con los alborotadores; la tia Venancia se rebozó en su mantilla, murmurando:—¡Pero qué gente más mala!—Y el tio Tejeringo, pasado el asombro del primer momento, insultó furioso á los de los cencerros, y quiso escapar abriéndose paso á la fuerza. Causó esto grande algazara; impidiéronle su intento con facilidad suma, y nuestro escrúpulo de hombre, viéndose perdido, volvió á la iglesia de un salto, y se escondió repentinamente. Entraron algunos á buscarle, subió uno á la torre, y despues de registrar mucho, halláronle tendido en el ataud que la parroquia tiene para conducir al cementerio á los pobres de solemnidad. Se le sacó violentamente, y una risotada general produjo en la puerta la noticia. Convencido el tio Tejeringo de que no habia más remedio que pasar por las horcas caudinas de la cencerrada, se convirtió en un autómata y dejó hacer.

Obligáronle á montar una burra en pelo; colocaron en la grupa á la tia Venancia, que, para no caer, enroscó su brazo derecho á la cintura de su marido y asió fuertemente con la mano izquierda el rabo de la burra; improvisaron un pálio con una *sárria* vieja y media docena de escobas súcias y dos incensarios con otros tantos morteros de barro de tres asas y cuerdas de esparto, y se organizó la procesion en la siguiente forma. Rompia la marcha el pregonero, tocando sin cesar el lúgubre rataplan de su destemplado tam-

bor; venia despues el dulero sonando á fuerza de pulmones y resoplidos su caracol enorme; en forma de pendon llevaba luégo uno la mantilla de la tia Venancia; detras una turba de chiquillos y mozalbetes, pastores la mayor parte, no permitian momento de reposo á sus esquilas y cencerros; los tios Morrete y Patato quemaban *pebreras* en los morteros, que hacian de incensarios, y meciéndolos contínuamente, perfumaban las narices de los recien casados; seguian éstos gravemente montados en su asna, á paso lento, bajo el pálio dicho y rodeados de los mozos del lugar, que obsequiaban sus oidos, repicando con entusiasmo cuantos esquilones de rebaño hubieron á las manos; y cerraba el cortejo, por último, turbamulta de viejos, chiquillos y mujeres, armados todos con instrumentos sonantes, que aturdian y desgarraban los oidos.

—¡Viva la flor y nata de la juventud y de la hermosura! ¡Viva la tia Venancia! (gritaba á lo mejor uno).

—¡Vivaaa....! (contestaban todos).

—¡Vivan los buenos mozos! ¡Viva su majestad el rey Tejeringo primero! (decia otro).

—¡Vivaaa! (repetia el pueblo).

En esta forma, y moviendo un ruido espantoso, se recorrió el lugar. Cuando pasaba la comitiva por debajo de sus ventanas, no pudo contenerse la tia Moñohueco, y se asomó tocando el almirez.

—¡Viva la tia Moñohueco! (gritó la turba al verla).

María acudió volando, é hizo retirar á su madre de la ventana.

El tio Tejeringo lanzó una despreciativa mirada á su cosuegra y escupió, con gran risa del tio Morrete.

Dió la vuelta la procesion é hizo alto en la puerta del tio Tejeringo. Desmontaron los esposos, se les obligó á que se cogieran del brazo, incensáronles por última vez, y entre abrazos, vivas y descomunal cencerreo se les permitió entrar en su casa.

La autoridad brilló por su ausencia.

Dispersáronse todos voluntariamente, y concluyó la cencerrada.

## MORALEJA.

Nunca deben los padres tolerar, ni ménos fomentar en sus hijos, sentimientos á cuya satisfaccion legítima puedan oponerse con el tiempo. Es una aberracion querer enderezar el árbol despues de haberle torcido voluntariamente.

La ira, el despecho y el desmedido amor propio, son malos consejeros.

La sumision que los hijos deben á sus padres, ha de ser completa y cariñosa, pero sin que obligue nunca á la infraccion del deber moral. Primero es obedecer á Dios que á los hombres.

La Providencia divina, por ignorados caminos, prémia siempre, hasta en este mundo, al hijo sumiso y obediente.

La riqueza sin virtud, ciencia y educacion no es título bastante para aspirar á nada.

# ÍNDICE.

Págs.

Dedicatoria ..... 3
Prólogo, por D. Marcelino Menendez Pelayo.... 5
Informe de la Real Academia Española acerca del libro *Costumbres populares de la Sierra de Albarracin* ..... 11
Licencia de la autoridad eclesiástica..... 13
Capítulo preliminar.—Apuntes históricos..... 15
Capítulo I.—De cómo á veces los hijos no se parecen á sus padres..... 27
Cap. II.—Duo amoroso y conato de riña entre vecinos..... 33
Cap. III.—Que trata de la ruidosa pendencia que el tio Tejeringo tuvo con su vecina la tia Moñohueco..... 39
Cap. IV.—Donde se cuenta con sus puntos y ribetes el famoso juicio verbal de faltas celebrado entre el tio Tejeringo y la tia Moñohueco, ante la señoría del tio Cascajo, juez municipal de Vallehermoso ..... 45
Cap. V.—De cómo en el sorteo de Mayas el amor, ayudado por la costumbre, fué vencido por la riqueza..... 53
Cap. VI.—Los Mayos..... 63
Cap. VII.—De cómo donde ménos se piensa salta una liebre, y de qué manera divertida y graciosa puede convertirse el silencio de la noche en descomunal tumulto ..... 75

Págs.

Cap. VIII.—Donde los Mayos se dan los buenos dias y empieza á descubrirse la hilaza de esta burda trama..... 85
Cap. IX.—Serenata, comentarios en paños menores, enramada nunca vista, pañuelo y baile final..... 95
Cap. X.—*Post nubila Foebus*, que quiere decir en cristiano: las explicaciones desvanecieron la tormenta, salió el sol, y descargó la tempestad sobre las costillas del tio Tejeringo..... 109
Cap. XI.—Murmuraciones nocturnas al aire libre. 119
Cap. XII.—Lamentaciones, conciertos amorosos, propósitos, rondallas y palizas..... 129
Cap. XIII.—Que trata de cómo la tia Moñohueco convenció á su hija y examinó á los novios el señor cura..... 141
Cap. XIV.—Que empieza con resignados suspiros, sigue con una apuesta y termina con una conferencia canónica entre un sastre y un cura. 151
Cap. XV.—A confesion de parte, relevacion de prueba.—Tres en una.—Ultimatum.—Venganza en proyecto.—Corrida de vacas, molimiento y dislocacion de huesos..... 159
Cap. XVI.—Donde se hace relacion minuciosa de lo que..... sabrá el que leyere..... 173
Cap. XVII.—Concluye aquí esta verídica historia, de tan inesperada como feliz y ruidosa manera. 187
Moraleja..... 199

Se compran pianos, armo-
niums, pianolas, autopianos,
música, aisladores, cajones
para embalar pianos, banque-
tas y cualquiera

Se reciben los avisos en
la administración de esta
publicación.

318594

Author Polo y Peyrolón, Manuel LS
P7787m

Title Los mayos. Ed.2.

| DATE. | NAME OF BORROWER. |
| --- | --- |
| | |

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED